

Lloro
por
King Kong

Lloro
por
King Kong



PABLO SOROZÁBAL

cambalach
narrativa

Lloro por King Kong fue editado en
Madrid por la Editorial Tellus en 1990

1ª edición abril 2015

Edita: cambalache
C/ Martínez Vigil, 30, bajo. 33010 Oviedo. Tfno.: 985 20 22 92
e-mail: cambalache@localcambalache.org
www.localcambalache.org

Autor: Pablo Sorozábal Serrano

Diseño, cubierta y maquetación: Amelia Celaya

Fotomecánica: Principado

Impresión: La Cooperativa

Depósito Legal: AS-01336-2015

ISBN: 978-84-939633-9-2

Impreso en papel reciclado

Todos nuestros libros están editados bajo licencia *copyleft*; esto significa que está permitida su reproducción, modificación, copia, distribución y exhibición, siempre que se haga citando a la autora o autor, sin ánimo de lucro y bajo la misma licencia.

Frente a cánones e impuestos creemos que el interés de la publicación de libros es difundir sus contenidos, servir de herramientas educativas y de debate; por eso todos los libros que publicamos se pueden descargar gratuitamente en www.localcambalache.org

El monstruo enamorado

SANTIAGO ALBA RICO

No es verdad que las obras se defiendan solas. En septiembre de 2007, murió en Madrid Pablo Sorozábal Serrano (1934) con premeditada sordina, dejando algunos libros que él no supo o no quiso defender y que un mundo trágicamente liviano cree no necesitar. Apenas puedo juzgar sus composiciones musicales, entre las que se cuenta el himno de la Comunidad Autónoma de Madrid, pero Sorozábal tradujo magníficamente a Kafka, Fontaine y Büchner (entre otros muchos), produjo una notabilísima obra poética y fue, sobre todo, un extraordinario narrador, un redomado «cuentista» que señaló y explotó con fértil puntería la «desconocida raíz común» entre literatura, compromiso y charlatanería.

Pablo Sorozábal fue también un extraordinario articulista. Malhumorado, provocativo, ingenioso, tiernamente rezongón, de una galantería a veces procaz, no perdió ocasión para manifestar su feroz y jocundo desprecio hacia todo eufemismo y toda mojigatería, también –o sobre todo– dentro de la izquierda, lo que sin duda agravó el

orgulloso aislamiento en el que vivió los últimos años de su vida. Valdría sin duda la pena recuperar los textos que lo convirtieron en el más brillante colaborador del diario vasco *Egin* en los años ochenta, en el más salvaje y deslenguado, y en el menos complaciente con las disciplinas y las estrategias políticas de los partidos. Recuerdo, claro, el mítico «Elogio sentimental del tanque ruso», que tanto nos hizo gozar a sus admiradores y que utilicé en un guión de *Los Electroduendes*. Recuerdo también, a principios de los 90, en medio de la avalancha de albaneses que trataban de entrar en Italia, su implacable rencor (intencionadamente altisonante, como el de la bruja Avería) hacia esos prófugos del socialismo que se disputaban a codazos un huequito en los centros privilegiados del capitalismo para reproducir mejor el sistema global de explotación. O recuerdo asimismo la más brillante, la más convincente, la más vibrante, la más descabellada y matemática defensa de Cuba que haya jamás leído, hasta tal punto desnuda de sentimentalismo que casi me hizo llorar y tan desprovista de toda concesión al enemigo que muy probablemente los propios cubanos hubiesen preferido mantenerla encerrada en un cajón.

Pablo Sorozábal fue, sí, un «extremista», un «estalinista», un inmoderado certero y genial. En octubre de 1992 tuve el enorme privilegio de que aceptara presentar mi libro *¡Viva el Mal! ¡Viva el Capital!* Escribió para la ocasión un texto cuyo original tengo ante mis ojos, cuidadosamente mecanografiado y sin apenas correcciones, con algunas notas de puño y letra a pie de página para ilustrar las semejanzas entre el PSOE y la Falange.

Lo he leído de nuevo y no he sentido ni ternura ni tristeza ni nostalgia; lo he leído de nuevo y me he echado a reír a carcajadas, agradecido de que nos haya dejado –a mí y a los que lo conocían mejor que yo– el antídoto contra el pesar de su irrevocable ausencia. Me he reído admirando al mismo tiempo la justicia luminosa de sus frases, que él tallaba con tanto esmero provocador. «Buenaventura Durruti –dice por ejemplo– aquel gran luchador antifascista al frente de su columna fue implantando con mano férrea el mercado libre, esto es, el comunismo, en las comarcas que liberaba de la dominación fascista durante los primeros meses de la Guerra Civil».

O veamos también este alegato contra el «estilo», que –ahora me doy cuenta– plagué años después en una sátira dirigida contra Gabriel Albiac: «¡Está ya uno hasta las narices de los “estilistas” y su “inconfundible personalidad”, es decir, de esa tan celebrada y bien vendida inanidad que se expresa con la muletilla: “el estilo soy yo”! Por ilustrar lo dicho: a Azorín se le puede perdonar que sus ideas no tengan gran interés, pero no el tedio que provoca su “personalísimo estilo”. A Cela se le puede pasar por alto el que la falsificación y la mentira sean el único imperativo categórico de su discurso liberal-fascista, y a Umbral que el izquierdismo del suyo sea más falso que Judas, pero ni a uno ni a otro cabe perdonarles que escriban esa prosa-estandarte engolada y campanuda (propia del jefe de acuartelamiento de la Legión o del delegado provincial del Movimiento con veleidades literarias en sus ratos de ocio), mera regurgitación de sí misma. Pase tener ideas pobres o

chapuceras, pero no llamar literatura a la exudación, la cual, como toda secreción, es, eso sí, la cosa más personal e intransferible del mundo».

O finalmente este largo exabrupto contra el sindicalismo claudicante: «Bien, concedamos que ningún líder sindical “democrático” quiera expresarse con la precisa generalidad filosófica con que lo hace la bruja Avería, pero, ¿por qué, en todo caso, no va a lo concreto y les dice a los obreros que en Brasil y otros países del Tercer Mundo (o del primero, o del segundo, según la coyuntura) los dueños del capital producen acero, o lo que sea, a precio de miseria, justo ese mismo acero que, tras la liquidación de la siderometalurgia vasca y asturiana (como no hace mucho la valenciana) venderán a sus socios capitalistas españoles (es decir, se lo venderán a sí mismos)? ¿Y por qué no sacar las conclusiones lógicas y decirles a esos marchistas siderometalúrgicos que su problema se solucionaría de inmediato sólo con que trabajasen con salarios de esclavitud, pues que la rentabilidad no es ni puede ser otra cosa que la miseria (absoluta o relativa, pero siempre relativamente absoluta) del obrero? ¿Y por qué, dicha esta incontestable verdad, no ir un poquito más lejos y nombrar la verdad última, la de que sólo y únicamente el comunismo acaba con esa barbarie, esa sinrazón y esa inhumanidad? ¡Pero no, ni los líderes sindicales ni incluso los propios obreros parecen estar por la labor de extraer conclusiones lógicas, se resignan de antemano a la derrota (los que no lo hagan caerán indefectiblemente bajo el peso de la ley antite-rrorista) y se conforman con tratar de conseguir que el

vapuleo sea un poquillo menos catastrófico que el que se teme, aplaudidos por los intelectuales que jalearon la demolición del muro de Berlín, a la espera de jalear el derrumbe de Cuba!».

Pablo Sorozábal no fue, sin duda, uno de esos intelectuales que se forjan un «estilo» para despreciar elegantemente la razón, la verdad y la justicia. Era, por usar sus propias palabras, un «absolutista» y un «totalitario». «Por “absolutismo” –escribió–, no entiendo “radicalismo”, “maximalismo” u otra enfermedad infantil ideológica, sino lo que dice ya la etimología del término *absoluto*, esto es, independencia, liberación, aquello que es incondicionado e irrestricto. (...) Corren tiempos de miserables componendas, de infames renunciadas, de ignominiosas traiciones, todas ellas maquilladas y travestidas de un relativismo, o lo que es lo mismo, de un pragmatismo vulgar y vergonzoso. Si hoy alguien dice: “todo es relativo” no está señalando que todo está interrelacionado, sino que si a mano viene hay que sacar tajada de todo y ponerle una vela a Dios y otra al Diablo».

Pero es que además de absolutista, Pablo Sorozábal era, según su propia definición, «totalitario»: «¡Pobrecillo –dice de sí mismo. ¿A quién se le ocurre hoy, en plena consolidación de la “democracia española”, con los del PSOE recordando a bombo y platillo los portentos de sus diez años de cada vez más perfeccionada dictadura capitalista y los de la oposición (de derechas e izquierdas) preparándose para proseguir exactamente la misma tarea que los del PSOE con voluntad de servicio inasequible al desaliento; a quién, insisto, se le ocurre hoy,

tras la dinamitación controlada del socialismo real, (...) a quién, repito, se le puede ocurrir ser totalitario aquí y ahora? ¡Sólo a un despistado! Yo digo, sin embargo, ¡qué hermosura de despiste! ¡qué belleza la de ese diálogo entre Don Absoluto y Doña Totalidad, hermanos que, en la ignorancia de sí mismos, fornican como lo hicieron Siegmund y Sieglinde, en la gloriosa ignorancia no sólo de sí sino de la advertencia de la diosa madre, Erda, al dios padre, Wotan: “¡Un día aciago despunta para los dioses! ¡Sigue mi consejo y despréndete del anillo!”».

Pablo Sorozábal era, en definitiva, un hombre intratable, en el sentido de no aceptar ningún trato o componenda en un mundo que, a sus ojos, derivaba subjetivamente hacia la traición, y de no aceptarlos aunque para ello tuviese que dejar de tratar precisamente a todo el mundo. En los primeros versos de su poema *Epitafio*, que dejó en el cajón de su mesilla la noche en que murió, describe sin amargura las consecuencias de esta su «intratabilidad»:

Mi entierro ha sido emocionante
no han asistido las autoridades,
puesto que yo no tengo nombre
o, por decirlo con mayor precisión,
es mi nombre quien no tiene yo.
El viento, sin embargo, hizo acto
de presencia y le voló el gorro
a una anciana que limpiaba la tumba
de al lado con un trapo triste.
Mis hijos derramaron algunas
lágrimas, y a su madre, años

ha allí, quizás no le agradó el reencuentro,
pues el caso es que siempre tuvo
muchísimas cosas que reprocharme:
mis mentiras y mis verdades,
mi inmadurez, mi ignorancia de eso que es,
dicen, la vida, mi pedante
manía de intentar cambiar el mundo
con palabras y melodías,
y lo que es infinitamente peor:
ni por asomo conseguirlo.

En 1986 Sorozábal obtuvo el premio Pío Baroja por su novela *La última palabra*, un texto torrencial, goliárdico, juglaresco, hilarante, en el que la pasión erótica y la lingüística se conjugan, al revés que en las noches de Sheherezade, para conquistar, y no para proteger, un cuerpo esquivo. Su gran obra, sin embargo, no mereció siquiera una atención pasajera. Publicada en 1990 por la editorial Tellus, aunque escrita a principios de los 80, se apagó rápidamente entre algunos focos aislados de admiración encendida e impotente. No sé si fue su ineludible pero inacertado título o el hecho de adelantarse en algunos años a la actual boga de la memoria (donde olvidamos tantas cosas) o el desprecio de su autor por toda forma de reconocimiento «burgués»: lo cierto es que *Lloro por King Kong*, frase que resume el drama humano y social de Sole, la criada protagonista, fue inmediatamente descatalogada por el mercado cautivo, no obstante ser —a mi juicio— la novela que, por su precisión política y su belleza literaria, mejor aborda ese triste período de la historia de

España en el que se derribaron todas las lámparas y que luego nos limitamos a colorear para tener al menos una ceguera de colores.

He vuelto a leer *Lloro por King Kong* veinticinco años después y ha vuelto a emocionarme. Olvidado en su cajón a la espera de esta edición, no ha envejecido ni un solo día, quizás porque España y los españoles seguimos viviendo en la estela o en el aura o en la radiación del dolor y la fealdad que describen sus páginas, y en la necesidad de reparación estética y política que ellas mismas reclaman. *Lloro por King Kong* es una larga ráfaga, una sostenida, a ratos jadeante, racha de viento que transporta, como hojarasca y basura, la historia de nuestros abuelos y nuestros padres, separados no por una guerra civil sino por una diferencia de clase que es, al mismo tiempo, una diferencia de «alma»: dos «especies» enfrentadas, digamos, por su relación con la luz. Por ejemplo, no deja de ser llamativa, y muy coherente con la personalidad del autor, pero también muy ajustada a la realidad, su insistencia narrativa en distinguir a vencedores y vencidos –más allá de su visión del mundo– por su visión de la sexualidad, y ello hasta el punto de que no es fácil deshacerse de la idea de que –precisamente– la visión del mundo de unos y de otros es causa y efecto de sus irreconciliables formas de abordar los cuerpos y de considerar el amor. La Guerra Civil fue una guerra de «clases» y de «ideologías», pero también una guerra de «cuerpos» o, si se prefiere, de «erotismos». En la novela de Sorozábal, en efecto, los vencedores –machos y esposas o hijas de machos– asocian tor-

cidamente el placer sexual al desprecio, la culpabilidad y la violencia, mientras que los vencidos campan a sus anchas, limpios y alados, en sus propios cuerpos y en el de sus compañeros: al mundo turbio de la familia Reyes, poblado de prostitutas humilladas e impulsos sádicos, cuya traducción «femenina» es el asco de Carolina –que vomita sobre su novio guardia civil– se opone la naturalidad ingenua y solar de Sole, la criada, hija de campesino fusilado, con su gesto tranquilo y «racional» de desabrocharse el sujetador para que el chico que la ha invitado al cine, y que maniobra incómodo entre sus pechos, pueda meterle mano de manera más satisfactoria para los dos. Las concomitancias entre fascismo, catolicismo y violencia lindan con –y se alimentan sin duda– de esa incapacidad para ver en el cuerpo del otro un kantiano fin en sí mismo y una fuente de felicidad sensible entre iguales. Sorozábal, hijo si se quiere de Octubre de 1917 y de Mayo del 68, no puede separar la emancipación social y la sexual, indisociables a su vez de la liberación estética y lingüística (Sorozábal, por ejemplo, reproduce con urticante fidelidad esa libidinosa retórica católica y fascista hinchada de rodeos, eufemismos y exaltaciones metafísicas). Por eso, porque la Guerra Civil enfrentó dos constelaciones y dos «especies», y no sólo dos clases, la victoria del fascismo –la de los empresarios Reyes, el cura don Evelino, el coronel Soto– supuso un enorme batacazo o retroceso civilizatorio que, a través de las páginas de *Lloro por King Kong*, experimentamos como propio y a la espera aún de redención e indemnización.

La novela de Sorozábal está escrita, obviamente, desde una posición ideológica clara, contraria al «ni vencedores ni vencidos, todos víctimas», de, por ejemplo, Javier Cercas. Hay aquí ideología, toma de partido, revancha narrativa, pero hay sobre todo (como en Dulce Chacón o en Almudena Grandes, que siguieron su estela) historias respuntadas en un bastidor de infamias, historias que se cuentan a sí mismas sin más intervención del autor que el compás verbal, la cadencia de las frases, la respiración de las voces. Hablaba más arriba de una «ráfaga» o «racha de viento» que cruza en un complejo bufido la mente del lector. Pero podría hablarse también de una pieza jazzística compuesta de tres movimientos. En el primero, muy largo y complicado, dominan las voces de los vencedores con sus imponentes trompetas –cuyo *ritornello* es el velatorio de Julio Reyes– que apenas dejan escuchar el contrapunto discreto o la antifona clandestina de los derrotados. Pero así yuxtapuestas, inaudibles para los poderosos, las historias de Julián, castigado por su amor a una anarquista, o de Hilario, el albañil que tiene «una luz aquí dentro» y quiere ser músico y al que le matan la vida «como un perro», o de Blanca, la de la cara vacía, redimida y aniquilada por la revolución, o de don Gabriel, el maestro vasco torturado hasta la muerte, todas estas historias, por abajo y a contrapelo, contra la masa sonora de la trompeta dominante, se imponen con la fuerza diminuta y dolorida de su desnuda verdad literaria.

Luego, tras este primer movimiento contrapuntístico, desde sus entrañas y casi al final, como a fuerza de pro-

longarlo, surge un segundo, la historia deshilachada, sin puntuación y casi sin sintaxis, de Paco, el clarinetista fracasado, el limpiabotas mutilado de la glorieta de Bilbao, historia donde de pronto se unen los vencedores y los vencidos en una risa común cuya intolerable injusticia nos patea el ánimo al tiempo que nos recuerda la verdad que el pobre Paco había entendido, en la guerra y en el amor, antes de que el dolor lo volviera loco: «era como si ya no fuese uno libre de no ser libre como si uno se hubiera pasado toda su vida hasta aquel preciso momento pudiendo cómoda y tranquilamente no ser libre y de pronto tuviera uno que serlo ser libre libre por fuerza por necesidad ¿comprendéis?».

Y de pronto y por fin, cuando uno no sabe si llorar o no ni por qué llorar, el último movimiento jazzístico da la palabra a Sole, la criada, la verdadera protagonista, que ha estado recogiendo platos y sirviendo café sin llamar mucho la atención; Sole, que en un párrafo final de maestro y virtuoso, nos concede por fin el derecho y una razón para llorar, la que el título ineludible nos resume: sobre las patatas fritas que nos ofrece gentil el hombre al que no amamos, lloramos y lloramos y lloramos por el tierno monstruo enamorado y ametrallado.

Las obras no se defienden solas y uno no puede evitar la convicción de que el mundo ha sido injusto con las de Pablo Sorozábal. Durante veinticinco años *Lloro por King Kong* ha esperado una reedición y hay que agradecer sin duda al colectivo Cambalache que se entusiasma con la obra y la vuelva a publicar.

Como Pablo Sorozábal era un «hedonista», según le gustaba declarar en voz alta, jamás se dejó llevar por la amargura; como era un comunista, estaba mucho más pendiente de injusticias mucho más graves que se producían y se siguen produciendo en todos los rincones del planeta. Como era un hedonista comunista, se dejaba llevar siempre por los placeres y nunca por la autocomplacencia. La noche en que la muerte dijo la última palabra y silenció su charlatanería, su familia encontró en el cajón de su mesilla, como ya he dicho, un poema. Es un buen ejemplo de la maestría literaria con la que luchó contra el estilo, defendió el hedonismo, el comunismo y el antinarcisismo y dejó la intemperie sin obstáculos para el diálogo entre Don Absoluto y Doña Totalidad. Pero es también una buena síntesis de su mejor obra, de la gran novela que el lector tiene ahora entre sus manos, *Lloro por King Kong*, donde se narra cómo la «casta» española dio un golpe de Estado en 1936, mató, encarceló o expulsó a millones de personas y destruyó la lengua misma para impedir el amor libre y la alegría fecunda.

¡Qué rabia, sí, eso de haberme muerto,
ahora que andaba, como siempre,
alerta en el impredecible y fugaz
deslumbre de tu epifanía
maleva y diurna, que traviste el alba,
que trueca la mañana en noche,
la luz en ardiente sombra cerrada!
Pero báilame, amor, al menos,
un zapateado sobre mi tumba.

Desde primeras horas de la mañana habían comenzado a llegar coronas de flores. Eres imbécil, Sole, vuelve y mira otra vez, ladró la señorita Carolina a Soledad. No está en el aparador, señorita, le acababa de decir Soledad a la señorita Carolina. Eres idiota, Sole, te digo que yo misma lo dejé allí, vuelve y mira como Dios manda, no sé de qué te sirve tener ojos en la cara. Soledad encaminó de nuevo sus pasos hacia el comedor a fin de escudriñar otra vez en las vitrinas del aparador. Al alejarse por el pasillo oyó cómo la señorita Teresa preguntaba a la señorita Carolina si quería más mermelada, y cómo ésta le respondía que no, que de momento no le apetecía tomar más. La señorita Carolina y la señorita Teresa tenían los ojos enrojecidos e hinchados de tanto llorar. Estaban en la salita al fondo del corredor, que ellas gustaban llamar el gabinete, sentadas en sillas Segundo Imperio. Pero usted me garantiza que son auténticas, eh, auténticas, había exigido don Julio Reyes al dueño de la tienda de antigüedades cuando, mediados los años cuarenta, puso casa en Madrid, a donde se había trasladado con su familia desde Málaga, su ciudad natal. Pues claro que se lo garantizo, señor Reyes, es más, puedo asegurarle, le había dicho con vehemencia el anticuario, que este juego

de sillas perteneció al marqués de Salamanca, vamos, para mayor exactitud, a una actriz a la que el marqués había montado un piso regio, don Julio, lo que se dice regio, y solamente han sido retapizadas una vez y ello a manos de un artesano que trabajaba para la Casa Real. Ante las explicaciones del anticuario don Julio se había mostrado decidido a formalizar la compra, una vez tranquilo respecto a la autenticidad de los objetos a adquirir, ya que le horrorizaba la idea de gastar su dinero en cosas que no estuvieran aureoladas por algún tipo de prestigio, de modo que al instalarse en su amplio y flamante piso madrileño de la calle de Lagasca prestó suma atención a procurar que el mobiliario estuviese constituido en su totalidad por piezas sobre cuyo abolengo y alta categoría no fuese posible albergar la más mínima duda. La señorita Teresa, hija del coronel Soto, viejo amigo y socio de don Julio en buena parte de sus negocios, estaba, en tan dolorosas circunstancias, haciendo compañía a su más querida e íntima amiga, la señorita Carolina. Ambas se hallaban sentadas en sendas sillas Segundo Imperio tapizadas en seda granate ligeramente rozada y oscurecida por el paso del tiempo y el peso blando y húmedo de las cansadas posaderas de varias generaciones. El cadáver de don Julio Reyes estaba expuesto en el centro del gran salón. El ataúd, de caoba, mostraba por dentro un forro de raso acolchado, refulgente y blanquísimo. Disponemos de los siguientes modelos en madera noble, había explicado el gerente de la funeraria a don Luis Reyes, único hijo varón, y primogénito del finado, mientras desplegaba ante sus ojos hundidos y ausentes las enor-

mes páginas de un álbum de fotografías en las que se podían apreciar diferentes clases de ataúdes. Absolutamente noble, y éste que ve usted aquí está además embellecido con incrustaciones de plata repujada sobre la tapa y los laterales. Éste, quiero éste, decidió don Luis posando la yema del dedo índice de su mano derecha sobre la lámina de amarillento papel de celofán que protegía cada una de las páginas del muestrario. Sí señor, perfecto, lo que el señor mande, y si me permite que se lo diga el señor sabe elegir, pues las incrustaciones realzan aún más el carácter noble de la madera, murmuró el funcionario mientras sacaba del bolsillo interior de la americana un cuadernito y una estilográfica y hacía una rápida anotación, tras lo cual se levantó y se marchó con el álbum bajo el brazo musitando reiteradas frases de condolencia. Al preguntar a la señorita Carolina si quería más mermelada la voz de su amiga había sonado mimosa y dolientemente maternal. Cuando al mediodía habían traído el féretro y demás efectos contratados con la funeraria la señorita Carolina se había tirado al suelo y se había pasado todo el tiempo que los empleados habían utilizado en meter el cadáver de don Julio en el ataúd y en dejarlo instalado en mitad del salón gritando que no tocara nadie a su padre, que le dejaran dormir en paz. La señorita Teresa, que se encontraba ya en la casa acompañando a su amiga, trató, sin conseguirlo, de que se levantara del suelo. Se agachó a su lado y empezó a murmurarle al oído que tuviera compostura, que no diera aquel espectáculo, que qué iba a pensar la gente, y al cabo, en vista de que sus palabras no surtían ningún

efecto, intentó levantarla agarrándola sucesivamente por los sobacos, por la cintura, por las muñecas. Sin embargo, en cuanto lograba alzarla un poco del suelo, ella se desasía con fuerza y volvía a tirarse cuan larga era. Su hermano, que había oído los gritos desde su despacho, se le acercó mascullando insultos e imprecaciones y, cogiéndola por el pelo, la puso en pie de un tirón violento cargado de ciega saña. Pero la señorita Carolina se dejó caer de nuevo entre alaridos. Don Luis se pasó un rato levantándola cada vez que ella se dejaba desplomar y, finalmente, ante lo inútil de sus esfuerzos, acabó por marcharse de la habitación, no sin antes cubrirle de aún peores insultos y propinarle una terrible patada en un costado. Que no toquen a papá de la cama, que no se le acerquen, que no le toquen, aullaba la señorita Carolina retorciéndose sobre la alfombra mientras los encargados de la funeraria llevaban a cabo sus manipulaciones del modo más rápido y silencioso posible en tanto contemplaban la escena por el rabillo del ojo. Pero ni las incansables súplicas de su amiga ni la violencia de su hermano lograban que la señorita Carolina se calmara. Sólo comenzó a serenarse y a dejar de chillar cuando vio que los empleados, concluida su tarea, se disponían a retirarse, cosa que hicieron definitivamente tras dejar colocado el ataúd en el centro del salón, habitado ya por el muerto, a cuyos flancos se alzaban cuatro grandes candelabros de bronce, cada uno de ellos rematado por seis brazos coronados a su vez por sendas bombillas esmeriladas en forma de llama de bujía. En la cabecera del túmulo, presidiéndolo todo, se erguía sobre un basamento constituido

por cuatro grandes travesaños de hierro, gigantesca, una cruz de la que pendía el cuerpo en escayola policromada de un Cristo de tamaño natural. La piel del crucificado estaba cubierta de llagas que parecían sangrar de verdad por efecto de la pintura escarlata bajo el húmedo brillo del resplandor de los candelabros. Enormes clavos de ancha y negra cabeza atravesaban los pies y las manos del torturado, cuyo rostro, con los párpados entornados y la boca entreabierta, se elevaba hacia el techo del salón como interrogando a la apagada araña de cristal que colgaba de una gruesa cadena dorada que partía del centro de un rosetón artesonado, sobre el significado de todo aquello. La nauseabunda sensación que provocaba la reluciente y viscosa superficie de la escultura apenas si se veía mitigada en algo por el seco blancor de la escayola que asomaba indiscretamente bajo los pequeños desconchados y arañazos que el uso había acabado por ocasionar al borde de las ensangrentadas heridas de la frente, de las manos, del costado, de los pies. Soledad inspeccionó de nuevo el aparador pero allí no estaba el tubo de aspirinas, como afirmaba la señorita Carolina, sino sólo una botella vacía de agua mineral que don Julio se había ido bebiendo sorbo a sorbo durante los tres últimos días de su vida. Al atravesar el pasillo para volver a la salita e informar a la señorita Carolina de que seguía sin encontrar el tubo de las aspirinas en el aparador, Soledad oyó un brevísimo, tímido timbrazo que provenía de la puerta principal de entrada al piso. Acudió a abrir. En el rellano había dos señores. Buenas tardes, murmuró uno de ellos en un como avergonzado hilo de voz, casi inaudible,

mientras se quitaba el sombrero con cierta ostensible lentitud. Buenas tardes, repitió el otro en un tono algo más alto y firme, quitándose también el sombrero lentamente y apoyando sus grises alas sobre las solapas del abrigo. Soledad les indicó con la mano que pasaran, dando por supuesto que venían a dar el pésame. Nada más dejar atrás el umbral del vestíbulo los dos visitantes vislumbraron el catafalco, dado que el espacioso recibidor conducía directamente al gran salón y que la puerta corredera que separaba las dos estancias se hallaba abierta de par en par. Al toparse tan bruscamente con la escena mortuoria los dos hombres se quedaron muy cortados, sin saber qué hacer ni qué decir, hasta que al fin se decidieron a dar unos pasos hacia el ataúd y se pusieron a contemplarlo fijamente, procurando que en sus semblantes se dibujasen expresiones aún más tristes, graves y solemnes que las que habían puesto poco antes de llamar al timbre. Así permanecieron un buen rato, hasta que de pronto se dieron cuenta de que quien estaba sentado en el sillón al borde mismo del féretro, con los ojos clavados en el muerto, no era otro que su hijo, lo que les llevó a sentirse todavía más incómodos y desconcertados por haber estado tanto tiempo junto a él sin advertir su presencia y sin darle el pésame. Don Luis Reyes, por su parte, percibió vagamente que a su lado había alguien tendiéndole la mano, y él a su vez tendió la suya sin volver la cabeza y sin molestarse en mirar, una mano blanda e indiferente que ellos se precipitaron a estrechar con calor al tiempo que murmuraban fervorosas expresiones de condolencia, hecho lo cual retrocedieron

unos pasos y se quedaron en posición de en su lugar descansando, consagrándose a la minuciosa observación del ataúd, del Cristo crucificado, de los candelabros, de las paredes y de las coronas de flores, que en número de siete hasta el momento, y montadas sobre caballetes de madera pintada de negro, se alzaban por diversos ángulos del salón. Ambos señores sostenían sus respectivos sombreros entre el pulgar y el índice de la mano derecha, cruzada ésta sobre la izquierda a la altura de la ingle. Los dos se hallaban contrariados y perplejos por no haber sido reconocidos por don Luis. Soledad llegó a la salita y comunicó a la señorita Carolina que el tubo de las aspirinas seguía sin aparecer en el aparador. La señorita Carolina no contestó. A Soledad le dolían los pies, las rodillas, la cabeza. Las dos noches precedentes las había tenido que pasar en vela a causa del trajín que la agonía y el fallecimiento de don Julio habían ocasionado en la casa. La señorita Teresa, mientras levantaba una taza de té perteneciente a un juego completo de porcelana china cuya autenticidad había sido debidamente garantizada a don Julio en su día al proceder a su adquisición, dijo que qué suerte para doña Juanita el haber sido llamada por el Señor a su lado antes que su marido, pues así se había ahorrado el amargo trago de perder a un esposo tan excepcional como el suyo. Un hombre tan fuera de serie, tan de lo que no hay, tan caballeroso, tan señor, tan rebotante de hombría de bien, afirmó la señorita Teresa en un tono equidistante entre la congoja y el desafío, y acto seguido se dio cuenta de que al decir aquello había metido la pata y cerró los párpados y sus

labios se estiraron hasta formar un cono truncado a través de cuyo orificio surcado en los bordes por arruguitas crispadas, trémulas, ingirió un largo sorbo de té. La señorita Carolina se acordó de su madre y rompió a llorar, lo que provocó el que la señorita Teresa prorrumpiera igualmente en sollozos, unos sollozos agudos, ahogados. Deberías irte a acostar, estás que no puedes tenerte de fatiga, no hay más que verte la cara, yo me quedaré a velar al pobre don Julio, articuló al cabo de unos minutos con voz quebrada y ronca por el llanto la señorita Teresa dirigiéndose a su amiga. Ni pensarlo, Teresa, estoy perfectamente, eres tú quien tiene que irse a descansar, que estás a nuestro lado desde hace días, respondió la señorita Carolina enjugándose una lágrima con un pañuelito que había sacado de la bocamanga del vestido y dirigiendo una mirada de cariño hacia la señorita Teresa, que se sintió conmovida y al ver que la señorita Carolina se disponía a embeber otra lágrima en una punta del pañuelo que guardaba arrebujado en el cuenco de la mano, tomó entre la suyas la otra mano de su amiga, la que no sujetaba el pañuelo y, acariciándola, la llamó pobrecita. Pobrecita, pobrecita mía, musitó sonriente y tierna, y a la señorita Carolina le vino de pronto la oscura y punzante idea de que ella era pobrecita, lo que provocó un nuevo acceso de llanto, torrente de lágrimas que dejó empapado e inservible el pañuelito de batista perteneciente a un juego de una docena que, en una caja de cartón envuelta en papel de seda y adornada con un lazo color rojo ladrillo, le había regalado hacía muchos años, siendo ella todavía una niña, una tía abuela, y que, sin

ella misma acertar a explicarse por qué, jamás había llegado a usar hasta el día de la muerte de su padre. Una vez calmada, la señorita Carolina tomó entre el índice y el pulgar de la mano izquierda una tostada y la untó de mantequilla y mermelada. La mermelada estaba a punto de escurrirse por los bordes y caer sobre el mantel, pieza central de una mantelería cuya fabricación a mano según las más puras y genuinas normas tradicionales de la artesanía charra había sido plenamente garantizada al señor y la señora Reyes en el instante de su compra. La señorita Carolina se dio cuenta de lo que estaba en un tris de suceder y, adelantándose a los acontecimientos, estiró el cuello, abrió la boca cuanto pudo y engulló la tostada de un solo bocado al mismo tiempo que en los desvanes de su memoria sonaba como un eco la severa vozarrona de sor Ricarda, la monja encargada del comedor, diciéndole que una señorita no debe jamás meterse los alimentos en la boca de una vez, que eso es propio de personas de baja condición e indigno de una señorita, que las señoritas lo que tienen que hacer es comer a bocaditos pequeños, así, así, mascando discretamente, sin apenas abrir la boca, mejor dicho, sin abrirla para nada mientras se mastica, lo mismo que cuando una señorita está sentada no debe abrir nunca las piernas, debe mantenerlas siempre juntas, las rodillas pegaditas la una a la otra, incluso aunque no haya nadie delante, para crearse la costumbre. La señorita Carolina se acordó súbitamente de la pregunta que le había hecho a sor Ricarda de por qué entonces al comulgar el sacerdote le metía a una la hostia en la boca de una vez, y del bofetón

que sor Ricarda le había propinado, un repentino, esquinado, imparable bofetón que había sonado como un chasquido metálico, alegre, frío, que había saltado al techo y rebotado por los altos muros encalados de la nave del comedor, y se preguntaba por qué no le habrían brotado las lágrimas, con lo mucho que le dolía la mejilla, mientras de entre las acacias del gran patio ajardinado del colegio llegaban a sus oídos, rotas, chillonas, las voces de las niñas del turno B de recreo cantando sin parar al cochecito leré al cochecito leré. Hacía rato que había llegado el coronel Soto, quien tras orar unos instantes frente al cadáver y saludar a don Luis Reyes se había retirado a la salita a hacer compañía a su hija y a la señorita Carolina. Soledad entró con la intención de decir que habían venido otras personas a dar el pésame y que las había hecho pasar al salón, pero de pronto pensó que para qué decirlo, y se marchó llevándose el servicio de té. El resplandor de las bombillas encendidas por toda la casa hacía que le escocieran los ojos soñolientos. El salón olía a flores y a muerto. Sintió náuseas. Sonó el teléfono. Era una equivocación. Es una equivocación, dijo la señorita Carolina. Con eso de que la farmacia de la esquina tiene un número muy parecido al nuestro se están equivocando siempre. Qué lata, comentó el coronel Soto, si bien su hija matizó que aun estando de acuerdo en que era una lata, el tener una farmacia tan cerca de casa reportaba también evidentes ventajas, como se había demostrado durante la enfermedad de don Julio. La señorita Carolina dijo que claro, que eso desde luego, y se puso a sorber de su taza de té. El teléfono estaba encima

de la mesa camilla, junto al tarro de la mermelada de frambuesa en cuya etiqueta hallaba el comprador motivo para sentirse seguro respecto a la procedencia genuinamente británica de su manufactura. Por si ello fuera poco, el dueño de la tienda de comestibles donde la familia Reyes se surtía desde siempre, uno de los más prestigiosos establecimientos del ramo, si no el que más, de todo el barrio de Salamanca, garantizaba plenamente que los miembros de la Familia Real británica consumían de forma asidua desde hacía ciento treinta y siete años aquella y no otra marca de mermelada de frambuesa acompañando al té del desayuno o al té de media tarde. Los miembros de la Familia Real británica, ay, qué personas tan elegantes, tan distinguidas, suspiraba a veces la señorita Carolina. Qué gran categoría la suya, qué clase, algo indescriptible, papá dice que los ingleses son nuestros peores enemigos, mejor dicho, que los peores enemigos de los ingleses somos nosotros porque nos han arrebatado ese entrañable pedazo del solar patrio, hay que ver qué bien habla papá, que es el Peñón de Gibraltar, y se niegan a devolvérselo, y encima orquestan campañas antiespañolas desde el exterior, desde luego es que papá habla como un libro abierto, pero yo pienso que por muy enemigos que sean, o que seamos, o lo que sea, no puede dejar de admitirse que los ingleses son la gente más distinguida que hay, la que tiene más clase, vaya si lo son, en el último No-Do salía el duque de Edimburgo, tan alto, tan melancólico, tan romántico, que se había casado con una señora que estaba divorciada y por ello, y a sabiendas de lo que le esperaba, había tenido

que renunciar nada menos que a la corona de Inglaterra, porque lo único que le importaba en la vida a aquel hombre extraordinario era el amor, ay no, pero qué tonta soy, pero en qué estaré pensando, si el del No-Do no era ése, el del No-Do era el actual marido de la reina, el otro es el duque de Windsor, que venía su foto el otro día en el ABC, continuamente están sacando fotos tuyas en diarios y revistas, aunque también sale mucho en el No-Do, qué hombre, qué distinción, qué categoría, y por si fuera poco resulta que por lo visto es enormemente sencillo, Lola me lo está diciendo siempre, que no puedo hacerme ni remota idea de lo sencillo que es el duque de Edimburgo, que diga de Windsor, y ella sabe muy bien lo que se dice. No puedes imaginarte lo sencillo que es el duque, Carolina, le había confiado una vez Lola Santisteban, esposa de un aristócrata de Jerez de la Frontera que se hallaba en relación con don Julio en el terreno de los negocios agrícolas. Qué envidia me das, Lola, claro, tú, casada con tu conde tienes la oportunidad de conocer a mucha gente importante. Lola Santisteban había tenido ocasión de ver al duque de Windsor en persona, de estrecharle la mano, de hablar con él, de constatar la aplastante sencillez que le caracterizaba. Tú te habrías imaginado, tú y todo el mundo, que ibas a encontrar en él altivez, envaramiento, majestuosidad, ¿no?, pues nada, de eso nada, todo lo contrario, es un hombre de una sencillez que aplasta, que asombra, solía explicar Lola a la señorita Carolina y al resto de sus amistades. De acuerdo con el relato en el que acostumbraba a extenderse tras haber hecho derivar hacia el tema cualquier conver-

sación en la que ella participaba, su encuentro con el duque de Windsor se había producido en el transcurso de una cacería de jabalíes celebrada en Francia dentro de los inmensos confines de una finca propiedad de un señor muy importante. Importantísimo, un señor importantísimo en la cosa de la industria, ¿sabes?, con fábricas en Francia, en Bélgica, en España, y además con unos negocios fabulosos de minas en el Congo y en Argelia, y qué finca tan hermosa, inmensa, con bosques, todo bosques, bosques que no se acaban nunca, y un castillo que es un sueño, no como los nuestros de aquí en España, sino un château, un auténtico château, y hay que ver los châteaux que se ven en Francia. Sí, hay que ver qué châteaux, se había apresurado a exclamar la señorita Carolina, abundando en la opinión de su amiga, enviándole la suerte de estar casada con un conde. Ella, Carolina Reyes, también habría podido casarse con un conde, ¿por qué no?, y entonces habría sido igualmente invitada a la cacería en aquel sitio de Francia, ¿cómo se llamaba?, jamás lograba recordar aquel maldito nombre, por culpa de lo maravillosamente bien que pronunciaba el francés Lola, tan maravillosamente bien que no había forma de entenderla, una cacería a la que habían asistido muchísimos señores importantes en compañía de sus señoras. Señores de todas partes de Europa, incluso de los países sojuzgados por el comunismo, señores que habían tenido que escaparse de su patria, pobrecillos, solía explicar Lola, si supieras lo que han tenido que sufrir muchos de ellos viéndose obligados a abandonar sus tierras, sus propiedades, su hacienda, su casa, su

propia familia, para no caer en manos de los comunistas, y en el rostro de la señora Santisteban afloraba una sincera y honda tristeza que se disipaba de súbito cuando, al cabo de unos instantes, retomaba el hilo de la narración de su encuentro con el duque de Windsor. Qué sencillez la del duque, inenarrable, Carolina, no te lo puedes ni imaginar. El Papa también es muy sencillo, se le había ocurrido a la señorita Carolina comentar en una ocasión, ante lo que Lola Santisteban no pudo, al oírlo, reprimir una risita metálica, cortante. ¿Pero de qué te ríes, Lola?, le había preguntado la señorita Carolina a su amiga, a punto de echarse a llorar. Es que se trata de cosas completamente distintas, mujer, le había contestado Lola. La sencillez del Papa es algo diferente, otra cosa que no admite comparación con la sencillez del duque de Windsor. Es otra cosa, sí, Lola tiene razón, he metido la pata, pensó entristecida la señorita Carolina, y le vino a la memoria el viaje de peregrinación a Roma por el Año Santo que había emprendido la familia Reyes como acción de gracias por las venturas y la prosperidad que el Señor se había dignado concederle desde el fin de la guerra. El tren especial, repleto de peregrinos, era una larga y bulliciosa fiesta. Todos los pasajeros mostraban su alegría y su fervor. Risueños, locuaces, comunicativos, llenos de buen humor, atravesaban los pasillos y se trasladaban de un vagón a otro para conversar con amigos o conocidos. Había, recordaba la señorita Carolina, muchos religiosos y religiosas, y también un cardenal y un obispo que ocupaban un compartimento contiguo al de la familia Reyes. En el compartimento de al lado iba

el obispo acompañado por aquel cura tan guapo, su secretario, tan alto, tan delgado, con aquel semblante demacrado y aquellos ojazos que, cada vez que coincidíamos en el pasillo, me los clavaba aquí, en mitad del escote, hundía su mirada entre mis tetas y no la apartaba, se pasaba minutos y minutos mirándome, ¿acaso yo, sin darme cuenta, claro, sin querer, le estaba dando pie?, don Evelino no se cansa jamás de decirlo, el diablo, o como él prefiere decir, el Enemigo, está siempre al acecho, se sirve de todos los trucos, de todas las artimañas y tretas imaginables e inimaginables para hacernos caer en el pecado, me sentía desnudada por los ojos de aquel hombrón, qué horror, qué vergüenza cuando, al regresar a casa, me confesé con don Evelino, Ave María Purísima, Sin Pecado Concebida, ay padre yo no sé lo que sucedía en el vagón, no me lo puedo explicar, pero el caso es que había un sacerdote que me miraba aquí, ¿dónde, hija mía?, pues aquí, en el escote, hija mía, es preciso orar mucho, sí, orar con los ojos del alma puestos en Dios nuestro Señor, sólo así la gracia divina nos concede el don de no ver o no imaginar actos pecaminosos allí donde muy posiblemente no existen realmente, pues todo son argucias del Enemigo para arrastrarnos a la sima del pecado, orando se destruyen asimismo muchas ocasiones de inconscientemente dar pie a que el prójimo peque por culpa nuestra, pues somos débiles, Carolina, hija mía, somos débiles y por eso hemos de esforzarnos por orar mucho con el corazón y el pensamiento puestos en Jesús Divino Cordero y Redentor Nuestro. Desde luego Lola tenía razón, la sencillez del Papa era una cosa

completamente distinta a la sencillez del duque de Windsor, no tenían nada que ver entre sí. En Roma vendían postales en las que se veía a Pío XII con pajaritos posados en la palma de la mano y sobre sus hombros y su cabeza. Es una sencillez muy diferente, mucho, reflexionaba la señorita Carolina Reyes. Estaba claro que Lola tenía siempre razón, ¿acaso podía ni siquiera imaginarse por un instante al duque de Windsor con gorriones posados sobre sus hombros y sus manos? La última vez que la señorita Carolina había visto al duque de Windsor había sido en el No-Do. Aparecía en Londres, salía del Palacio de Buckingham. O entraba. O ni salía ni entraba sino que pasaba por allí a contemplar el relevo de la guardia. O tal vez ni siquiera aparecía el duque de Windsor, dudaba la señorita Carolina, quien sólo recordaba con seguridad la gallardía de aquellos soldados tan tiesos, tan erguidos, tan altos, con sus morriones de piel, inmóviles como estatuas, impávidos bajo el sol, bajo la nieve, bajo la lluvia, qué bárbaros, les da igual aguantar el frío o la lluvia, porque en Londres llueve mucho, como en Santiago de Compostela, se decía la señorita Carolina al ver el relevo de la guardia de Buckingham en la cálida penumbra del cine. De nuevo llamaron a la puerta del piso. Eran varias personas que venían a dar el pésame. Soledad les hizo pasar al salón y se marchó a la cocina. En el pasillo se encontró a la señorita Carolina, quien, con los brazos cruzados sobre el pecho y algo separados del cuerpo, en un ademán que recordaba vagamente al de un bailarín de danzas eslavas, al verla levantó el antebrazo derecho, colocó a Soledad delante de los ojos,

casi rozándole la nariz, un tubo de aspirinas y le soltó a quemarropa que ya estaba viendo cómo ella tenía razón y el tubo de las aspirinas estaba en el aparador tal como ella se lo había dicho y repetido mil y una veces, una vez dicho lo cual la llamó estúpida y añadió que no podía comprender de qué le servía tener ojos en la cara como todo el mundo que no estuviese ciego. Soledad no replicó, sabía que el tubo no estaba en el aparador. Cuando la señorita Carolina paró de hablar Soledad le informó de que habían llegado unos señores a los que había hecho pasar al salón. Una vez en la cocina Soledad abrió la ventana para que se fuera el aire viciado por las emanaciones del cadáver, la acumulación de flores y la presencia de personas que, en número creciente, iban llegando al piso. Un olor remoto pero inequívocamente pestilencial había comenzado a invadir hasta el último rincón de la vivienda, favorecido por la alta temperatura que reinaba en la misma debido a la potente calefacción. Soledad se asomó, colocó los codos sobre las baldosas del alféizar y apoyó la cabeza en las palmas de las manos. Todavía quedaba un trozo de nieve helada adherido a la esquina del marco de la ventana, restos de la nevada que había caído días antes sobre Madrid. Desde la calle llegaba, atronador, el discurso que lanzaba el megáfono instalado en el techo de una furgoneta que circulaba a marcha lenta por el barrio. Una voz entre plañidera y triunfal, quejumbrosa y sañuda, implorante y amenazadora, hablaba de la Navidad de los pobres, de los niños del suburbio que no comerían turrón ni recibirían juguetes el día de Reyes, de los ancianos que, atendidos por abnegadas

monjitas, se helaban de frío en asilos cuyo mantenimiento dependía por entero de la caridad de los madrileños. Tras extenderse en consideraciones generales acerca del amor al prójimo, la voz concluía su alocución afirmando que si bien era imposible albergar duda alguna respecto a una eventual carencia de cristiana disposición al ejercicio de la caridad por parte de todos y cada uno de los corazones que laten en el pecho de quienes tienen a legítima honra y orgullo el haber nacido en la capital de España, la comisión diocesana pro ayuda al necesitado se permitiría, no obstante, recordar una vez más al pueblo de Madrid la existencia de la gran tómbola benéfica emplazada en la glorieta de Bilbao, donde, aparte de la obtención de los cuantiosos bienes espirituales inherentes a la práctica de la caridad, podrían igualmente conseguirse otras ventajas derivadas de la gran rifa de toda clase de magníficos artículos, entre los que cabía mencionar sabrosísimos jamones de Granada, receptores de radio, maletas de cuero, arañas de cristal, balones de reglamento, planchas eléctricas, latas de conservas, vajillas, etc., etc., y coincidiendo con el cierre de la tómbola, el gran sorteo ante notario de dos magnos premios extraordinarios en combinación con la lotería nacional, consistentes en un automóvil de lujo, marca Chevrolet, y una motocicleta marca Guzzi. Trae más té, Sole, gritó la señorita Carolina desde el gabinete, y al oír la orden Soledad cerró la ventana y se puso a prepararlo. Cuando llegó a la salita con la bandeja se encontró con que todo el mundo estaba en el salón en torno al féretro, rezando en voz alta. Poco a poco había ido llegando más gente a

la casa. Los visitantes entraban sin llamar, pues Soledad había dejado la puerta entreabierta para no tener que molestarse en abrir a cada momento. Los recién llegados penetraban tímidos, cautelosos, como exploradores que avanzan por la espesura de una jungla. Se quedaban unos instantes en el recibidor sin saber qué hacer, lanzando miradas suplicantes hacia todos lados por ver si se les acercaba alguien de la familia, o decían buenas tardes en voz alta con la esperanza de que alguien les oyera y acudiese a recibirles, pero en vista de que ello no sucedía se decidían finalmente a progresar hacia el interior de la vivienda, encontrándose de súbito en el gran salón frente al ataúd, el Cristo crucificado, los candelabros, el muerto y el hijo del muerto hundido en su inmenso sillón de cuero negro, indiferente, callado, absorto en la contemplación del cadáver de su padre, sin levantar la vista hacia nadie, dando la mano a cuantos se le acercaban a expresarle su sincera, su sentida, su profunda condolencia como el que da un objeto extraño que no le pertenece. Entre los últimamente llegados figuraba don Evelino, el sacerdote que, a raíz de su presentación a don Julio por parte del coronel Soto, poco después de terminada la guerra, había pasado a ser no sólo su amigo íntimo sino también el director espiritual de la familia Reyes. Desde el primer momento don Julio había intuido que aquel cura inquieto y excelentemente relacionado con las esferas eclesiásticas y estatales constituía el respaldo que un hombre como él, emprendedor y resuelto a llegar muy lejos en la vida, necesitaba. No es que don Julio abrigase duda alguna

respecto a que sus anhelos y ambiciones se hallaran acordes con la voluntad divina, puesto que la doctrina de la Iglesia proporcionaba inequívoca certidumbre en tal sentido, pero ello no obstante, razonaba don Julio, resultaba conveniente la existencia de un cordón umbilical que transmitiese día a día el alimento espiritual de la palabra de Dios, y ¿qué mejor cordón umbilical que un buen pastor de almas siempre a mano, siempre dispuesto a prestar su ayuda, y qué mejor pastor que aquel cura sabio y animoso, heroico incluso? Según el largo relato de su vida que el sacerdote había hecho a don Julio a poco de ser presentados, con objeto de burlar la vigilancia de los milicianos y de no infundir sospechas, ya que el inicio del Glorioso Alzamiento Nacional le había sorprendido en zona republicana, don Evelino se había visto obligado a fingirse no sólo seglar, sino además rojo. Lo peor, amigos míos, había confiado el sacerdote a la familia Reyes el primer día que, en el transcurso de una amena velada en torno a unas tazas de café con leche y bollos suizos, debilidad ésta, el café con leche y los bollos suizos, sentida, confesó, desde sus tiempos de seminario, comenzó el relato de su vida, fue la tonsura, pues ella me obligó a permanecer escondido varios meses hasta que me creció el pelo de modo que al igualármeme la cabeza ya no se notaba mi condición sacerdotal. Pobre don Evelino, había exclamado, conmovida, la señorita Carolina mientras le acercaba la bandejita en la que se apilaban los bollos suizos. Pero digo mal, queridos amigos, digo mal, lo peor vino más tarde, pues yo no sé por qué el caso es que a los curas se nos nota enseguida que somos cu-

ras aunque vayamos de paisanos y sin tonsura. Yo tenía verdadero pavor a que me identificasen, así que para evitarlo se me ocurrió presentarme en los locales de la CNT y solicitar un carnet alegando que me había pasado desde la zona nacional y que cuando se sublevaron los facciones, sí, don Julio, eso tuve que decirles, no les iba, como ustedes comprenderán, a hablar del Glorioso Alzamiento, me había visto en la precisión de destruir mi carnet como medida de seguridad. Soy electricista, les mentí, aunque lo cierto es que antes de ingresar en el seminario había aprendido algo de ese oficio, pues mi madre quería dedicarme a él. Así que me hice pasar por electricista y la cosa dio resultado. Me creyeron. Pero claro, un hombre como yo, todavía en edad militar, tuve que incorporarme inmediatamente a las milicias, y para más inri como voluntario. Imagínense ustedes las desgarraduras de mi corazón, aunque qué le voy a decir a usted, don Julio, que tanto le tocó sufrir bajo la dominación marxista, según me contó nuestro común amigo el coronel. Afortunadamente no me enviaron al frente sino a unas dependencias de retaguardia. Pero aún hubo algo peor, infinitamente peor, había relatado el sacerdote a don Julio un día en que la señorita Carolina no se hallaba presente, y sí, en cambio, don Luis y el coronel Soto, que cualquier otro de los episodios de mi odisea. Mi gran problema era no despertar sospecha en cuanto a mi condición sacerdotal, y no se me escapaba que los milicianos me miraban con suspicacia. Figúrese, don Julio, un hombre como yo, soltero y al que no se le conocía ningún apañ, ¿ustedes comprenden? Para aquellas gentes dejadas

de la mano de Dios yo resultaba altamente sospechoso, como cualquiera que, sin estar casado, no tuviera una concubina, así pues, y tras larga y concienzuda meditación y mucho orar para implorar al Señor que me iluminase en tan difícil trance, me decidí a dar el paso. No fue, ya les digo, una decisión tomada a la ligera, puede usted creerme Don Julio, el coronel, aquí presente, que me conoce bien y que fue la primera persona a la que relaté esta historia, puede atestiguar que, si bien soy un mísero pecador indigno de elevar los ojos al Creador, en aquellos aciagos momentos por los que atravesaba la existencia patria era absolutamente imposible preservar la pureza, pues el Diablo andaba suelto y campeaba a sus anchas por todas partes. La preservación a ultranza de la pureza podía fácilmente dar lugar a la pérdida de la vida. Muchas veces me lo dije en mis soliloquios: nuestro Señor ha querido someternos a prueba, quiere probar la fe de sus hijos españoles, si nos ha enviado el demonio del marxismo y la satánica y desatada soberbia de los obreros de corazón roído por el resentimiento y la envidia es porque quiere probarnos, porque sus inescrutables designios son los de limpiar a España, purificarla, salvarla haciendo que ella misma se salve, quiere que España, su hija predilecta entre todas las naciones del orbe, se purgue de sus pecados a través del sacrificio. Tales cosas me decía a mí mismo, don Julio, y a fuerza de meditar y meditar llegué a la conclusión de que los sacerdotes teníamos la obligación, el imperioso e inexcusable deber de conservar nuestras vidas a cualquier precio, porque tras la inevitable victoria final de las armas

católicas seríamos no ya necesarios sino imprescindibles para levantar a España, para contribuir a hacerla de nuevo digna de Dios. Llegué a la conclusión, repito, de que el Enemigo, con su retorcida sabiduría, nos empujaba a nosotros los sacerdotes, precisamente a nosotros los curas a aceptar alegremente el martirio, a salir a su encuentro, a sentirnos dispuestos e incluso propensos a la inmolación de nuestras vidas con una sonrisa en los labios, con el taimado fin de que fuésemos diezmados, de que nos aniquilaran a todos y de tal manera lograr que la grey del Salvador se viera desprovista de pastores y, en consecuencia, expuesta a todas las desviaciones, a la pérdida o relajación de la moral, al quebrantamiento de la fe, en una palabra, que se viera abocada a la condenación eterna, ¿acaso no es ése el propósito último que mueve todas las acciones del Demonio, la meta que persigue constantemente sin escatimar tretas, argucias y artimañas para alcanzarla? Pues bien, como les decía, mis meditaciones, iluminadas por la gracia del Espíritu Santo, que éste se digna a veces derramar sobre nuestras oscurecidas mentes, me llevaron a dar el paso, es decir: tomé concubina. Una pobre muchacha ignorante, analfabeta. Su historia era una historia triste, deplorable. Había vivido siempre con sus padres, gentes de campo, en su pueblo natal, una aldehuela perdida allá por la raya de Portugal, hasta que un buen día llegaron al lugar, en su imparable avance por tierras extremeñas, las tropas nacionales, y unos soldados marroquíes la cogieron y se la llevaron con ellos. Los moros la retuvieron unos días, luego ella se escapó, o la dejaron, digo yo, escapar. Me

contó que estuvo caminando muchas jornadas por las serranías, durmiendo al raso, alimentándose de raíces, hasta que un día, de pronto, se encontró en zona roja, claro que ella no sabía si era roja o blanca o de qué color, ella no sabía nada, y en cuanto llegó se puso a vivir con el primero que la vio. Cuando yo la conocí, el sujeto con el que estaba liada, al parecer un hombre ya mayor, viudo, acababa de fallecer como consecuencia de un bombardeo de nuestra aviación. Yo, pueden ustedes creerme, en cierto modo la traté como si no fuera una mala mujer, pues me inspiraba una mezcla de pena y de asco, de tristeza y de repugnancia, en la que, en última instancia, prevalecía la piedad. Ay, don Julio, si hubiera usted visto de cerca, como me tocó verla a mí, el alma agusanada de aquella muchacha. Y tan joven que casi era una niña. Pues, no obstante, agusanada como una carroña, créame, como una carroña. Yo hice cuanto pude por redimirla, procuré que al menos entrase un rayito de luz dentro de la negrura del pecado que corroía su alma. Pero resultó inútil, no había nada que hacer, aquella criatura se refocilaba en el placer, en la inmundicia de la carne. Era una perdida, y yo no podía salvarla. Pero los designios de Dios nuestro Señor son inescrutables y he aquí que, por vía de aquella mujer perdida, de aquella mala mujer, la vida de un sacerdote iba a ser salvada para la Iglesia y para España. Y es que Dios, don Julio, quiso ponernos a prueba a todos, a unos de una manera y a otros de otra, y a nosotros los curas de la manera más sutil, más paradójica; tentando nuestra soberbia de hombres y nuestro orgullo de cristianos. Cada vez hacía más

calor en el salón, y la fragancia mustia y acre de las flores era más penetrante. Don Evelino estaba rezando en pie junto al féretro. Don Luis Reyes no rezaba, seguía sentado en su poltrona, inmóvil y sin hacer caso de los demás. La señorita Carolina empezó a notar que le venía la menstruación y dejó de rezar. Siempre le había parecido irreverente el rezar durante tales periodos. En una ocasión, y tras sostener una dura lucha consigo misma por vencer la timidez, había consultado con su director espiritual sobre el particular, y don Evelino, con su más paternal y benévola sonrisa, le había asegurado que nada pecaminoso o contrario a las enseñanzas de la santa doctrina católica había, antes al contrario, en el hecho de cumplir con las habituales devociones en semejantes trances o circunstancias fisiológicas. Pero la señorita Carolina, a quien la palabra fisiológicas había provocado una agudización de sus rubores, prefirió hacer caso omiso de la opinión de su confesor y seguir fiel a sus escrúpulos. Los rezos terminaron y el sacerdote se trasladó a la salita en compañía de la señorita Carolina, de la señorita Teresa, del padre de ésta última y de algunos parientes y amigos de la familia. La señorita Carolina ordenó a Soledad que sirviera más té. En el pasillo, apoyadas contra la pared, se alineaban varias coronas de flores que habían ido llegando a la casa en el transcurso de la tarde y ya no cabían en el salón. Una de las más grandes y aparatosas, que había sido colocada detrás del Cristo crucificado, exhibía una ancha cinta atravesada oblicuamente. Sobre la negra seda se leía una inscripción con la que el consejo de administración de una

famosa firma de bebidas alcohólicas andaluza expresaba a su director, consejero y representante exclusivo para la zona centro de la península, cargo cuyas funciones y responsabilidades había delegado don Julio, agobiado por sus muchas otras ocupaciones, en su hijo, su más sentido y emocionado adiós. Otra de las coronas proclamaba en su igualmente ancha cinta de asimismo dorados, si bien en este caso góticos caracteres, la absoluta imposibilidad de que la señera figura de don Julio Reyes pudiera llegar alguna vez a ser olvidada en el corazón de todos y cada uno de los miembros del consejo de administración de una compañía de construcciones inmobiliarias cuya presidencia ostentara en vida don Julio, y al frente de cuya vicepresidencia se encontraba el coronel Soto. A Soledad le dolían las pantorrillas y la cabeza. Sentía una náusea honda, lejana, fría. Se olvidó de que le habían encargado que hiciera más té y preparara más tostadas, y se sentó en la cocina con la cabeza entre las manos y los codos apoyados en la gran mesa de mármol. Una lágrima gruesa y brillante cayó sobre uno de sus antebrazos y empezó a resbalar por la piel despacio hacia el helado océano del mármol, pero antes de sumergirse en su blanca inmensidad se secó. Soledad comenzó a pensar en su madre, en su hermano, a acordarse de la primera vez que la pusieron a servir. Señora Eulalia. Señora Eulalia. Era oscuro aún. La señora Eulalia, tendida boca arriba en la cama, apretujada entre su hija y su hijo, interrogaba con los ojos muy abiertos al techo de la habitación sobre la suerte de su marido. Desde que él se había ido los niños tenían miedo, querían dormir con su

madre, se le metían los dos en el catre y se pasaban las noches amontonados, casi unos encima de otros. Señora Eulalia abra usted, abra, ay, abra señora Eulalia que tengo que decirla una cosa mala. Era oscuro aún. La puerta había gemido como un perro herido, con un quejido largo, agudo, interminable. Ay, señora Eulalia, tenga usted serenidad y escuche lo que la tengo que decir, que el Román, el de la Tomasa, que vive allí cerquita mismo, lo ha visto, lo ha dicho, dice que los han traído de vuelta al pueblo y que los han llevado a todos al cementerio y los han dejado allí, que los cogieron hace tres días en los encinares, son muchos hombres, dice, hace tres días, de anochecida los cogieron, son muchos, de dos o tres pueblos, marchaban para Madrid, y están también los que se fueron de aquí, y que qué irán, dice, a hacer con ellos, que los han dejado en el cementerio y allí los tienen. Soledad, desde la cama, acurrucada bajo la manta, sintiendo los dedos de su hermano que le apretaban el brazo hasta casi hacerle daño, veía la silueta de su madre y, detrás, borrosa, oscura, la de la señora Antonia, la vecina de la casa de enfrente, hablando en voz baja, en un atropellado cuchicheo, asustada, las figuras de ambas mujeres ocupando por entero el estrecho umbral. La señora Antonia, tan desdentada que casi no se le entendía nada de lo que hablaba con su vocecita aguda, quebrada, chillona, con una cara tan ajada y llena de infinitos surcos, con unas manos tan huesudas, tan grandes, tan transparentes, con una espalda tan encorvada y una cabeza tan calva, con una ropa tan sucia, siempre envuelta, invierno y verano, en su gruesa toquilla de lana negra

sujeta al pecho con un pequeño imperdible. Ay señora Eulalia, que los tienen en el cementerio, ¿pero es que está allí mi Germán? ¿es que han cogido también a mi Germán?, dígamelo, señora Antonia, dígamelo. La señora Antonia no lo sabía, ella solamente sabía lo que le acababa de decir Román, que lo había visto todo con sus propios ojos. Habían traído a los hombres en un camión, eran muchos, como cuarenta o cincuenta, les habían cortado la retirada hacia el norte, hacia Madrid, eran vecinos de varios pueblos de la comarca, la mayoría iban sin armas pero algunos se habían llevado la escopeta, no había habido lucha, no se había disparado un tiro, y nada más descargar a los hombres en el cementerio el camión había marchado de nuevo hacia los encinares para traer más prisioneros, se decía que eran más de trescientos, y que qué iban a hacer con ellos. Sus hijos querían acompañarla pero ella quería ir sola. Los niños lloraban y se agarraban a su falda y tiraban de ella con todas sus fuerzas, y ella, a su vez, les gritaba que la soltaran, que tenía que ir ella sola a ver si encontraba a padre para traerlo a casa. Los goznes de la puerta gimieron largamente, con el quedo, interminable quejido de un perro herido de muerte. Aún era oscuro. La aldea empezaba a ser penetrada por la tropa. A través de sus callejas pululaban los soldados, en su mayoría moros. Los marroquíes, con sus flácidos calzones abrochados bajo la rodilla, con su manta liada en bandolera y sus sucios casquetes rojos borlados sobre el grasiento pelo, se afanaban en hacer circular las mulas cargadas de pertrechos y munición, de ametralladoras pesadas, de pequeños cañones desmon-

tados y cañones más grandes, sobre sus cureñas, arrastrados por reatas de mulas. Algún camión transportando un gran mortero se adentraba en una calle y tenía que retroceder al no poder atravesarla. Eh, tú ¿a dónde vas?, grita un suboficial español. Ella iba al cementerio. ¿Y a qué vas al cementerio? Ella iba a preguntar por su marido. De manera que su marido era un rojo. De manera que ella era la mujer de uno de aquellos rojos. De manera que aquellos mocosos, porque Soledad y Germancito no se habían quedado en la casa, habían salido corriendo detrás de su madre, se habían agarrado a sus manos, a su falda, eran los hijos de uno de aquellos rojos. De nada había servido que la madre les gritara que volvieran a casa, que les amenazara con castigarles. Ellos querían ver a su padre, querían que sus manos resacas, correosas, agrietadas, que sus manos ásperas, pesadas como la madera del arado, les acariciaran, como cuando se portaban bien, o les pegaran como cuando eran malos. Ellos querían que su padre volviera a casa para sentir de nuevo el peso de sus labios sobre sus orejas, sus mejillas, su frente, sus párpados, para sentir, cuando los besaba, el pinchazo de su barba siempre de varios días. Pues no te fíes tú, no te vaya a pasar a ti lo mismito que a él. Y al pronunciar la palabra *mismito* los labios del sargento se habían contraído en un extraño rictus entre burlón y grave, entre divertido y pesaroso. El sargento, con su gorro de pico ladeado, con el cigarrillo apagado, medio deshecho, colgándose del cárdeno, húmedo labio inferior, había repetido la palabra *mismito* varias veces, cargando el énfasis sobre la segunda eme, como si el

sonido de esa consonante poseyera un oculto significado al que sólo los iniciados tuvieran acceso. Todas vosotras sois unas grandísimas putas, dijo el sargento. Y vosotros, añadió señalando con un brusco movimiento del mentón hacia los niños, unos hijos de la gran puta, y se echó a reír con una sonrisa plácida, satisfecha, casi benévola. Ya podéis dar gracias a Dios, continuó, de que vayamos con tantas prisas, que si no ibais a saber lo que es bueno. Y el sargento miró hacia unos seis o siete soldados marroquíes que estaban detrás de él, a pocos pasos. Los moros sonreían mostrando sus dientes renegridos, rotos, torcidos, sólo uno de ellos entendía el castellano e iba traduciendo a sus compañeros lo que el sargento le decía a la señora Eulalia. Anda, vete al cementerio, vete, a ver si lo encuentras, a ver si está o no está allí, había insistido con una sonrisa algo desdibujada, como si no se atreviese a brotar plenamente en sus labios, una sonrisa que podía estallar de un momento a otro pero que prefería contenerse, quedarse en una promesa de signo sombríamente ambiguo. El sargento le daba su permiso para que siguiera su camino hacia el cementerio, es más, aconsejaba a la señora Eulalia que no se demorase, que se diera prisa. Madre ¿qué es *puta*? Empezaba a clarear. Cállate. Ande, dígallo, madre ¿qué es *puta*? Que te calles te digo. ¿Qué es, ande, dígallo? Que te calles, que te calles te digo, que te calles. Casi tres años más tarde la guerra terminaba para todo el país, aunque para aquel pueblo la guerra había terminado el día en que la tropa había surgido de pronto por la carretera y se había derramado por las callejas con sus caba-

llerías, sus camiones, su estruendo y sus gritos. En cuanto Germancito cumplió catorce años la señora Eulalia le colocó de aprendiz con un carpintero de la capital de la provincia, distante catorce kilómetros del pueblo. Tres meses más tarde, cuando Soledad cumplió quince, su madre la acompañó al pueblo más grande de la provincia después de la capital y la llevó a casa de los Fuentesila, la familia más rica de la comarca, donde se quedaba a servir. Hija, es una gran suerte que te quedes en esta casa, tiene fama de que las criadas comen casi las mismas cosas que los señores, le comentó su madre mientras iban en el coche de línea. Soledad lloró no de pensar que ella se marchaba, sino de que la casa se quedaría sola, que la mesa camilla estaría sola, que sobre el apagado fogón habría un puchero que estaría solo el día entero hasta que su madre regresara cada anochecer trayendo a Germancito de la capital después de haberse pasado ella también el día trabajando como lavandera, y encendiese la lumbre con unas teas y se sentara en la silla bajita de enea a esperar, cosiendo, que la sopa se hiciera. Soledad lloró de pensar en lo tristes que estarían sin ver a nadie desde tempranito por la mañana hasta la tarde, el fogón, la silla, el puchero, la fotografía de la boda de sus padres colgada de la pared ennegrecida por los humos y las humedades, dentro de su marco ovalado con el cristal partido desde hacía años, cuya línea de quebradura lo atravesaba recta y oblicua, de lado a lado, y la mesa camilla, y el arcón en el que su hermano y ella solían jugar a esconderse y sentían y buscaban en la súbita, irrespirable, pánica tiniebla, el

frescor extraño y agridulce de sus cuerpos, la excitante tersura de la piel de sus doblados miembros, la tibia dureza de los huesos de las rodillas, de la pelvis, del espinazo, de los omoplatos, hasta que ya no era posible resistir por más tiempo la dulzura y el miedo y entre los dos empujaban la pesada tapa hacia arriba con un brusco, precipitado movimiento de sus cuatro manos trémulas de pavor ante la idea de que alguien, un demonio, un duende, hubiese echado la llave al cofre por fuera, y salían presurosos haciendo guiños con los ojos deslumbrados por la luz de la ventana, gran ojo cuadrado que les miraba adusto, severo, amenazador. Todo estaría ahora solo porque ella, Soledad, no estaría allí. Todo estaría muerto. Peor aún, todo en la casa habría regresado a un frío, transparente, insustancial estado de preexistencia, porque ella, Soledad, no estaría allí para hacer que los objetos, los olores, las sombras, los volúmenes, los colores, el fulgor de todas las cosas cobrasen vida y ser. Sentada en una mecedora, la señora de Fuentesila acogió a Soledad con gesto afable e inmediatamente pasó a informarle de que ella trataba a las chicas de servir como si fuera su propia madre y que lo único que exigía a cambio era que ellas correspondieran mostrándose serias y cumplidoras de sus obligaciones. Tras este preámbulo la señora de Fuentesila comunicó a Soledad que antes de ponerse el uniforme debía tomar un baño, y ella misma la acompañó al cuarto de aseo para el servicio, diciéndole que se desnudara y se metiera en la bañera en cuanto estuviera llena de agua. Soledad se puso muy colorada mientras se quitaba el vestido abrochado por detrás por una intermi-

nable fila de diminutos botones. Una vez desabrochado el último, el vestido cayó bruscamente hacia adelante como un cuerpo malherido que cae de bruces, dejando al descubierto el blanco, flaco, huesudo cuerpecillo de Soledad, cuya única carnosidad, casi aberrante entre tanta magrura, la constituían sus grandes senos ovalados como pequeños melones, a duras penas sostenidos por el sostén, el de la talla mayor que había en la mercería, que su madre le había comprado poco antes de cumplir los quince años. La señora de Fuentesila se acercó a la muchacha, le ayudó a quitarse el sostén y la braga y a meterse en la bañera, empuñó una esponja a la que embadurnó concienzudamente de jabón insecticida y comenzó a frotar el cuerpo de Soledad desde los pies a la cabeza. Después del baño, la señora de Fuentesila le entregó el uniforme negro satinado con puños de encaje, cofia, cuello almidonado y una especie de baberito o chorretera también de encaje. Una vez vestida, y tras haberle dado su visto bueno, la señora le informó de que era la hora del rosario y que, según norma de la casa, el servicio lo rezaba junto con toda la familia en el salón. El salón era enorme, con una gran chimenea de mármol al fondo. Cuando Soledad entró, acompañada por una de las doncellas, el señor de Fuentesila estaba arrodillado sobre un reclinatorio provisto de una almohadilla de terciopelo rojo para las rodillas. Al lado de su esposo, y sobre otro reclinatorio idéntico, se hallaba, de hinojos y con los párpados cerrados, la señora de Fuentesila. Detrás del matrimonio, y sobre reclinatorios de menor tamaño, los cuatro hijos y tres hijas de que constaba la progenie de los Fuentesila. Por

último la doncella y la cocinera, junto a las que Soledad y la otra doncella se arrodillaron en el suelo de diariamente encerada madera, cuyo brillo resultaba cegador bajo la luz que irrumpía a través de los grandes ventanales como un río de lava incandescente derramándose por paredes, muebles y rincones de la amplia estancia. Soledad no sabía rezar pero se puso a mover los labios y a emitir un sonsonete gangoso en tono muy bajo, pues su madre le había advertido que en cuestiones de iglesia había que hacer siempre lo que hicieran los demás, para no distinguirse y que no le tomaran a uno por rojo. Ha sido una gran suerte, hija, son muchas las chicas que darían algo por entrar a servir en una casa como la de los Fuentesila, le había dicho varias veces su madre en el coche de línea, y Soledad recordaba las palabras de aquella mujer enlutada y triste, de una tristeza hosca y reconcentrada, mientras contemplaba desde detrás la figura oscura, enhiesta, pesada y altiva del señor de Fuentesila ahinojado sobre su reclinatorio junto a la postrada, ungienda figura de su mujer, la misma persona, pensó Soledad, que media hora antes le había estado restregando el cuerpo con jabón insecticida. El enorme caserón solariego, situado en la cabeza de partido más importante de la provincia, era una fábrica de quehaceres. El trabajo era mucho en la casa y Soledad no sentía el paso del tiempo ocupada en barrer, lavar, encerar, abrillantar, desempolvar, pulir, frotar, enjabonar, aclarar, secar, tender, planchar, fregar y hacer camas. Comía hasta hartarse, comía tanto que llegaba a dolerle el estómago. Le habría gustado saber escribir para mandar a su madre una carta di-

ciéndole que comía mucho, en la seguridad de que la señora Eulalia no podía concebir mayor dicha que la de abrir el sobre y leer madre como mucho. La señora de Fuentesila se ofrecía con frecuencia para escribir la carta por ella, pero Soledad prefería no enviar ninguna carta de no ser ella misma quien la escribiera. La señora Eulalia venía a verla el primer domingo de cada mes y Soledad procuraba, días antes, guardar toda la comida que podía para dársela a ella en un paquete envuelto en papel de periódico. Salvo en verano, en que los campos estaban secos y amarillos, casi todas las mañanas amanecían con niebla, que poco a poco iba levantando hasta dejar que los chopos que bordeaban el arroyo se mostraran en toda su magnificencia. En invierno la niebla se quedaba a menudo colgando sobre la tierra parda y dura, arrojando amorosamente la escarcha que la recubría. Muchas, muchísimas noches, cuando Soledad se retiraba a su cuarto y se metía en la cama, antes de que el sueño se adueñase de ella, se ponía a pensar en el muro, en los cipreses, en el sordo estruendo de los camiones que subían con esfuerzo la cuesta de la carretera lindante con el cementerio, mientras su madre y ella y su hermano escudriñaban entre la interminable hilera de cuerpos desplomados, despatarrados, retorcidos, tiesos muñecos diríase que arrojados al suelo por la mano de un gigante niño malcriado y cruel, desechados muñecos despanzurrados, mutilados, desfigurados, caídos en extrañas, imprevisibles posturas, tan pronto piadosas como obscenas, tan pronto llenas de trágica dignidad como desgarradas por la huella de un último,

vano, desesperado rechazo de la muerte, el rojo serrín manando por los incontables boquetes que rasgaban y taladraban el sucio, ajado, pobre trapo de sus cuerpos, cubriendo la seca hierba, manchando los guijarros, encharcando la cuneta, atravesando en regueros el asfalto de la cercana carretera. Soledad pensaba en el muro de ladrillo salpicado de agujeros, mil ojos ciegos que lo miraban todo desde su negrura y la miraban, ávidos, a ella y a su hermano agarrados de la falda de su madre rebuscar agachándose entre los cuerpos para tratar de reconocer, de hallar, un rostro, volviendo boca arriba las cabezas que habían caído boca abajo, para al fin encontrarlo, sus ojos mirando fijos, desorbitados, el vacío, con la boca abierta, muy abierta, mudo grito de horror, de desafío, de libertad, de injuria, de combate, de llamada. Mire, madre, es padre, aquí, es padre, Germán mío, ay, mi Germán, es mi Germán, mío, mío, Germán, mi Germán, rebuscando entre la larga hilera de cuerpos a lo largo de las tapias del cementerio, cuando empezaba a clarear. ¿Pero y ese té y esas tostadas que te dije que hicieras hace media hora? La señorita Carolina sacudió por los hombros a Soledad y le preguntó que en qué estaba pensando, que si además de no tener ojos en la cara tampoco tenía orejas. Soledad se levantó balbuciendo una disculpa y se puso a trajinar. La señorita Carolina se marchó de la cocina meneando la cabeza lentamente en señal de indignada e impotente consternación, y se sentó de nuevo en la salita, no sin antes exhalar un largo suspiro y llamar la atención de amistades y parientes acerca de lo horrible que se estaba poniendo el problema del servicio

doméstico, opinión en la que abundaron todos, y que dio lugar a una viva discusión sobre el tema en general, enriquecida por multitud de ejemplos y casos concretos aportados por muchos de los allí presentes, conversación que acaso habríase prolongado indefinidamente a no ser porque una de las señoras que había venido a dar el pésame aprovechó una pausa para exclamar que había que ver lo guapo que estaba, refiriéndose al cadáver de don Julio Reyes. Hay que ver qué guapo está, se oyó de pronto en la salita, y todos volvieron la mirada hacia quien había pronunciado aquellas palabras. Al oírlas la señorita Carolina se echó a llorar, y la señorita Teresa le pasó un brazo por los hombros. Cuando, al cabo de unos minutos, se le pasó el acceso de llanto, la señorita Carolina dijo que su padre había tenido una muerte muy serena. Quiero decir, aclaró, que papá se ha enfrentado a la muerte sin perder en ningún momento la entereza de ánimo ni la consciencia. Antes de haber terminado la frase, la señorita Carolina sacó un pañuelo limpio del bolsillo de la rebeca y se enjugó con él los lagrimales de ambos ojos. Él mismo nos pidió, añadió moviendo la cabeza lentamente de arriba abajo, como si asintiera a sus propias palabras, que avisáramos a don Evelino. Qué entereza, afirmó enérgicamente, casi con desafío, la hija del coronel Soto. Es que don Julio era todo un señor, corroboró el coronel, dejando traslucir en su voz la emoción que le embargaba. Él mismo, amplió la señorita Carolina, nos rogó que enviáramos a buscar los Santos Sacramentos, diciéndonos que deseaba confesarse para poder descansar en paz a la diestra de Dios Padre. El pobrecito se

había incorporado en la cama, intervino entre sollozos la señorita Teresa, sin que le ayudara nadie, él solito, que aún me pregunto de dónde pudo sacar fuerzas para hacerlo, y con la cabeza hizo señas a sus hijos para que se le acercasen, y entonces, con un hilillo de voz, mandó que avisaran a don Evelino. Yo ya le había prevenido, viendo lo mal que se encontraba, advertió la señorita Carolina. Por eso se sorprendió tanto de que llegase yo tan rápido, puntualizó el sacerdote con una ancha sonrisa de admiración hacia la fortaleza de espíritu y el acatamiento de los inescrutables designios de la Divina Providencia que evidenciaba la conducta del difunto. ¿Saben ustedes lo que me dijo don Julio?, prosiguió don Evelino, acentuando la sonrisa y tiéndola ahora de una tenue y benévola socarronería, pues me dijo, dice, Padre, no me diga más, ya se ha comprado usted al fin el cochecito. Todos los presentes, encabezados por el señor cura, prorumpieron en una risa conspicuamente irrefrenable y transida de admiración y ternura hacia el finado, risa que se vio bruscamente interrumpida por los sollozos de las señoritas, secundados por los gestos y semblantes de desconsuelo y dolor con que parientes y amistades patentizaban la aflicción que la evocación de la escena había hecho rebrotar en sus corazones. Lo que resulta incomprensible es la actitud de Luis, masculló de pronto la señorita Carolina en tono de contenida indignación. La señorita Teresa elevó los ojos al cielo y exhaló un profundo y amargo suspiro. Es que Luis ha sido siempre un bruto y un no sé qué, añadió la señorita Carolina. Mira que oponerse a que se avisara al sacerdote, comentó con

dolorido e incrédulo asombro el coronel Soto. Que Dios le haya perdonado, intervino la señorita Teresa. Que el Señor le perdone, murmuró don Evelino. Eso, que Él le perdone, susurró el coronel. Sí, que Dios le quiera perdonar, suspiró la señora que había comentado lo guapo que estaba el cadáver de don Julio Reyes. Un anciano de pelo blanquísimo y ojos azules, quien pese a ir vestido de paisano era general de artillería y se hallaba relacionado con el difunto por un negocio de inmobiliarias, tomó la palabra para recordar a los allí presentes la gracia y el ingenio que caracterizaban, en vida, al señor Reyes. Yo le escuché, dijo, innumerables veces contar chistes, chascarrillos, historietas, anécdotas, y era para morirse de risa por la soberana y repajolera gracia con que lo hacía. La señorita Carolina estornudó. Jesús, dijo la señorita Teresa. Jesús, dijeron a un tiempo don Evelino y el marido de una señora que estaba de pie junto a la puerta de la salita. Jesús, exclamó algo a destiempo y en voz demasiado alta un sobrino del coronel Soto, que había venido acompañando a su tío. El anciano general, súbitamente animado, se decidió a ampliar su comentario acerca de la gracia y el ingenio de don Julio Reyes. Hasta aquellas hienas, afirmó el militar en un tono que no admitía réplica, se tronchaban de risa con los cuentos que contaba don Julio, que en paz descansen. Las hienas a las que hacía referencia el general no eran otras que los milicianos que habían custodiado a don Julio en la cárcel durante los diez y nueve días de cautiverio padecidos en agosto de 1936. Hasta aquellas hienas, insistió el anciano, cargando sobre la palabra hienas un extraño

peso cadencial, como si se tratara de un vocablo perteneciente a una lengua extranjera de difícil pronunciación, se partían de risa con don Julio y tenían que inclinar la cabeza ante el talento y el salero de aquel hombre sin par. Pero no sólo talento y salero, sino además gracejo, que no es lo mismo que gracia, sino más, mucho más, apostilló un señor alto y calvo en cuyo ojal de la solapa ostentaba un emblema de Camisa Vieja de Falange, y cuya relación con el difunto se basaba en su pertenencia al consejo de administración de la entidad bancaria que habitualmente concedía créditos a la compañía inmobiliaria presidida por don Julio. Tiene usted mucha razón, concedió el general. Ciertamente, muy cierto, sentenció el sacerdote, explicando su profundo pesar por el hecho de que don Julio no hubiese atendido sus insistentes consejos de que dedicase sus ocios al cultivo de las letras. Pero lo que mayor impresión causaba de la personalidad de don Julio, opinó la señorita Teresa, lo que provocaba el que hasta los rojos tuvieran que inclinar la cabeza, era el señorío que destilaba todo su ser, su voz, su mirada, su porte. La señorita Carolina lanzó una mirada llena de ternura hacia su amiga y se llevó el pañuelo al ojo izquierdo. Y es que en el mundo en que nos ha tocado vivir, terció un señor que estaba casado con una sobrina del general y que se hallaba relacionado con éste y con el finado en razón de la gestoría administrativa que regentaba, y de la que ambos se servían para solventar los trámites burocráticos exigidos por sus negocios, se está perdiendo la noción de lo que es señorío, si es que no se ha perdido ya, lo cual se explica, añadió, por el materia-

lismo que lo domina todo. Tiene usted razón, aunque en España, arguyó el coronel, todavía nos salvamos un poco, gracias al Caudillo, si nos comparamos con Francia y otros países. El coronel Soto comenzó a rascarse la punta de la nariz con la uña del dedo meñique de la mano izquierda, al tiempo que asentía ostensiblemente con la cabeza a la aseveración por él mismo formulada. Soledad entró en la salita con una bandeja repleta de tostadas, mantequilla, mermelada y una gran tetera. La señorita Carolina preguntó a don Evelino si en vez de té no preferiría café con leche, y en lugar de tostadas bollos suizos, y, antes de que el señor cura pudiera responder, dijo que naturalmente que lo prefería, que en aquella casa se conocían sus gustos, y ordenó a Soledad que bajara enseguida a la confitería, antes de que cerrasen, que ya era casi la hora, y que se subiese bollos suizos mientras ella iba preparando el café y la leche para don Evelino. Pero por mí no se tomen molestias, protestó el sacerdote, a lo que la señorita Carolina respondió con zanjante amabilidad que no se trataba de molestia alguna, y la señorita Teresa, levantándose de su silla, declaró su voluntad de ayudar a su amiga a preparar el café con leche, con lo que ambas amigas se encaminaron a la cocina mientras Soledad se disponía a hacer el recado. Bajó por las amplias escaleras de mármol de la casa poniéndose el abrigo, y al salir a la calle el fuerte viento helado le hizo bien. Nada más dejar atrás el portal respiró hondo varias veces, como para limpiarse por dentro, y de repente se le fue la sensación de náusea. La confitería estaba ya cerrada pero el encargado, que sabía en qué

casa estaba sirviendo Soledad, la dejó entrar. De nuevo en la calle, tras la compra de los bollos, Soledad se encontró con Julián, el lechero, borracho como de costumbre, quien la cogió del brazo y le preguntó si ya había muerto su señorito. Sí, se murió anteayer por la noche, contestó Soledad. Uno menos, masculló Julián con una sonrisita entre maligna y lela. Julián, desde que enviudó, vivía solo en un cuchitril habilitado al fondo del pequeño local que albergaba el establo y la lechería. Durante la guerra se había hecho de la FAI, pero sólo por Cecilia, en un desesperado intento de que ella se sintiera cerca de él, unida a él. Cecilia era exaltada y valiente. Julián era moderado y tibio. Cecilia era combativa y segura de sí misma. Julián era manso y lleno de vacilaciones. Cecilia cayó en el frente de la Casa de Campo una mañana de invierno del treinta y siete. Al terminar la guerra Julián se escondió en casa de un amigo. Transcurrieron dos meses y todo parecía ir bien, pero el inquilino de un piso de la vecindad, que era falangista, empezó a sospechar que en el entresuelo vivía alguien que no pertenecía a la familia que lo habitaba, y en cumplimiento de sus deberes como jefe de casa denunció el hecho a la policía, la cual se presentó a la madrugada siguiente y se llevó a Julián y a su amigo. Julián estuvo en la cárcel cuatro años en espera de juicio. A él y a otros de la FAI les sometieron en cuatro ocasiones, una por año de reclusión, a un simulacro de fusilamiento. Julián oía hablar a su lado a su compañero. Su oído percibía sus palabras, su voz tranquila, cargada de desprecio, llamándole gallina, diciéndole que tuviera coraje, que había que saber morir

como hombres y no como cerdos. Julián pensaba que se iba a caer al suelo de un momento a otro, mientras su compañero de paredón, ¿cómo se llamaba, cómo era posible que no recordase su nombre?, seguía hablándole de coraje, de la causa, de la libertad, del pueblo, de la revolución. Aquel hombre alto, enteco, de ojos glaucos hundidos en cuencas sombrías y aliento constantemente fétido, aquel hombre flaco y tranquilo y reseco como un poste telegráfico, habitualmente taciturno y que ahora hablaba deprisa cual si quisiera decirlo todo antes de morir, como si su único miedo consistiera en que la muerte le sorprendiese callado. Julián entendía el significado de las palabras pero de un modo inconexo, desligado de toda convención sintáctica. Las palabras revoloteaban en su cerebro como un enjambre de avispas que no llegaban a picarle pero cuyo zumbido y la inminencia de su picadura le paralizaban oscureciendo su conciencia y resquebrajando su sentido de la identidad. Se acabó el baile, os vamos a fusilar, hala, colocarse contra el muro, todos de espalda contra el paredón, venga, rápido, moverse, chillaban entre empujones los jóvenes falangistas, unos de paisano, otros con uniforme azul y negro y correajes y pistolas, que habían entrado en el patio y habían ordenado a los funcionarios de la prisión que les bajasen a los de la FAI. Me voy a caer, me tiemblan las rodillas, me caigo al suelo, se decía a sí mismo Julián en voz alta mientras su compañero hablaba y hablaba. ¿Qué dice, qué quiere, cómo se llama?, no recuerdo su nombre, y el mío tampoco ¿cómo me llamo yo? Julián clavó la mirada en el muro de rotos ladrillos grises y vio a su

madre dándole aquel gran tazón de malta con leche que le ponía todas las mañanas para desayunar cuando era niño, aquel enorme tazón de loza blanco, redondo, sin asas, en el que echaba muchos pedacitos de pan que flotaban a la deriva, témpanos, icebergs, acorazados, trasaatlánticos, submarinos, fragatas, bergantines que navegan majestuosos y de pronto se van a pique en la noche oceánica. Te vas a morir de miedo antes de que disparen, le decía su compañero. Armas al hombro. Julián oyó a su espalda el ruido de los fusiles elevados simultáneamente a posición de disparo. Apunten. ¿Por qué no disparan? ¿Por qué no disparan de una vez? Porque ya han disparado y estoy muerto, los ladrillos están rotos por los balazos, ¿por qué los estoy viendo si estoy muerto? Julián perdió el sentido de lo real, sintió que se despeñaba por una sima helada y sin fondo. Se quedó pasajeramente ciego y lelo, y durante varios meses no supo quién era ni cómo se llamaba. En su embotamiento ya todo le daba igual, todo le resbalaba, nada llegaba a herirle, ni siquiera a rozarle. Durante la República Julián había sido taxista, y antes trabajaba como mecánico en un taller cuyo dueño había comprado tres coches para dedicarlos al negocio de taxis y le propuso a Julián trabajar como conductor. El patrón era campechano, simpático, paternal con sus asalariados. Un viejo obrero que se había elevado a fuerza de sacrificios, de ahorros logrados al precio de privarse de todo, a fuerza de ganarse poco a poco la confianza y el crédito de sus superiores a base de no protestar nunca, de no reivindicar nada, hasta que al cabo de muchos años había visto recompensadas sus fa-

tigas y hecho realidad su sueño de instalar un taller propio en el que trocar su puesto de asalariado por el de patrón. Al salir de la cárcel Julián acudió a su antiguo taller en busca de trabajo. El jefe había muerto, le habían matado los rojos, le explicó su viuda, acusándole de espía de los de Franco. No había trabajo para Julián, los tiempos eran difíciles para todos, la viuda lo sentía en el alma pero no podía ser. Al cabo de unas semanas encontró un puesto en otro taller, pero Julián estaba torpe, lento, constantemente ensimismado, cometía fallos escandalosos a cada momento, el jefe estaba harto de él, ya podía ir pensando en buscarse otro empleo, allí no se quería gente atontada, allí había que ir a trabajar y cumplir como Dios manda. Le echaban de todos los talleres, de todos los empleos que le salían. El último que había conseguido era el de vigilante nocturno en una obra. Desde que había salido de la cárcel bebía más de la cuenta. Por las noches, cuando se quedaba solo en la obra junto a la fogata que iba alimentando con restos de cajas y otros desechos de madera, sacaba la botella de vino blanco que había escondido en el bolsillo interior de la raída, grasienta gabardina, y se la bebía poco a poco. Una madrugada, antes de que amaneciera, unos ladrones entraron en la obra y, mientras Julián dormía plácidamente, se llevaron picos, palas, garlopas, dos carretillas y otras herramientas. Cuando llegaron los obreros y el capataz, éste le echó a patadas cubriéndole de insultos y recomendándole que no se dejara ver por allí nunca más. Un día se encontró por la calle con una antigua novia suya, Luisa, la primera muchacha con la que, aún adolescente,

había salido en su vida. Luisa había heredado de sus padres una lechería pequeña, mugrienta, con un mostrador de zinc y, en la pared, un cuadro ovalado que representaba a una moza alsaciana sosteniendo con el brazo izquierdo una cántara de leche que reposaba sobre su hombro, y al fondo verdes y ondulantes prados donde las vacas pastaban apaciblemente bajo un cielo de rabioso azul turquesa. La lechería estaba instalada en una casa muy vieja y de una sola planta, con un angosto y sombrío patio interior habilitado como establo en el que dos vacas suizas pasaban su triste y languideciente existencia. El establo despedía un hedor espeso, pegajoso, que invadía e impregnaba hasta los últimos rincones de la vivienda contigua, ocupada por Luisa. El aire era apenas respirable, pero Luisa y Julián lo respiraban sin demasiada dificultad. Se habían casado casi con la precipitación de unos novios adolescentes que han cometido un desliz, y sin embargo no había existido desliz alguno, ni siquiera un ramalazo de pasión. Luisa, al terminar la guerra, se había sentido muy sola sin sus padres, a los que había perdido en un bombardeo, y sin nadie a quien dar y a quien pedir un poco de cariño, así que ambos decidieron casarse sin detenerse a pensar si se querían o no. Luisa era pequeña, hacendosa, de buen genio y espíritu optimista. Siempre le había repugnado y atemorizado el contacto carnal con los hombres, de modo que la total impotencia de Julián, lejos de herirla o causarle enojo, le hizo más llevadera y agradable su relación, pues Julián, tras una temporada de vanos intentos por llevar a término sus por otro lado vivos y auténticos deseos, había acaba-

do por desinteresarse completamente de su mujer en la cama y refugiarse cada vez más en el vino blanco, aunque sin por ello dejar de sentir la ternura y el bienestar que su convivencia con Luisa le producía. Pero al año de casados Luisa murió del tifus y Julián siguió solo con el negocio de la vaquería. Siempre más o menos borracho ordeñaba a las dos vacas en el establo y despachaba la leche tras el cochambroso mostrador. Cuando salió la ordenanza que prohibía la existencia de establos en el casco urbano, Julián vendió las vacas y siguió con la venta de leche. Por las tardes repartía botellas a domicilio. Los vecinos del barrio se le quedaban mirando al verle pasar con su aire abstraído, los ojos saltones e inyectados de sangre, la nariz y los pómulos brillantes como pimientos verdirrojos, el pitillo torcido y apagado sobresaliendo por la comisura de los labios, y en cada mano una caja de alambre con cuatro botellas de leche. El negocio marchaba de mal en peor, pero él no parecía inquietarse. Gran aficionado al flamenco, alguien le dijo un día que se animara a cantar zarzuela porque tenía buena voz. Y se animó. Por las noches, tras cerrar la tienda, se ponía a ensayar romanzas con gran ahínco, y al cabo de mes y medio de entrenamiento decidió presentarse a un concurso organizado por una emisora de radio con el fin de, según declaración expresa de sus promotores, descubrir nuevos valores artísticos y lanzarlos a la fama. Un día fue convocado mediante un telegrama para comparecer en un teatro donde, en sesión matinal, había de celebrarse la función ante los micrófonos de la emisora. Aquel día Julián se vistió con lo mejor que tenía, echó el cierre

a la lechería y se presentó en el local a las diez en punto de la mañana. Julián olía a vino y a vaca, pues la venta de los animales estaba muy lejos de haber eliminado el olor que impregnaba la vivienda. Al llegarle su turno, el presentador del programa le preguntó que cómo se llamaba, y Julián, al abrir la boca para responder, soltó, sin querer, un eructo que resonó por toda la sala como un trueno a través de los altavoces. El público se echó a reír, pero en la primera fila del patio de butacas se levantó un señor con camisa azul y corbata negra y se puso a gritar que aquello no se podía consentir, que aquello era una indecencia, y la gente dejó de reírse y, tras una rápida mirada del locutor hacia un lateral del escenario, un par de tramoyistas avanzaron hasta las candilejas, en cuyo centro, frente a la concha del apuntador, se alzaban los micrófonos, y se llevaron a Julián, quien no opuso resistencia. Desde aquel momento abandonó todo proyecto relacionado con el canto y se refugió en la bebida de un modo aún más encarnizado, frío y sereno. El negocio se derrumbaba. Las nuevas deudas contraídas amenazaban con echarlo definitivamente abajo. La mayoría de los clientes, al morir Luisa, dejó de comprar en la lechería. Algunos de ellos mostraban a veces una cierta mala conciencia por su discriminación, y trataban de ayudarlo. Un día una señora de las que habían dejado de comprarle la leche envió a su criada con una gabardina vieja de su marido, pero todavía en buen uso, para que se la diera al lechero. La muchacha volvió hecha una furia porque, según relató a su señora, el lechero la había hecho entrar en el establo y se había puesto a meterle

mano. La señora se indignó mucho y se arrepintió de haberle enviado la gabardina, diciéndose que aquello le serviría de escarmiento para no ser demasiado buena y no hacer caridad a quien no se la merece. Julián, a veces, tomaba de la mano dulcemente a alguna de las chicas de servicio y la arrastraba hacia el interior de la lechería y se ponía a acariciarla, pero ninguna de ellas se dejaba, todas le reñían e insultaban y se zafaban de sus manos blandas y temblorosas, aunque tampoco ninguna le llegó nunca a guardar rencor porque le consideraban una ruina humana inofensiva y sin maldad. Él mismo les hablaba de su impotencia y les decía que necesitaba probar si le habían vuelto las fuerzas, y ellas se burlaban de él y se marchaban arreglándose la ropa y el pelo, con el ceño adusto pero con una pizca de piedad y otra pizca de oscuro placer y de halago en sus corazones. Únicamente Soledad, que había entrado en la lechería de Julián por equivocación a poco de haberse puesto a servir en casa de los señores de Reyes, pues no había entendido correctamente las indicaciones de la señorita Carolina respecto al establecimiento donde tenía que comprar la leche, se había dejado llevar al fondo de la vaquería sin oponer resistencia, y allí, ante el asombro e incredulidad del propio Julián, había permitido que éste la tocara a su antojo, arrinconada contra la pared. Julián no había sentido que le volvieran las perdidas fuerzas, pero su gratitud fue tal que a partir de aquel instante Soledad pasó a ser para él casi un objeto de veneración. La quería como a una hija y jamás volvió a tocarla, aunque cuando se encontraban por el barrio siempre la abordaba para hablar un poco

con ella. Los domingos por la tarde Julián se metía en una taberna cercana a la lechería a escuchar, entre vaso y vaso de vino blanco, la retransmisión del partido de fútbol por el receptor de radio colocado en la pared detrás del mostrador. El fútbol le traía sin cuidado, era un juego del que ni siquiera conocía las reglas. Sin embargo, y para no herir la susceptibilidad de sus compañeros de taberna, fingía escuchar con apasionado interés el vociferante relato mientras en su cada día más confuso cerebro se proyectaban, como en una sucia y rota pantalla cinematográfica, girones e hilachas de su vida: el taller, el taxi, Cecilia, la guerra, la cárcel, los simulacros de fusilamiento, Luisa, imágenes que se invadían y se disputaban unas a otras su propio campo, devorándose, mutilándose, destruyéndose entre sí. Cuando alguien a su alrededor en la taberna le daba un codazo y clamaba gol, gol, Julián hacía aflorar a sus labios una sonrisa vagamente cómplice y partícipe del entusiasmo de los demás, pero que en el fondo no era sino un escudo para que le dejaran en paz con sus ensoñaciones y sus recuerdos, de los cuales se aferraba a uno en particular desesperadamente, como en un supremo esfuerzo por conservar el último y esencial eslabón que le unía a su propia identidad, y ese recuerdo era Cecilia, su único amor, aquella muchacha por la que se había hecho anarquista sin serlo, por la que había combatido en las luchas sociales y en los campos de batalla sin ser luchador, sin ser partidario de otra causa que la de quererla a ella, a Cecilia, tener hijos con ella y sentirla cotidianamente en el hogar y poder acariciar cada noche sus grandes, blancos pechos

que tan a mal traer le traían, de los que tan enamorado estaba, y que jamás llegó a ver destrozados por una ráfaga de ametralladora bajo la escarcha, bajo la niebla, bajo la gris luz helada y lejana de una mañana de invierno en el frente de la Casa de Campo. Sí, ya se ha muerto el viejo, había contestado Soledad a la pregunta de Julián, y Julián se había alejado tras apretar con cariño la mano de la muchacha. Al regresar a la casa con los bollos suizos, Soledad los colocó en una fuente, entró en la salita y los depositó encima de la mesa. Al verla aparecer, la señorita Carolina le dijo que cuánto había tardado, que el café con leche de don Evelino estaba ya frío. Soledad volvió a la cocina. Por el pasillo se cruzó con unas personas que venían del salón y le preguntaron que dónde estaba la hija de don Julio, porque querían darle el pésame. Soledad les indicó la puerta de la salita. Ya en la cocina se sentó y se puso a pensar en el chico que el domingo pasado le había presentado su amiga Feli, un amigo del novio de esta última, quien, según se apresuró Feli a informar a Soledad en un aparte después de habérselo presentado, trabajaba en la misma fábrica de receptores de radio que su novio, y tenía un buen puesto. Las dos parejas habían ido al cine juntas, pero al domingo siguiente el chico había invitado a Soledad por su cuenta y en la semioscuridad se había puesto a besarla y a desabrocharle la blusa y a acariciarle los pechos aprisionados bajo la combinación y el sostén, hasta que ella, no pudiendo más, se había llevado la mano izquierda a la espalda y se había soltado el cierre del sostén para dejar que la mano del chico los acariciara a su antojo. Fue

entonces, en el preciso instante en que los dedos del muchacho se enredaban en los pezones endurecidos y hambrientos, cuando un señor que había en la fila de detrás empezó a decir en voz alta que ya estaba bien, que qué indecencia, que qué iba a ser aquello, que no había derecho y que eran unos guarros. El acomodador, al oír las voces, se les acercó y les amenazó con expulsarles del local si no se comportaban como es debido. El chico no replicó y se apartó de Soledad, pero el señor se levantó de su butaca y cogió de la mano a un niño que estaba sentado junto a él y se marchó diciendo a voces que qué tiempos, que ya no se podía ir con los nietos de uno a ver una película de Tarzán sin encontrarse con el escándalo, pero que aquello no iba a quedar así y que se marchaba a presentar una denuncia contra aquellos guarros indecentes. Parte del público empezó a sisear y alguien desde el patio de butacas gritó que ya estaba bien, que se callaran de una vez. Cuando Soledad contó a Feli lo sucedido en el cine, ésta se había enfadado con su amiga y le había advertido que era una gran tonta y que hacía muy mal en dejarse sobar por un chico al que apenas conocía, pues se creería que era una cualquiera, y añadió que a los hombres había que mantenerlos a raya y no dejarles salirse con la suya más que cuando a una le convenía. Soledad se había mostrado de acuerdo con Feli porque la quería y sabía que todo se lo decía por su bien, pero a Soledad no le convencían las teorías de su amiga. Cuando un chico le gustaba, encontraba lógico y deseable que sus manos tocaran su cuerpo y que sus labios besaran los suyos en la atmósfera enrarecida y densa de

un cine de barrio un domingo por la tarde. Y cuando se ponía a pensarlo con detenimiento más deseable y lógico aún le parecía el estar desnuda con él en una cama, y tocar ella también el cuerpo del muchacho. Pero los chicos jamás la habían llevado a una cama, quizá porque, al igual que ella, tampoco tenían una casa propia en la que vivir ni una cama propia en la que acostarse. Un día, uno de los muchachos con los que había salido desde su llegada a Madrid, al final de una larga tarde de invierno, después de una sesión doble de cine, no faltando ya mucho para la hora en que Soledad tenía que estar de regreso en la casa donde servía, la llevó por unos descampados donde había un solar cercado por una valla, al que entraron forzando los carcomidos tablones de la misma, y allí, sobre un lecho imprevisible, blando y duro, cálido y frío, seco y húmedo, animado e inanimado a un tiempo, en la glacial tiniebla, entre cascotes y latas roñosas, el muchacho sometió a Soledad a una precipitada, medrosa, tan desmañada y violenta como tierna y desvalida ceremonia de amor, especie de lucha cuerpo a cuerpo de la que, pese a su aparente encarnizamiento, Soledad había salido intacta, sólo con un botón desprendido de la blusa, con la cremallera de la falda rota y un desgarrón en la braga al ser bajada por aquella mano torpe, ávida, precipitada. Todo había terminado rápidamente con una viscosa, súbita y tibia sensación sobre el muslo de la muchacha, cerca del vello del pubis, sensación acompañada por otra interior en la que se mezclaba el vacío y la tristeza, la prisa y el pensamiento de qué hora sería ya. El primer día que Soledad entró a servir en casa de la familia

Reyes, la señorita Carolina fue a buscarla en persona a la estación de las Delicias, pues la señora de Fuentesila, que se la mandaba a requerimiento del coronel Soto, gran amigo de los Fuentesila, el cual se había ofrecido a hacer de intermediario al conocer la necesidad en que los Reyes se hallaban de tomar criada, sabedor de que en la comarca extremeña abundaban las chicas deseosas de marcharse a servir a la capital, les había advertido que Soledad era la primera vez que viajaba en tren, que nunca había estado en Madrid y que hacía sólo algunos meses que sabía leer y escribir un poco. Durante el trayecto desde la estación a la casa, en el Peugeot conducido por el viejo chófer malagueño que don Julio, junto con el coche, había heredado de su padre, la señorita Carolina informó a Soledad de que en aquella familia se encontraría muy a gusto porque allí a las chicas de servicio se las trataba maravillosamente, y que lo único que se les exigía era que fuesen decentes, honradas y limpias, así como trabajadoras. Porque lo que no se puede consentir, decía la señorita Carolina con gran convicción, es que una muchacha que se pone a servir en una casa como Dios manda sea holgazana, o contestona, o que tenga la mala costumbre de no lavarse. Soledad la escuchaba en silencio, asintiendo a todo con la cabeza. Y sobre todo, prosiguió la señorita Carolina, lo que no se puede tolerar es que no posea un clarísimo sentido de la propiedad, es decir, que lo que pertenece a cada cual pertenece a cada cual y sanseacabó, en otras palabras, que a cada cual lo suyo y a respetar religiosamente lo que es de cada cual, puesto que así lo ha querido Dios nuestro Señor. Y para

ilustrar su declaración de principios, la señorita Carolina había referido a Soledad una larga historia protagonizada por una criada que, tras haber estado sirviendo dos años en casa de unos amigos suyos, un buen día la policía se la había tenido que llevar a la cárcel porque los señores de la casa se habían ido percatando poco a poco de que les faltaban cosas, cubiertos de plata, dinero, sábanas, mantas y al final hasta joyas, de modo que, informó a Soledad la señorita Carolina, los señores, que eran buenísimos, unos benditos, pero no tontos, habían acabado viéndose obligados a denunciarla. Y acto seguido de esta historia, casi sin transición, la señorita Carolina había enlazado con el relato de lo que le había sucedido a otra chica de servicio, la cual, en casa de otros amigos de la familia Reyes, había sido sorprendida en su alcoba con el novio. Los señores, narraba con una suerte de hosco entusiasmo la señorita Carolina, se encontraban de viaje, pero regresaron de improviso y ya al entrar en la casa oyeron ruidos raros, sospechosos. Se fueron de puntillas al lugar desde donde venían los rumores, que no era otro que su propia alcoba, y se quedaron escuchando unos momentos, y por fin, cuando se decidieron a abrir la puerta ¿qué te figuras que vieron? Soledad puso cara de no figurarse nada y se quedó mirando fijamente a la señorita Carolina. Pues a la chica y su novio en la cama haciendo guarrerías. La señorita Carolina excusaba decir a Soledad el sobresalto y el disgusto y el sofoco y el berrinche que los señores se habían llevado al pillar a la chica con el hombre aquel haciendo, había recalcado, guarrerías en su propia casa y en su propia

alcoba y en su propia cama. Y al pronunciar por segunda vez la palabra *guarrerías* la señorita Carolina había torcido la boca con profundo asco, como si estuviera masticando una cucaracha. Soledad, sentada en el amplio asiento de cuero del coche, escuchaba con tímida voracidad el sermón de su nueva ama, mientras en su cerebro fatigado y vacío en el que aún resonaban, hiriéndole, los estruendos y silbidos que surcaban sin tregua y sin piedad el aire húmedo y glacial de la bóveda de la estación, que tanto la habían atormentando durante el largo rato que, siguiendo las instrucciones recibidas, había permanecido en el andén esperando que se le acercara alguien que se identificase como miembro o enviado de la familia Reyes, surgía un denso torbellino de imágenes en el que se confundían cucharas de plata y policías de ojos fríos y lustrosos correaes, collares de perlas y rejas de prisión y, sobre todo, mujeres y hombres que defecaban sonriendo torva, malignamente, sobre la cama de la alcoba, pues no otra cosa acertaba a suponer Soledad que la señorita Carolina pudiera querer decir al calificar como *guarrerías* los actos llevados a cabo por los personajes de su historia, una vez terminada la cual su narradora se sumió en un silencio absoluto durante el resto del trayecto por las calles de Madrid, lo que Soledad aprovechó para mirar por la ventanilla e intentar descifrar los rótulos de las tiendas, pues desde que hacía muy poco había aprendido a leer gracias a los generosos desvelos de la cocinera de los Fuentesila, el desciframiento de inscripciones y letreros de todo tipo le provocaba un secreto e íntimo gozo. Al llegar a su nueva morada el ca-

lor, en contraste con el intenso frío que reinaba en la calle, era sofocante. La señorita Carolina le presentó a su padre y a su hermano y le mostró su cuarto, una habitacioncita rectangular cuya ventana daba al patio, al que, a su vez, daban las ventanas de las cocinas y los retretes de la vecindad. Le dijo que se acostara a descansar porque sin duda estaría fatigada por el viaje, y porque además aquella noche había reunión y tenía que estar bien espabilada para atender a los invitados. Don Julio Reyes gustaba de reunir periódicamente en su casa a un selecto grupo de entre sus amistades, en veladas que solían prolongarse hasta altas horas de la madrugada, y cuyo carácter tenía, a un tiempo, algo de juegos florales, de conciliábulo de negocios y de juerga flamenca. La fiesta organizada para la primera noche que Soledad entró a servir en la casa había congregado a numerosas personas que se repartían por el enorme salón, de pie o sentadas en sillones, sofás y butacas. Tanto don Julio como su hijo se encontraban muy eufóricos, a diferencia de la señorita Carolina, quien la semana anterior había roto con su novio. Pocas horas antes de que comenzaran a llegar los invitados, don Luis Reyes y su hermana habían tenido una gran bronca. Entre burlas e insultos, don Luis le había advertido que de seguir, como hasta la fecha, con la manía de romper todos sus noviazgos, llevaba camino de quedarse soltera para el resto de su vida, y que haber dado la patada al teniente era la mayor equivocación que podía haber cometido. ¿Acaso olvidaba la señorita Carolina, le había vociferado su hermano en voz baja y cargada de sañuda sorna, que su último novio no sólo era teniente

de la Guardia Civil sino que además tenía un padre que poseía en exclusiva la licencia de importación de piezas de repuesto para una importantísima marca de automóviles? ¿O es que por un azar la señorita encontraba que un teniente de la Benemérita era muy poco para ella y abrigaba sueños de casorios con marqueses, condes o duques, para no ser menos que su amiga Lola? La señorita Carolina había contestado a gritos a su hermano que la dejara en paz, que quién era él para meterse en su vida y para decirle lo que tenía que hacer o dejar de hacer, que si se había creído que era su padre, y que por qué en lugar de meterse tanto con ella no se decidía de una vez a ejercer su profesión de abogado, con tantísimos años como le había costado terminar la carrera y tantísimas recomendaciones como su padre había tenido que buscar para conseguir que aprobara. Contestación ante la que don Luis había reaccionado con nuevos insultos para, finalmente, marcharse dando un portazo. Nadie, ni su padre, ni su hermano, ni el coronel, que era quien se lo había presentado, ni don Evelino, quien tan favorable se había mostrado al noviazgo, ni siquiera su íntima amiga la señorita Teresa, podía explicarse la ruptura de la señorita Carolina con el teniente. Un hombre tan guapo, tan simpático, se había permitido comentar la señorita Teresa a su padre y a don Julio al conocer la ruptura. Un chico tan educado, tan serio, había sido el entristecido comentario del sacerdote. Un muchacho tan pundonoroso, tan trabajador, había opinado el coronel, a quien le unía una antigua y fraterna amistad con el padre del pretendiente. Un joven al que a todas luces le

rebosa hombría de bien, había llegado a manifestar, perplejo, el propio don Julio. Y en efecto, hasta el mismo don Julio parecía lamentar la ruptura de su hija con el teniente, algo asombroso en grado sumo habida cuenta de que cada vez que, con ocasión de un nuevo noviazgo de la señorita Carolina, le había asaltado la idea de que su hija, cierto que tras todas las garantías de santificación ofrecidas por el sacramento del matrimonio, se viera obligada a meterse en la cama con su marido y, desnuda, someterse a los caprichos que las bajas pasiones humanas ineluctablemente dictarían a aquél, hombre al fin, por muy marido que fuese, le había sobrecogido un sentimiento de empavorecida desolación, hasta el punto de que cada vez que su hija anunciaba que tenía novio don Julio se llevaba invariablemente un tan grande como inconfesado disgusto, y, por el contrario, cada vez que anunciaba una ruptura experimentaba una no menos grande e inconfesada complacencia. Pero esta vez el compromiso matrimonial con el teniente le había complacido, lo que don Julio achacaba a la indiscutible hombría de bien que rebosaba José Antonio, que tal era el nombre del pretendiente. Este muchacho rebosa hombría de bien, había sentenciado don Julio durante la cena, la misma noche del día en que le fuera presentado José Antonio. Y la señorita Carolina, al oír las palabras de su padre, había sonreído con su más candorosa y sumisa sonrisa filial, pese a que precisamente aquellas palabras, *hombría de bien*, la tenían profundamente intrigada respecto al significado que pudieran encerrar, pues aunque fingía entenderlas, ya que constantemente

las estaban empleando su padre, su hermano, su director espiritual, el coronel Soto y la mayoría de sus parientes y amigos, y por si esto fuera poco muy a menudo venían en letra impresa en el ABC, ella, a decir verdad, no conocía otra hombría que la de mal, dado que en su experiencia, y en el más hondo convencimiento nacido de la misma, todos los hombres eran unos guarros. Lo que la señorita Carolina apreciaba de las relaciones con sus novios, e incluso llegaba a añorar cuando las rompía, eran sus comienzos, pues durante esa primera fase, risueña y tranquila, esperanzada y lisonjera, su pretendiente no solía pensar en otra cosa que en llevarla a pasear por la calle de Goya o de Velázquez, a tomar el té, por las tardes, en algún elegante salón del barrio de Salamanca, o, por las mañanas, a tomar el aperitivo, vermut, gambas con gabardina, patatas fritas a la inglesa, en algún bar de moda de la calle de Serrano, o si era en época de Semana Santa, le proponía acompañarla a recorrer las estaciones, las siete una tras otra, en las iglesias más importantes de la capital. Esto había sido, precisamente, lo mejor de su noviazgo con José Antonio, la Semana Santa, pues la señorita Carolina se había sentido verdaderamente emocionada por la apostura de su novio, que como era de rigor lucía uniforme de gala verde y oro bajo la alada y relampagueante tiniebla del tricornio de charol. Pero todos los hombres son iguales, todos buscan lo mismo, se decía amargamente la señorita Carolina aún en medio de sus añoranzas y recuerdos de las partes buenas de tales negocios. Todos son unos guarros, se repetía, en particular, cuando pensaba en la abismal dife-

rencia entre el José Antonio que, meses atrás, la había acompañado, solícito, cariñoso, a recorrer las siete estaciones, y el José Antonio que había parado bruscamente su pequeño Fiat una tarde de invierno en una calle solitaria y mal alumbrada y, al mismo tiempo que acercaba a los suyos unos labios húmedos y balbucía unas palabras ininteligibles y babosas, le había introducido por debajo de la falda su mano velluda y regordeta, haciéndole sentir aquel asco oscuro, verdoso, hondo, que iba insoportablemente en aumento mientras la mano reptaba muslo arriba, lenta, cauta, viscosa, e irresistiblemente se aproximaba al vértice de la identidad, de su Yo, para destruirlo, para arrasarlo, pues desde muy niña le habían hecho saber que ella, Carolina Reyes, no era otra cosa que sexo, puro sexo, su sexo, y que el mundo entero estaba, de uno u otro modo, referido al sexo de Carolina Reyes. Caca, eso es pecado, no hay que tocarse, es pecado mortal, te volverás loca y te morirás en pecado mortal, le había dicho su madre primero y sor Paulina, sor Clementina y sor Ricarda después, en el colegio, y el Padre Fermín, el confesor que confesaba a la clase entera todos los meses. La señorita Carolina sabía que si moría en pecado mortal iría al infierno y los demonios le clavarían largos clavos al rojo por todo el cuerpo durante toda la eternidad. Los hombres, su padre, su hermano, sus novios, tenían sexo, pero no eran sexo, mientras que las mujeres, por el contrario, no es que tuvieran sino que eran sexo, y aunque a veces se atrevía a pensar que era injusto que fuese así, lo aceptaba porque sabía que así lo quería Dios, y Dios era infinitamente sabio e infinitamente bueno. La

única salvación posible, razonaba la señorita Carolina, era negarse al sexo, pero al hacerlo se sentía destruida en su pleno ser. Todos los hombres son unos guarros, vomito, sí, voy a vomitar, no me puedo contener. En el jardín del colegio las niñas gritaban y saltaban a la comba, se las oía desde la capilla instalada en los umbríos y glaciales sótanos de la nave principal. El Padre Fermín estaba sentado tras la cortina de terciopelo negro. Se oye su asmática respiración. Tose. Susurra. Está ahí pero no se le ve. Me hace preguntas. A veces no le entiendo y él se queda esperando que le conteste. Me repite la pregunta. Después me impone la penitencia y me da la absolución. Me pide que me acerque más. Carolina, acércate más. Así, un poco más, hija. Siento algo que me roza por debajo de la cortina. ¿Qué es? ¿El zapato del Padre Fermín? ¿La portezuela del confesionario que se ha abierto? La señorita Carolina siente un algo, húmedo, lento, viscoso, por debajo de su falda gris plisada, un algo que quiere destruirla, que le hace vomitar. Los hombres eran todos iguales, pero el teniente había sido, en el sentir de la señorita Carolina, el peor de todos, pues en la penumbra del coche parado en la tenebrosa calle se había desabrochado la bragueta y había introducido en ella la mano fría y temblorosa de su novia, que al encontrarse con lo que allí se encontró no pudo impedir que su súbitamente crispada boca vertiera sobre el volante, la palanca del cambio de velocidades y el salpicadero del Fiat de su prometido una cálida, semilíquida, humeante masa en la que viajaban, a medio digerir, el té y las tostadas con mantequilla y mermelada de fresa que media

hora antes ingiriera en uno de los coquetones saloncitos de té del paseo de Calvo Sotelo. A partir de aquel instante se había producido la ruptura con su novio, quien, profundamente turbado, se apresuró a poner el coche en marcha y a dejar a su exprometida en el portal de su casa paterna sin atreverse a pronunciar palabra. Soledad no paraba de ir de la cocina al salón y del salón a la cocina llevando entre las manos una gran bandeja de plata atiborrada de vasos y copas que iba ofreciendo sin cesar a los invitados. Don Julio Reyes, que la víspera había realizado una importante operación de venta de terrenos, la cual le había reportado cuantiosos beneficios, se mostraba enormemente eufórico y locuaz. Cuando menos se lo esperaban los invitados, don Julio se levantaba de su sillón y se ponía a contar a voces un chascarrillo, que invariablemente era acogido con estentóreas risotadas y entusiasmado batir de palmas por quienes se encontraban a su alrededor. En otros momentos, don Julio, sentándose en el borde de su poltrona e inclinando levemente el tronco hacia adelante, lo que provocaba un unánime y similar movimiento, convergente hacia su persona, por parte de quienes le estaban escuchando, entraba pausada y prolijamente en la narración de una anécdota que era oída por todos con religiosa atención y, al final, premiada con grandes muestras de admiración y fervor hacia el ingenio del narrador. Qué gracioso es este hombre, comentó un señor vestido de uniforme marrón, en cuya pechera relucían diversas medallas. Vaya si lo es, le contestó otro señor con la cara muy roja y el pelo muy blanco. Tiene un gran talento, abundó en la

opinión del militar una señora con el pelo teñido de rojo burdeos. De pie o sentadas en sillas y butacas, formando grupos más o menos nutridos, señoras de mediana edad, y también alguna que otra más joven, charlaban animadamente. En grupos aparte se hallaban sus maridos, los cuales sonreían, gesticulaban, fruncían el entrecejo, prorrumpan en carcajadas ruidosas, convulsas, o se inclinaban sobre el oído de su interlocutor para susurrarle algo con semblante viril, serio, preocupado. Sus conversaciones tenían generalmente por tema el problema de los permisos de importación, las características de determinadas máquinas y productos, los viajes a Suiza, a Francia, a Estados Unidos, a Alemania, que habían realizado o pensaban realizar, las condiciones de estas o aquellas contratas de obras y las perspectivas bursátiles. Soledad les oía hablar cuando se acercaba a ellos con la bandeja, pero todo cuanto decían le resultaba ininteligible. Aquella noche, don Julio, que era un enamorado del flamenco, había contratado a dos gitanillos, chico y chica, muy jóvenes, y a un viejo guitarrista. Ya muy avanzada la noche don Luis Reyes, a instancias de su padre, ordenó a Soledad que retirara todo lo que había en la mesa grande, y una vez cumplido el encargo los gitanillos se subieron encima mientras el guitarrista, que previamente había colocado una silla traída de la cocina en una esquina del improvisado tablao, se sentaba con aire solemne y grave y daba comienzo a sus rasgueos y punteados. Como hechizados por el son del instrumento, los bailaores permanecieron largo rato en actitud hierática, litúrgica, para finalmente, sin transición alguna, romper

a patear y palmoear con una furia indescriptible. Gruesas gotas de sudor les corrían por la frente, las mejillas y el cuello. La gitanilla, sus morenos brazos desnudos y con un gran escote que a veces, en sus frenéticas contorsiones, dejaba entrever fugazmente unos senos apenas formados, sueltos y volanderos en su cuerpecillo de niña, se esforzaba por aparentar que se hallaba sumida en un profundo trance, poseída por demonios o por algún dios oscuro e innombrable que imprimía a su tronco y a sus miembros aquellos movimientos desbocados, convulsos, pues sabía que quienes la contemplaban querían creer en su trance y en su posesión. Sus manos caracoleantes, su garganta tensa y mojada por el sudor, su pelo eléctrico, vivo, largo y derramado, sus hombros flacos y huesudos lanzaban fulgores y destellos bajo las luces del salón cual peces recién sacados del agua debatiéndose y retorciéndose sobre la tierra en inútil esfuerzo por salvarse de la asfixia. Los invitados habían hecho corro alrededor de la mesa y jaleaban sin cesar a los bailaores. Viva la madre que te parió, gritaba de vez en cuando don Julio, como homenaje al frenesí o la maestría con que el gitano o la gitana acababan de realizar alguna de sus piruetas y contorsiones. Los espectadores, sin excepción, a juzgar por sus iluminados semblantes parecían dar a entender que aquella danza era un misterio en el que ellos estaban iniciados y en cuya furia catártica participaban interiormente, por vía contemplativa. Al concluir su danza, con un gran desplante petrificado en un gesto mantenido durante la mayor parte del tiempo que duró la salva de aplausos con que

la concurrencia premió la actuación de los bailarines, estos descendieron de la mesa con un grácil salto mientras el guitarrista, puesto en pie, recibía junto a sus compañeros las entusiastas felicitaciones y parabienes de los invitados a la reunión. Algunos señores se les acercaban con vasos de vino en la mano y se los ofrecían. Las señoras les daban canapés y les decían que qué bien bailaban, que qué bonito, que qué maravilloso, y les preguntaban dónde habían nacido y quién les había enseñado a bailar con tanto arte. Don Julio, con expresión propia de un científico que ante un auditorio académico tratara de explicar un abstruso problema de física nuclear, manifestó que la bailaora poseía mucho tronío. Esta chiquilla tiene mucho tronío, dijo, y el coronel Soto corroboró tal opinión, matizando, por su parte, que a su juicio no sólo tenía tronío sino también salero. El militar de las medallas intervino para afirmar en un tono a un tiempo sereno y enérgico, que el pueblo español, el pueblo sencillo y sano, poseía auténtica grandeza de alma, opinión en la que don Julio Reyes abundó con entusiástica sinceridad, aprovechando la ocasión para lamentar una vez más amargamente lo fácil que había sido para los canallas resentidos de siempre, ese puñado, dijo, de malnacidos, el envenenar el alma simple y buena del pueblo en beneficio de sus apetencias bastardas. Sí señor, tiene usted toda la razón, exclamó una señora que estaba sentada a su lado, casi en un grito, y los congregados en torno a don Julio movieron la cabeza afirmativamente y murmuraron palabras de asentimiento. El pueblo, y más el español, no es malo, amplió el señor de uniforme, lo que

pasa, matizó levantando la mano derecha a la altura de la sien y juntando el pulgar y el índice, es que por su misma sencillez de corazón resulta fácil de emponzoñar por los interesados en sembrar el resentimiento y la rebeldía. De pronto, desde el extremo opuesto del salón se percibió un gran revuelo envuelto en batir de palmas y en roncós y agudos gritos de olé, olé, acompañados de algún que otro semiahogado arribaespaña. Un señor, del que saltaba a la vista que era extranjero y que se encontraba en un estado de gran euforia, había iniciado unos pasos de baile flamenco, tratando de describir rápidos giros sobre la suela de sus zapatos y de emitir chasquidos con los dedos corazón y pulgar de ambas manos mientras se pasaba los brazos por delante y por detrás en frenéticos movimientos alternativos. Olé, olé el salero, exclamaba la gente a su alrededor, y él, acalorado, con la cara congestionada y la frente cubierta de sudor, se quitó la chaqueta y la corbata y prosiguió con sus desplantes y revueltas con renovados bríos. Mira a Herr Kohl, mira a Herr Kohl, chilló una señora, dando un codazo a otra señora amiga suya que estaba en el corro de espectadores de la danza. Don Luis Reyes contemplaba la actuación del improvisado bailarín con una ancha e indulgente sonrisa, al igual que don Julio, quien se había acercado al corro en unión de su grupo. Pero qué gracioso es este hombre, comentó la señorita Teresa dirigiéndose a la señorita Carolina, quien le contestó que sí, que era simpatiquísimo. Olé, olé, gritó el coronel Soto, uniendo su entusiasmo al del resto de los presentes. Miren a Herr Kohl, miren a Herr Kohl, se oía por todas partes. Los

boquerones mal fritos, los blanduzcos, los correosos, al ser triturados entre sus dientes, no le evocaban imagen alguna. Por el contrario, los bien fritos, los que al deshacerse entre la tenaza de los molares superiores e inferiores emitían un ruidillo crujiente, crepitante, le traían invariablemente a la memoria el remoto fragor de las explosiones que la batería de morteros bajo su mando provocaba en el lejano pueblo mudo y gris. Los proyectiles tardaban unos instantes en describir su parábola, daba tiempo a quitarse los tapones que protegían los oídos y escuchar el quebrado haz de fragores amortiguados, temperados por la distancia, a la vez que a través de los prismáticos montados sobre un sólido trípode de madera Herr Kohl observaba la súbita restallante, amorfa eclosión de humo, de fuego, de polvo, de cascote. Ni un sólo diente postizo. A mis sesenta y seis años jamás he ido al dentista, suele, no sin frecuencia, recordar Herr Kohl a sus amistades, como si quisiera impedir que se les olvidara ese dato sobre su persona. Ya viene don Bolgam, dice Juanita, la encargada de la freiduría, a Fermín, encargado del servicio del mostrador, mientras prepara las sartenadas de calamares y boquerones fritos. Sus ojos, irritados por los aceitosos vapores a duras penas absorbidos y expulsados al exterior por las invertidas aspas del ventilador eléctrico empotrado en la vitrina encima de los fogones de gas, ven caminar cuesta arriba por la calle de Tetuán al señor Wolfgang Kohl, el más asiduo, el más regular, el más puntual de los parroquianos del café-bar Los Dolores, de nuevo, a partir de abril de 1939, regentado por su legal propietario, don

Francisco Hidalgo, quien veía así recuperado su negocio tras la incautación sufrida durante los, como él gustaba de calificar, casi tres años de barbarie roja. Se dice Herr Kohl, no se dice don Bolgam. Los alemanes dicen *Herr*, que es el equivalente nuestro a señor tal o señor cual, rectifica a menudo don Francisco a Juanita o a algún otro de los empleados de su establecimiento al oírles referirse al señor Kohl, pues si bien don Francisco desconoce por completo la lengua alemana, hacia la que alberga sentimientos oscuros, oscilantes entre la veneración y el vértigo, se había informado de la forma interpelativa correcta, pues le gustaba que el señor Kohl percibiese su amistosa voluntad de acercamiento. Y fíjense ustedes, insiste el dueño del bar, en la estricta puntualidad que le caracteriza, y eso que no tiene obligación de ser puntual, que si la tuviera, añade con ceño paternalmente adusto, y al pronunciar la palabra puntualidad la descuartiza silábicamente a golpes de énfasis que su lengua asesta como un hacha. Andaos con pies de plomo conmigo y no olvidéis que habéis perdido la guerra, parece querer dar a entender cuando habla a sus empleados de la puntualidad del señor Kohl. Don Francisco es el primero en llegar todas las mañanas al café-bar Los Dolores. Saca del bolsillo interior de la chaqueta una llave pequeña, se agacha, la introduce en la cerradura del gran candado, lo abre, reúne todas sus fuerzas y levanta la persiana metálica hasta la altura de su inclinada cabeza, toma la larga vara de madera yacente junto a la puerta cristalera de acceso al local, se yergue, introduce el garfio de hierro del que la vara está provista dentro de la anilla,

igualmente de hierro, que remata en su extremo la persiana, iza ésta a su tope y concluida la operación, deja la vara apoyada verticalmente en su rincón y traspasa el umbral, instante en que don Francisco arroja la primera, escrutadora, recelosa mirada de la jornada al interior del recinto de su propiedad, cual marido que, al regresar inopinadamente a su hogar a altas horas de la madrugada y abrir la puerta de la alcoba conyugal temiera y al mismo tiempo oscura y turbiamente deseara descubrir entre las sombras la borrosa figura de un hombre a horcajadas sobre su mujer. Sin embargo, el café-bar Los Dolores no ofrece a su dueño otra imagen que la del sucio, penumbroso caos que suele presentar su estado matutino: un suelo de baldosas verdes y rojas salpicado de prin-gosas y arrebujadas servilletas de papel entremezcladas con la vacía negrura de las cáscaras de los bigaros, con los sonrosados y mostachudos caparazones de las quisquillas, con las melancólicas y miserables raspas de los boquerones, residuos de las consumiciones de la víspera, amontonándose a lo largo del zócalo de mármol del mostrador o esparcidos por debajo de las mesas y las sillas en espera de que los empleados de don Francisco lleguen, barran, ordenen, frieguen, ahuyenten o aplasten a las últimas cucarachas de la noche, torpes y atur-didas por la súbita irrupción de la luz. Don Francisco Hidalgo, una vez dentro del local, se sienta en una de las sillas y espera a que aparezcan sus asalariados, esos seres, piensa, frágiles, desvalidos como niños aunque también egoístas y levantiscos como salvajes, a los que hay que saber mantener a raya, esos seres a los que él, con su

talento y esfuerzo, da trabajo para que puedan vivir, para que no se mueran de hambre. Y rumia con delectación este pensamiento sintiéndose no ya justificado en la vida sino incluso heroico. Buenas tardes, Herr Kohl, saluda don Francisco a su parroquiano. Arriba España, responde el señor Wolfgang Kohl al saludo de don Francisco. Todos los días, cuando a las veinte y trece minutos, a veces apresura un poco el paso, otras lo hace más lento deliberadamente con objeto de hacer su entrada en el café-bar Los Dolores a la hora exacta, penetra en el local, las primeras palabras que pronuncia, ora como saludo, ora como devolución del mismo, son Arriba España, en la convicción de que quienes le escuchen se deberán sentir complacidos. No se trata de que el señor Kohl sea o haya sido nunca especialmente proclive a la práctica de la puntualidad, pero ha aprendido a serlo a fin de encajar dentro de la imagen que el dueño del local y con él la mayoría de los españoles se forjan de las virtudes germánicas, a las que otorgan tan grande y fervorosa admiración. Herr Kohl se quita el sombrero de fieltro de alas ligeramente dobladas hacia abajo y sonriendo con sus acuosos ojillos grises, se despoja de su grueso abrigo de invierno, lo dobla meticulosamente y lo deposita en una silla a su lado, colocando encima la bufanda plegada con pulcritud y coronando el montón con el sombrero. El señor Wolfgang Kohl ama a España y a los españoles. Ama, dice, la fiesta nacional, con sus bravos combatientes de toros. Ama, explica, a sus mujeres, y por eso se casó con una española, aunque él, matiza, no sea partidario del matrimonio y a sus propios hijos les aconseja

que no se casen, pues la familia le explota a uno, todo son gastos, hay que ocultarle a la mujer lo que se gana, de lo contrario, piensa, ni siquiera podría uno tomarse en el bar su diario refrigerio con los amigos españoles, pobres, simpáticos españoles, filósofa, una raza inferior, eso sí, pero dóciles, agradables de tratar, admiradores de nosotros los alemanes. El señor Wolfgang Kohl se frota las manos con fuerza. ¿Mucho frío, eh, Herr Kohl? Mucho, sí, mucho. Las lomas nevadas reverberan pálidas bajo los últimos rayos de luz ahogada entre las nubes que desgarran el cielo invernal. La orden específica es que se bombardee el pueblo durante toda la noche. El mayor Kohl ha dirigido personalmente los trabajos de instalación de la batería. La misión que le ha encomendado el Alto Mando le preocupa y le enorgullece. De su éxito o fracaso dependerá el éxito o fracaso de su carrera militar. Se trata de probar un nuevo tipo de mortero recién salido de las factorías de armamento alemanas. El informe que el mayor Kohl haya de remitir a las autoridades constituirá un factor decisivo para los planes de producción en masa. El bombardeo da comienzo poco antes del anochecer, y con las primeras luces del alba cesa el fuego. El señor Kohl, tras un breve desayuno en compañía de sus subordinados y del capitán español a cuyo mando están las tropas de infantería que ocuparán el pueblo, monta en el coche blindado y emprende la marcha por la carretera cubierta de nieve helada. El pueblo había sido elegido para la prueba por razones diversas, entre ellas la inexistencia, dentro de su área, de fuerza defensiva alguna, y también por el hecho de que

sus casas y su iglesia estaban construidas con piedra berroqueña, lo que contribuiría a que los resultados del bombardeo pudieran ser evaluados con mayor precisión que en el caso de materiales blandos como el adobe o incluso el ladrillo. ¿Qué va a tomar Herr Kohl? Quisiera unos champiñones, media de tinto, pan. Treinta grados bajo cero, sí señores, treinta. El señor Kohl olvida a menudo que la historia que está empezando a contar la ha contado ya muchas veces en el café-bar Los Dolores. Los empleados, el dueño y algún que otro cliente le miran, le escuchan como hipnotizados tratando de imaginarse el asedio de Stalingrado mientras el señor Kohl ensarta entre las púas del tenedor unos cuantos champiñones, se los lleva a la boca, empieza a masticarlos parsimoniosamente con su magnífica dentadura natural y, una vez deglutidos, prosigue con su historia, aunque sin él mismo darse cuenta, en su imaginación no se alzan las ruinas heladas de Stalingrado sino la delgada, sufrida, morena figura de su esposa, esa mujercita española que le ha dado dos hijos varones, qué guapos, rememora el señor Kohl mientras habla del asedio, estaban a principios de los cuarenta con sus uniformes pardos de las Juventudes Hitlerianas por las calles de Madrid, qué guapos cuando saludaban a las amistades con un taconazo al tiempo que hacían una rígida, breve inclinación de cabeza. Treinta grados bajo cero. Qué barbaridad, Herr Kohl, comenta una vez más el dueño del café-bar Los Dolores, quien se conoce la historia de memoria. Mi mujercita, piensa el señor Kohl mientras saborea los champiñones, me pondrá mala cara cuando llegue a casa, me

sermoneará, que si el dinero no llega para los gastos familiares, que si lo derrocho en la taberna con mis amigos, que si patatín y que si patatán, rumia el señor Kohl en la híbrida mezcla de castellano y alemán en que desde hace muchos años tiene el hábito de pensar, me reñirá, refunfuñará, pero se le pasará, como siempre, y las aguas volverán a su cauce. De pronto se acuerda de que su amigo y compañero de armas en la guerra de España, eminente personalidad de la política y las finanzas, le ha citado al día siguiente en el Círculo de Bellas Artes a las cuatro de la tarde para entregarle una carta de recomendación dirigida a un señor llamado don Julio Reyes, que muy posiblemente pueda solucionar los problemas laborales del señor Kohl. No olvidar, piensa en tanto apura el tercer vaso de vino, agradecerle una vez más su generosa ayuda a mi familia mientras duró mi cautiverio en Alemania después de la guerra. El pueblo ¿dónde está el pueblo?, pregunta el señor Kohl, al oficial español que viaja en el asiento delantero, y de nuevo se lleva los binoculares a sus ojos, y al cabo de unos segundos de escrutación repite, riendo, al tiempo que cede los prismáticos al oficial, ¿dónde está el pueblo? El capitán se asoma por la ventanilla, enfoca hacia donde debería alzarse el pueblo y exclama, devolviendo los prismáticos al mayor Kohl con una amplia sonrisa, que el pueblo no está, que no se ve pueblo alguno. Cuando las tropas penetran en lo que fuera el pueblo se limitan a dar fe de que no hay nada que ocupar. Entre las trituradas ruinas comienzan a descubrir cadáveres, o más bien trozos de los mismos. Ni un sólo superviviente, a excepción de una vieja a la que,

en vista de su estado, se le aplica un tiro de gracia. El señor Kohl se mete en el coche, tras la visita de inspección, para guarecerse del intenso frío y comenzar el borrador del informe al Alto Mando. Los soldados hacen fogatas con los restos de muebles y vigas que encuentran entre los escombros. El viento trae ramalazos de nieve. El señor Kohl se acalora sobre el tema de la próxima feria taurina de San Isidro. El dueño del bar es un entusiasta de un matador al que su parroquiano alemán considera muy malo. Tanto don Francisco como el señor Kohl defienden sus respectivos puntos de vista apasionadamente, lo que no es obstáculo para que en medio de los ardores polémicos resplandezca en todo momento su mutua estima. Sobre gustos, sentencia al final de cada diaria discusión el señor Hidalgo, no hay nada escrito, con lo que el señor Kohl se muestra en pleno acuerdo, y una vez más pasa a ponderar las virtudes de España, tierra a la que, dice, tanto ama, como a su fiesta nacional, impregnada, explica, de un sentido trágico y heroico de la existencia, plasmado en la lucha del Hombre contra la Fiera, que equivale a decir contra el Destino. El dueño del café-bar Los Dolores escucha emocionado, sintiendo en su entraña el orgullo de ser español, una de las pocas cosas serias e importantes, de ello está convencido, que hay en el mundo, y para de alguna manera corresponder al fervoroso encomio de los valores patrios hecho por su cliente, don Francisco, con acentos no menos fervorosos dice que ellos, los alemanes, tienen a Beethoven, pese a que él jamás ha sentido la más mínima emoción ni el más mínimo placer derivados de la música de Beethoven ni

de ninguna otra música, invento éste, la música, para él irritante e ininteligible, y que, acaso con la sola excepción de El Sitio de Zaragoza, nunca pudo soportar. Ah, sí, sí, Beethoven, exclama el señor Kohl con una especie de gruñido largo, sordo, a la vez que asiente vivamente con la cabeza. Tampoco es que el señor Kohl haya sentido nunca hacia la música de Beethoven y hacia todas las demás músicas, quizá con la sola excepción de Deutschland, Deutschland über alles, otra cosa que profundo tedio y no menos profundo aborrecimiento, pero, consciente del alto valor de la Cultura, se cree en la obligación de acoger con el debido interés la alusión de don Francisco Hidalgo, y como para poner punto final a la tertulia de aquella tarde, el señor Kohl levanta su vaso y dice Arriba España, y tras apurar su contenido, chasquear la lengua con deleite, secarse los labios con una servilleta de papel, levantarse, no sin cierta dificultad, de su silla y ponerse bufanda, gabán, sombrero y guantes, se marcha del café-bar Los Dolores siendo acompañado hasta la puerta por don Francisco, quien le despide con un cordial ¡Hasta que usted guste! Y el señor Kohl emprende, con paso no muy firme, su regreso al hogar. Al doblar la esquina de Tetuán con plaza del Carmen una ráfaga de viento está a punto de volarle el sombrero. Un viejo escualido, con una gabardina mugrienta, se le acerca a pedirle limosna. El señor Kohl aparta los faldones del gabán, mete la mano en el bolsillo de la chaqueta, saca una moneda y la deposita en el cuenco de la mano del mendigo. Siempre le ha complacido hacer el bien. Se tambalea ligeramente al andar. De vez en cuan-

do se para y dice algo en alemán, en voz alta. Al pasar por su lado los transeúntes se lo quedan mirando. Empiezan a caer copos de nieve. El señor Kohl es abordado por un vendedor de Don Nicanor Toca el Tambor. Se compra uno y se lo mete en el bolsillo del gabán. Al cabo de un rato de caminar lo saca y se lo lleva a la boca. Sopla en la boquilla de madera al tiempo que da tironcitos rítmicos al cordón que acciona los bracillos de alambre del muñeco que percuten sobre el parche del tambor. Rataplán. Tararí. Rataplán. Las sonrosadas mejillas del señor Kohl se inflan y desinflan rítmicamente, arrancando destemplados pitidos al instrumento. Un gran copo de nieve que cae sobre su nariz y se derrite de inmediato le hace recordar el escupitajo que le lanzara un brigadista internacional hecho prisionero el invierno del treinta y siete en Aravaca. Los españoles se lo habían llevado para que le interrogase porque era alemán, y el mayor Kohl, después del escupitajo, se había puesto nervioso, había perdido la paciencia y había vaciado el cargador de su pistola sobre la cabeza de su compatriota. No olvidar, se repite en voz alta, agradecer su generosidad a don Emilio mañana en el Círculo de Bellas Artes. Antes de entrar en el portal de su casa se guarda el Don Nicanor en el bolsillo. El ascensor está estropeado. Comienza a subir por la escalera. Al llegar al quinto piso, y antes de introducir la llave en la cerradura, saca el Don Nicanor y lo arroja por el hueco del ascensor. Al caer sobre el techo del mismo resuena como el lejano estampido de un obús. ¿Dónde está el pueblo, eh, dónde está? Abre la puerta. Más allá del recibidor, al fondo del pasillo, en el

umbral de la cocina, surge la demacrada, sufrida, ojerosa figura de la señora Kohl. Se quita el sombrero y, abriendo los brazos cuanto se lo permite la anchura del corredor, avanza hacia su esposa al tiempo que exclama, procurando reprimir las súbitas ganas de eructar, Schätzchen, Arriba España. Miren a Herr Kohl, mírenlo qué bien baila, palmoteó con admiración la señorita Carolina. Pero qué gracioso es este hombre, sentenció don Julio Reyes, entusiasmado. Para que luego digan que los alemanes no tienen sentido del humor, comentó don Luis Reyes a alguien que estaba a su lado contemplando con arrobo la exhibición de baile flamenco a cargo del señor Wolfgang Kohl. Soledad recogió las copas y vasos vacíos y se los llevó a la cocina. El improvisado bailar, agotado y jadeante, cesó en sus contorsiones y pataleos y se desplomó en un sillón, sudoroso, en torno al cual se agolparon los invitados para felicitarle. Su esposa, con semblante visiblemente preocupado, le hizo ponerse inmediatamente la chaqueta mientras le enjugaba el sudor que le chorreaba por la frente y la garganta con un pañuelo. Bravo, Herr Kohl, bravo, bravo. El guitarrista se le acercó también y, arrancando a su instrumento unos súbitos acordes rasgueados, exclamó, olé y olé y olé. Tras el interludio flamenco y su inesperada ampliación a cargo del señor Wolfgang Kohl, gerente de la compañía inmobiliaria que don Julio fundara hacía años, al frente de cuya administración éste había puesto al exmayor de la Wehrmacht, atendiendo así la viva recomendación de su amigo y camarada de la Vieja Guardia de FET y de las JONS Emilio Cifuentes, la fiesta volvió por sus apacibles

cauces, formándose de nuevo grupos de señoras que conversaban de sus cosas y grupos de señores que debatían importantes asuntos de negocios. En torno a don Luis Reyes y su padre se congregaban jóvenes valores del periodismo, las letras y las artes. Algunos, los más bisoños, no pasaban de ser serias promesas, pero otros publicaban ya artículos con cierta asiduidad en Arriba, en El Alcázar e incluso en el ABC, sin contar alguna que otra revista especializada. Don Luis Reyes, por su parte, acababa de ver publicado el primer volumen, bajo el patrocinio de la Caja de Ahorros de Ronda, cuyo director era viejo amigo de don Julio, de lo que con el tiempo habría de convertirse en una magna tetralogía narrativa sobre el tema de la Hispanidad. El tratamiento literario dado a los grandes héroes del descubrimiento y la conquista de América por don Luis Reyes en aquella su primera obra novelística había suscitado ya algunas críticas entusiásticas, hasta el punto de que el director del Instituto de Cultura Hispánica había cursado a don Luis una invitación para que efectuase lectura pública de algún fragmento de su novela, seguida de coloquio, al que habían prometido su asistencia varios embajadores y representantes diplomáticos de países hispanoamericanos. Los amigos del novelista se mostraron encantados al conocer tan fausta noticia, augurándole un claro y rotundo éxito. La emocionada alegría con que don Julio había acogido en un principio la empresa literaria de su hijo se había, sin embargo, visto empañada por las serias reservas que el director espiritual de la familia, reverendo padre Evelino Sánchez, había manifestado confidencialmente a don Julio

tras la lectura del manuscrito, reservas que, ciertamente, no iban dirigidas a la forma puramente literaria, que el sacerdote juzgaba logradísima y altamente meritoria, sino al fondo o planteamiento filosófico del tema, en el que don Evelino advertía una clara influencia de Nietzsche. ¿Nietzsche? ¿Y quién es ese señor?, había preguntado don Julio al señor cura, quien le había informado de que se trataba de un filósofo alemán del siglo pasado que estaba en el Índice por ateo y amoral. Pero ¿qué tiene que ver el Federico Nietzsche ése con el descubrimiento y la conquista de América?, había preguntado, algo aturdido, don Julio Reyes, a lo que el sacerdote le había contestado que como tener que ver no tenía nada que ver, sólo que don Luis, en su novela, tendía a hacer una interpretación de la gesta hispánica excesivamente centrada en los valores del individuo humano, entendiendo dicha gesta como expresión de la teoría del Superhombre, con el consiguiente olvido y relegación de los trascendentales valores religiosos, evangélicos, que acompañaban e informaban cada acción y cada paso de nuestros gloriosos conquistadores. Ya, había musitado don Julio, poniendo cara de comprender. ¿Y qué es eso del Superhombre?, se atrevió a preguntar, pues el término, que lo oía pronunciar por primera vez en su vida, le había resultado extremadamente atractivo. Y don Evelino se extendió durante unos minutos en la exposición de las condenables, dijo, teorías propagadas por Nietzsche a través de su mítico personaje de Zaratustra y en otros escritos en los que se hablaba de la superación del bien y del mal, de la voluntad de poderío y, en suma, del concepto del

Superhombre. Don Julio le había escuchado atentamente y, si bien al terminar la disertación del sacerdote se había mostrado de acuerdo en lo que respecta a la condenabilidad de que, a juicio de don Evelino y desde el punto de vista de la doctrina católica, se hacían acreedoras las teorías del filósofo alemán, lo cierto es que las mismas le habían resultado particularmente atrayentes y simpáticas, lo que le indujo a no desaprobando su influencia sobre su hijo y a no retirar su apoyo a la publicación de la obra, como el director espiritual de la familia se había atrevido veladamente a sugerir. Es mi deber advertirle, don Julio, había proseguido el sacerdote al comprobar que sus admoniciones no surtían el deseado efecto, que no es solamente en el terreno literario donde encuentro motivos de zozobra en relación con la salud del alma de Luis. Hace ya mucho tiempo que Luis ha cambiado. Ya no es el ferviente católico que era antes. Me consta que ya no cumple con sus devociones, aunque esto sería lo de menos pues en casi todo el mundo se dan crisis pasajeras en lo concerniente a la práctica religiosa: lo que más cuidado me inspira son sus desviaciones de la fe, quién sabe si incluso la mismísima e irreparable pérdida de ésta. Don Julio se había sentido impresionado por las consternadas aprensiones del sacerdote, pero cuando don Luis anunció a su padre, alborozado, que el ABC había aceptado e iba a publicar en breve plazo una larga entrevista que le había hecho a la madre de Fabián Garcíañana, dio inmediatamente al olvido toda preocupación y todo temor, henchido de orgullo por su hijo. El gran bosque emerge, gris, de la incierta penumbra de la

aurora. Fuego. Las ametralladoras tabletean, los cuerpos se desploman. Una escuadrilla de la Luftwaffe zumba a gran altura hacia el nordeste. Estarán llamando puta a mi madre en su condenada lengua. Mamuchi, mamuchita mía de mi vida. Mire usted, mire, aquí mi Fabianín está con un camarada alemán en el campo de entrenamiento, o de reagrupación, o como se llamara, de la Wehrmacht, antes de salir para Rusia, dice doña Fernanda al reportero. ¿Y quiénes son esas tres niñas pequeñas que aparecen junto a los dos soldados?, pregunta don Luis Reyes. No sé decírselo. Quizá fueran hijas del capitán alemán, o algunas vecinitas de la localidad que estuvieran jugando por allí. El campo estaba, sabe usted, en no recuerdo qué sitio de Alemania, o de Austria, no sé. Doña Fernanda hurga, escarba, rebusca en la gran caja de cartón donde duermen fotografías, papeletas de examen de bachillerato, carnets de FET y de las JONS, cédulas de identidad y fajos de cartas atados con cintas de colores. El reportero escudriña cada fotografía que doña Fernanda Liñán, viuda de Garciñana, le tiende con infirme pulso, reflejo de la emoción, dice, que su corazón de madre siente en esos instantes. En mi corazón de madre nacional, explica, no sólo ha habido la Cruzada de Liberación sino también la epopeya de Rusia. Bien lo sé, doña Fernanda, bien lo sé, y por eso estoy aquí. Tiene usted que perdonarme las emociones que esta entrevista sin duda ha de acarrearle, pero comprenda que es necesario, que es un deber el llevar al gran público la semblanza de ese gran héroe, de ese gran español que fue su hijo, su Fabián. Claro claro, adelante y no me haga

caso, son lágrimas de una pobre mujer, es usted quien tiene que perdonarme. El reportero empuña la estilográfica, abre el bloc. Mi Fabianín laureado, mi Fabián del alma, laureado, laureado, grita entre sollozos doña Fernanda al recibir la noticia de labios de su hermano Beltrán, oficial de artillería en la reserva, sobre el que había caído el peso de la tramitación, las gestiones, el papeleo. Don Beltrán hace su entrada en la casa blandiendo un ejemplar del Diario Oficial como si fuese una antorcha o una espada flamígera. En una de las columnas puede verse un óvalo trazado con tinta azul que se ha corrido sobre el papel. Ha sido el propio don Beltrán quien lo ha trazado mientras subía en el ascensor, a fin de evitarle a su hermana la molestia de tener que hojear la publicación hasta dar con el asunto que interesa, es decir, el capítulo de recompensas, en el que se declara laureado «post mortem» al teniente Fabián Graciñana Liñán en razón de su heroico comportamiento en el frente ruso. Ay Fabián, Fabianín de mi vida, llora doña Fernanda abrazada a su hermano en el recibidor, la puerta de entrada al piso aún sin cerrar. Pasadas las primeras emociones, y ya en el cuarto de estar, el ruido del tráfico por la calle de Serrano ahoga el llanto de doña Fernanda y las conmovidas palabras de don Beltrán, pese a que las altas puertas de los numerosos balcones del piso están bien cerradas y provistas de burletes de fieltro como protección contra el frío que se cuele por las holguras de la vieja carpintería. Qué ruidosa se ha vuelto la calle de Serrano, comenta don Beltrán. Lo mismo me suele decir tu mujer, pero a mí el ruido no me importa.

Mejor que haya mucho tráfico, así me distraigo viendo pasar los coches y la gente desde el balcón. La emoción decrece pero no se disipa. Don Beltrán se sienta y procede a la lectura, en un tono que pretende ser de parca, escueta sobriedad castrense, del texto íntegro del decreto. Doña Fernanda ha ordenado a la criada que sirva una infusión de tila. Ambos hermanos, acomodados en sendas poltronas, sorben la tila mientras hacen un repaso de todas las vicisitudes por las que había atravesado el asunto: las visitas que hubo que efectuar, los hilos que hubo que mover en las altas esferas a fin de que la figura del teniente Fabián Garcíñana fuera recordada y tenida en cuenta. Doña Fernanda acaricia en el pensamiento el nombre de su hijo, lo recuerda el día de su primera comunión. Qué guapo estaba con su uniforme blanco y azul de almirante, con sus galones dorados, con sus zapatos de charol. Pero qué requeteguapo está mi niño almirante. Ay, no te hurgues la nariz que eso está muy feo, y más en un día como éste. Fabianín Garcíñana empuña en la mano derecha el devocionario de gruesas, pálidas pastas de nácar, regalo de la tía Isabel, y en la izquierda el largo rosario de finas cuentas plateadas. Qué alto está para sus diez añitos, exclama el marido de la sobrina de la abuela Remedios. La plaza Mayor de Salamanca irradiaba un fulgor mágico, irreal. Con las primeras luces del día Fabianín la atraviesa, semidesierta. Sólo la gris sombra de un sereno rebulle en la negra sombra de los soportales. El golpeteo de los tacones de Fabianín, de los de su padre, de los de su madre, de los de su tía Isabel, de los de la sobrina de la abuela Remedios y su marido, de

los del administrador de la finca de la familia Garcíñana, de los tres capataces y sus mujeres, hieren el umbrío, rosáceo silencio de la plaza. En la iglesia Fabianín siente un frío húmedo en las puntas de los dedos, en los labios, en la nariz, mientras repasa mentalmente el parlamento que ha de pronunciar al término de la celebración religiosa. Los demás niños y niñas, que ese día hacen también colectivamente su primera comunión, permanecerán de rodillas en sus reclinatorios mientras Fabián, en pie sobre la tarima del altar mayor, recitará la arenga eucarística compuesta expresamente para tan señalada fecha por el padre Ródenas, don Cayetano para la familia Garcíñana. En estos tiempos de impiedad, de desatada soberbia, de descreimiento y corrupción moral que asolan al mundo, resuena, metálica, la vocecita de Fabián bajo las bóvedas de sillería del templo, nosotros nos aproximamos al Señor con nuestra alma henchida de pureza, rebosante de amor y de fervorosa entrega a los inescrutables y todopoderosos designios de la Divina Providencia, proclamando, gozosos, nuestra unción a la Santa Madre Iglesia Católica Apostólica y Romana, así como al magisterio supremo de su cabeza visible, el Papa. Los asistentes al oficio religioso tosen, estornudan, se suenan la nariz, carraspean, se ponen en pie o hincan de rodillas. Nuestra alma es alma infantil, cierto, pero no por ello está menos alerta, no por ello es menos prudente, menos precavida y menos consciente de los peligros que hoy le acechan tendiendo mortales trampas a su inocencia y a su fe católica, nuestro más preciado tesoro, que estamos prestos a defender contra

todos sus enemigos. Qué rico. Qué bien habla. Qué guapo está. No se ha equivocado ni una sola vez. Este niño va a ser un orador el día de mañana. Y qué parlamento tan bonito. Bravo, Fabianín, susurran, palmotean, cuchichean, abrazan los parientes, las amistades. Algunos le estrechan la mano espetándole: vamos, dame esos cinco que ya eres un hombre. Otros le cogen la mano y, de forma ostentosa, brusca, casi violenta, depositan en ella aguinaldos. La emoción, es la emoción. Claro, pobrecito, es natural. No es para menos, cómo no iba a emocionarse en un día como éste, el más importante de su vida. Angelito, oye exclamar, comentar, bisbisear Fabianín a su alrededor. Lo dice la tía Isabel. Lo corrobora la abuela Remedios. Lo constata su mamá. Lo admite su papá. Es la emoción. Mi tupé, mi tupé. Bruto, más que bruto, me lo has deshecho todo, grita Fabianín para sus adentros iracundo, desolado. El sinuoso, enhiesto tupé, denso por el fijador y reluciente por la brillantina, que le había hecho su madre antes de salir de casa hacia la iglesia, destrozado, desbaratado, arruinado por ese, piensa Fabianín, bestia, por ese bruto que al darle la enhorabuena le ha pasado la mano por la cabeza. Doña Fernanda sorbe la infusión de tila sosteniendo la taza con las dos manos, en un esfuerzo porque el temblor del pulso no le haga derramar el líquido sobre la alfombra que su madre le había traído de Melilla cuando su padre se había trasladado a Madrid desde aquella guarnición. Dios te salve María llena eres de gracia el Señor es contigo masculla doña Fernanda, según su costumbre de rezar una oración cada vez que se acuerda de su madre. Co-

mienzan las enhorabuenas, las felicitaciones, los parabienes, las visitas de parientes y amistades. Más tarde, a los pocos días, la llamada telefónica del escritor que anuncia su propósito de publicar un reportaje en ABC. Mi Fabián, mi Fabianín de mi vida. Mire ésta, mire. Aquí está con un camarada de la Wehrmacht. La fotografía muestra a dos soldados, el uno vistiendo el uniforme de la Wehrmacht, el otro el de la División Azul. Sentadas a sus pies, sobre la hierba, tres niñas de corta edad, rubias, sonrientes. Al fondo casas, árboles. Mire esta otra foto. Aquí no se le ve a él porque fue quien la sacó. El reportero hunde su mirada en una aldea en ruinas humeante. Las calles están cubiertas de lodo, nieve, escombros. En la cuneta un carro de combate escorado. A la izquierda un nutrido grupo de mujeres y hombres, viejos y niños, con los brazos en alto bajo la custodia de soldados que apuntan sus armas hacia ellos. Mi Fabián, mi niño querido. Querida mamuchi: qué alegría me ha dado tu carta. El correo llegó ayer. Llega muy regular y muy puntual. Espero que a ti te llegue lo mismo. Me encuentro formidable de salud y de ánimo. El rancho es excelente y copioso. El tiempo es ya bastante frío pero aún no ha empezado el invierno ruso. No te preocupes por tu hijito, volveré pronto, mucho antes de lo que puedes imaginar. Vamos a acabar con la chusma roja más deprisa de lo que pensábamos. ¿Es en ésa donde dice que están bariendo a la chusma roja?, pregunta doña Fernanda a don Luis Reyes, quien levanta los ojos del arrugado papel. Sí, doña Fernanda, ésta es, sonrío solícito, precisamente estaba leyendo ese pasaje. Esta otra, murmura la

madre del héroe, fue su última carta. A los pocos días de escribirla... La madre del teniente Garciñana no puede continuar hablando. La punta de la nariz se le tuerce, los labios se le arquean, se le fruncen, se le hunden en la boca. Las lágrimas pugnan por asomar a sus ojos, sin lograrlo. Vamos, vamos, interviene dulcemente el reportero tomando las manos de la señora de Garciñana entre las suyas. Doña Fernanda las deja reposar allí unos instantes, abandonadas, como si no le pertenecieran, y finalmente las retira con una sonrisa de dolor. Acto seguido coge el collar de perlas, inseparable de su garganta, se lo lleva a la boca y comienza a chupar sus cuentas mientras don Luis Reyes vuelve a sumergirse en la contemplación de fotografías y en la lectura de cartas. Mamuchita querida: perdona a tu Fabianín esta última trastada que te ha hecho, pero es que tenía que alistarme, tenía que hacerlo, era para mí un deber de honor como español y como católico. Algún día lo comprenderás. Cuando regrese a España te voy a comer a besos, mamuchi. Te dejo, pues tenemos que hacer, dentro de muy pocas semanas te escribiré desde el Kremlin. Padre, me acuso de haber pecado gravemente. Dime, hijo, dímelo todo sin temor. Di, nuestro señor es justo pero también misericordioso hacia sus criaturas. Dime. ¿Es que has estado con mujeres malas? No, padre, no es eso, es otra cosa. Pues bien, hijo, adelante ¿de qué se trata? Pues que la semana pasada comulgué en pecado mortal. ¿Cómo ha sido, hijo? Me toqué la víspera de comulgar. ¿Cómo que te tocaste? Que me masturbé la noche anterior y me dio vergüenza el pedir confesión nuevamente.

Fabián, mi querido Fabián, yo te conozco bien y sé que tu alma es pura y limpia como el agüita que brota de las peñas de las altas montañas, le conforta el padre Ródenas. No en vano, continúa, te ha otorgado Dios el privilegio de tener por padre a ese gran caballero y por madre a esa santa mujer que tienes. Lo que ocurre, hijo mío, es que cuando se está, como en tu caso, atravesando la primera mocedad, se encuentra uno sujeto más que nunca a las flaquezas y debilidades de la carne. Los diez y siete años son una edad difícil incluso para los santos, excuso decirte lo que será para nosotros, míseros pecadores. De eso se aprovecha el demonio, pero lo único que importa es combatir sin tregua contra él. Fabián se encierra en su alcoba. Los veranos la familia Garciñana los pasa en su gran propiedad de Cantalapiedra. El padre de Fabián, don Diego Garciñana, también se encierra en su despacho. El campo de estío, oro y azul, escribe don Diego sobre la inmaculada carretilla. No, mejor tierra de estío, áureo alabastro. No, no. Manto de oro bajo virginal azul... El señor Garciñana llena sus ocios escribiendo prosas transidas de exaltación de la España inmortal, la acrisolada, la inmarcesible, la eterna, suele extenderse don Diego ante deudos y amigos, entraña metafísica de Europa, luz mística del mundo... Oro, acero y azul. Qué bonito te ha quedado ese último párrafo, exclama la señora de Garciñana. ¿Cuál? Ése que habla del acero, del oro y del azul. Ah, sí, no me ha quedado mal del todo. El señor Garciñana, se presenta bajo seudónimo y en el más riguroso incógnito al concurso literario promovido por la Caja de Ahorros Católica Provincial para premiar

el mejor trabajo en prosa sobre el tema La España Inmortal. El importe íntegro del premio, caso de que le fuera otorgado, don Diego piensa destinarlo al asilo de ancianos al que la institución bancaria presta su generosa y benefactora ayuda. Fabián se encierra en su enorme alcoba de altísimas paredes encaladas y techumbre de oscuras vigas barnizadas, estancia en la que, según se complace don Diego en relatar a todo el mundo, durmió una noche el duque de Wellington durante la Guerra de la Independencia. A través de la ventana, el pedregoso, triste campo agostado muestra su amarilla inmensidad como un mendigo una llaga. Fabián se arrodilla sobre un puñado de garbanzos que previamente ha esparcido por el suelo. Abre los brazos en cruz y comienza a musitar gangosamente la oraciones que don Cayetano le ha impuesto como penitencia. Lucha por mantener los brazos extendidos largo rato pero el dolor es cada vez más insoportable. Pensemos, niños, en Jesús clavado en la cruz entre los dos ladrones. Meditemos sobre los indescriptibles sufrimientos, los inenarrables dolores que sus brazos, sus manos, sus pies, habían de sentir. Los romanos utilizaban el suplicio de la crucifixión para... Sus compañeros de clase se distraen, hablan, cuchichean, mientras el hermano Pedro diserta acerca de Jesús crucificado. De pronto sus espesas, hirsutas, negrísimas cejas se arquean, el entrecejo acumula la contraída piel de la frente formando pliegues y bultitos, sus claros ojos giran a derecha e izquierda en rápido movimiento. Crispada, su mano derecha busca a tientas la gruesa regla de madera que yace sobre un ángulo del escritorio. La em-

puña, la alza, asesta un terrible golpe sobre la mesa y los alumnos se quedan inmóviles, mudos. Impíos, aúlla el hermano Pedro, más que impíos, os estoy hablando de Jesús clavado en la cruz y vosotros sólo sabéis prestar atención a vuestros juegos y chismorreos. Impíos todos y cada uno de vosotros, salvo Fabián, de quien deberíais tomar ejemplo. Queda castigada la clase entera durante una semana sin recreo. A la salida el hermano Pedro llama a Fabián a su lado. Hijo mío, cuánto me alegra ver que tú no eres como los otros, que tú tienes un alma pura. Gracias, hermano Pedro. No me des las gracias, hijo. Hermano Pedro, ¿le molestaría contarme de nuevo aquella historia del niño mártir al que los turcos atormentaron hasta la muerte? Pues claro que no me molesta, al contrario, ven más tarde a mi despacho, mi buen Fabián. Pero los brazos no resisten más, ni las rodillas. Padre nuestro que estás en los cielos... gime Fabián, y siente el incontenible impulso de levantarse, de bajar los brazos, de abrir la ventana, pero en su cerebro retumba la voz del hermano Pedro clamando: mas aunque la carne, conducida por el demonio, se rebele, hay que combatirla, hostigarla sin tregua a fin de recuperar la inocencia perdida. Los turcos, que vienen los turcos. Yo permaneceré junto a mi hermana pase lo que pase. Los infieles llegan, narra el hermano Pedro con su voz pastosa, grave, pegajosa como una mezcla de mostaza y miel, abusan, los párpados del hermano Pedro se abren de pronto tras haber permanecido cerrados durante buena parte del relato en un esfuerzo por concentrarse en la historia de la muchacha. ¿Qué es abusar, hermano?, pregunta

Fabián. Abusar es violar, hijo mío, violentar, forzar, deshonrar. Abusan, digo, de la pobre muchacha enferma y a continuación la degüellan con sus alfanjes entre risotadas de mofa y escarnio. Y en cuanto a su valiente hermanito, de sólo trece años, como tú, Fabián, lo apresan y le proponen la salvación de su vida a condición de que abjure públicamente de su fe católica, o de lo contrario morirá en el suplicio. Y ante la negativa del muchacho a abjurar de su fe, los sarracenos le azotan salvajemente y acto seguido le crucifican entre burlas y chanzas. La familia de Garcinana llega a Cantalapiedra a mediados de junio. Los capataces, las criadas, los mozos, ayudan a bajar de la baca del enorme Panhard las maletas, el baúl, los fardos, mientras el administrador, afable, obsequioso, saluda a los señores. Mira a Fabianín, qué alto y qué guapo está, dice la cocinera, mujer del pastor, a su hijo, tímido, receloso, agarrado a las faldas de su madre. ¿Acaso no te acuerdas ya de Fabianín, con lo muchísimo que jugasteis juntos el año pasado?, añade la mujer, deseosa de que su hijo y el señorito hagan buenas migas. Fabián mira al hijo del pastor y éste se arrima aún más a su madre. Hala, id a jugar por ahí un rato, exclama la señora de Garcinana con una sonrisa fatigada y distante. Vamos, haced lo que la señora os dice, les insta la cocinera. Los niños se adentran callados y con paso lento en el caserón. Fabián pregunta a Arturo qué curso de bachillerato está estudiando, a sabiendas de que Arturo sólo frecuentó durante tres años la escuela elemental del pueblo, lo suficiente para aprender un poco a leer y escribir y otro poco, como su madre dice, de números. Arturo

calla. Arturo, ¿cuántos años tienes?, le pregunta Fabián, a sabiendas de que Arturo es algo más pequeño que él. Suben al desván atiborrado de muebles en desuso, polvorientos, de aperos de labranza rotos, desvencijados, de baúles arrumbados, olvidados, llenos de nadie sabe qué. ¿Conoces la historia del niño mártir que atormentaron los turcos? Arturo niega con la cabeza. Fabián inicia el relato. Abusaron de su hermana, que estaba enferma. ¿Sabes lo que es abusar? Arturo niega con la cabeza. Pues que la violaron. ¿Sabes lo que es violar? Arturo niega con la cabeza. Pues que la deshonraron. ¿Sabes lo que es deshonrar? Arturo niega con la cabeza. Hay que ver qué bruto eres. Y después de deshonrarla la degollaron con sus alfanjes, y al niño, a su hermano, le cogieron, mira, así... Fabián coge a Arturo por los brazos y se los pone en cruz. Quítate la camisa. Arturo calla, y Fabián comienza a desabotonarle la camisa. Se la quita y la tira al suelo. El pantalón quítatelo también, a los que crucificaban los desnudaban ¿o es que tampoco lo sabes? Arturo calla. Tú es que no sabes nada. Los turcos le ataron con cuerdas al madero, así, por las muñecas. Fabián toma una soga que hay encima de unos cestos de mimbre. Arturo mira a Fabián acercándosele con la soga en la mano. Sus ojos, los de Fabián, brillan pero no miran, como los ojos de cristal de un muñeco de trapo. Arturo reúne todas sus fuerzas, le pega con el puño en la cara, le da un empujón, se sube rápidamente los pantalones y echa a correr escaleras abajo. Fabián, caído en el sucísimo suelo del desván, se palpa los doloridos labios. Niños, ¿dónde estáis? ¿dónde os habéis metido?, oye gritar a su

madre desde la planta baja del caserón, y piensa que cuando le vea manchado de polvo y telarañas le reñirá. Se levanta, comienza a descender las escaleras. La camisa de Arturo yace sobre las carcomidas tablas, al pie del baúl, blanca paloma herida, agonizante. El dolor de los garbanzos clavándosele en las rodillas alcanza su punto culminante. Fabián deja de rezar, se tira al suelo. Su penitencial autosuplicio termina como de costumbre, y acto seguido Fabián se aplica a la tarea de eliminar con un paño la mancha de esperma sobre los encerados tablonés del suelo de su alcoba, y después abre los postigos. La luz de la tarde, como un gran alarido, como un súbito acorde de órgano resonando con toda su potencia en las naves vacías de una catedral, le golpea y aturde. Laureado, mi Fabianín laureado. Don Diego Garciñana grita que España está a punto de convertirse en una nación bolchevique. El señor Ulloa, propietario de la más prestigiosa sastrería de la capital y afiliado a Falange desde su fundación, asiente enérgicamente con la cabeza. La entraña metafísica, asiente enérgicamente con la cabeza. La entraña metafísica de nuestra patria, prosigue don Diego, acalorado y vibrante, quedará irremisiblemente destruida si nos inhibimos, si desoímos la llamada del deber. Muy bien dicho, exclaman a un tiempo el comandante de la Guardia Civil y el alcalde de una de las cabezas de partido más importantes de la provincia. La reunión se celebra en la casa de don Diego Garciñana en Cantalapiedra, a primeros de junio del treinta y seis. Las cajas con los cien mosquetones y su munición están detrás del altar mayor, declara don Cayetano Ródenas,

cura párroco de la iglesia de Cantalapiedra y director espiritual de la familia Garciñana. Mire usted, mire, aquí están oyendo misa de campaña, allá en Rusia. Mi Fabián, por si no lo sabía usted, hizo la Cruzada como alférez. Se distinguió mucho en todos los frentes, pero sobre todo en el Alto de los Leones. Fue mencionado en la orden del día más de una vez. Tan jovencito, tan joven como era. Sólo tenía veinte años, babea doña Fernanda, tendiendo una fotografía de su hijo a don Luis Reyes. Encomendado el mando de la sección de asalto del batallón de granaderos número ciento nueve al teniente Fabián Garciñana Liñán, lee don Beltrán a su hermana, pues ésta se encuentra tan conmovida por la tan anhelada y largamente esperada noticia que le resulta imposible arreglárselas para leer ella misma el capítulo de recompensas del Diario Oficial, inicia su actuación el mismo día en que las fuerzas llegan a la línea del frente, efectuando reconocimientos en zonas de vanguardia e intentando algún que otro golpe de mano por sorpresa. En ésta está con Mariluz, su novia. Se pensaban casar en cuanto mi Fabián regresara de Rusia. Doña Fernanda muestra al reportero una fotografía. Mariluz, sabe usted, era una chica muy buena, muy como Dios manda, comenta con emoción la madre del laureado. Para la pobre muchacha la noticia de la muerte de Fabián fue un golpe terrible. El reportero asiente, grave, con un gesto de sus cejas y sus párpados. La familia de ella era gente de lo mejor, y ella una chica tan decente, tan alegre, tan de su casa, tan religiosa, en eso igual que Fabianín, que también era muy religioso, y alegre, y deportivo, un alma

pura. Mire, ay ¿dónde estará la foto? Tengo que encontrarla para que la vea. Tomada durante una capea en Salamanca, en el invierno del treinta y ocho. Fue una fiesta inolvidable, en nuestra finca de reses bravas. Asistieron muchos camaradas de Fabián, había hasta oficiales italianos, alemanes, marroquíes, dos rumanos que eran muy simpáticos y que, por cierto, murieron en la Cruzada, y había también portugueses y un señor norteamericano, con su esposa, que residía en la capital y que era el representante de la compañía petrolífera que facilitaba el carburante con el que se movían nuestros ejércitos, nuestra aviación. Era un señor muy importante y muy simpático. Todos salieron a torear las vaquillas con entusiasmo. A un capitán alemán le enganchó el torito por la guerrera y se la hizo trizas. Los italianos toreaban mejor que los alemanes. Hacía un frío que no quiera usted saber. Estábamos todos acurrucaditos en las gradas de la placita. El viento helado, doña Fernanda pone una boquita de pez y hace uuuuu, uuuuu, estaba más bravío aún que las mismísimas vaquillas. Cortaba. Literalmente cortaba, uuuuu, uuuuu, a pesar del sol que hacía. Dispara, que se escapa, ahí va, detrás de esas piedras. ¿Pero es que no le véis?, vocifera el cabo a los dos números de la Guardia Civil a sus órdenes. Que se escapa. Alto, alto, brama. Comienzan los disparos. A raíz del triunfo de la sublevación en la provincia, don Diego Garciñana cursa la correspondiente denuncia contra Arturo García y García. Arturo García y García, de oficio braceero, eventualmente contratado, si bien a veces por largas temporadas, para faenar en la finca Los Cuclillos, pro-

piedad de don Diego Garciñana González, natural de Palencia y residente en Salamanca... Dispara. Tira de una vez, que se escapa, se desgañita el cabo dirigiéndose al número que está al lado suyo apuntando con su mosquetón, mientras él hace fuego con su revólver. El susodicho Arturo, en quien concurre la circunstancia de que sus padres, ya fallecidos, estuvieron empleados en la propiedad del denunciante, estaba afiliado a la CNT, y de él se sospecha sea el autor del incendio ocurrido en las cuadras y establos para ganados y caballerías sitios en la mencionada finca la noche del veintiséis al veintisiete de julio de 1936, habiendo el citado Arturo desaparecido subsiguientemente al incendio, resultando infructuosas las pesquisas que se llevaron a efecto a fin de dar con su paradero. Arturo no está en su domicilio. Su mujer es detenida e interrogada. No quiere soltar prenda, o quién sabe, piensa el sargento al mando del puesto de la Guardia Civil y encargado del interrogatorio, si será verdad que no sabe nada, porque otras, comenta con sus subordinados, con una paliza menos grande han cantado hasta la Verbena de la Paloma. Los subordinados del sargento dan a éste la razón y echan una furtiva mirada hacia el rostro amoratado, hinchado, irreconocible de la mujer de Arturo. Ahí va, que se escapa, alto, alto, mira que te asamos a tiros si no te entregas, grita el cabo. Arturo corre entre los toros, brinca por encima de los matorrales, cae de bruces y patina con todo su cuerpo sobre el cristal de los grandes charcos helados. Alguno de los animales, empavorecido por los estampidos de los disparos, emprende súbita carrera seguido por parte

de la manada. Arturo se tuerce un pie. Ya es imposible la huida. Los guardias caen sobre él, lo agarran por el pelo, por los pies, le ponen las esposas. Con las manos a la espalda es conducido al cuartel del pueblo, pero antes pasan por la casa de los Garciñana. Buenas noches, y ustedes dispensen que les molestemos a estas horas, pero es que hemos cogido al individuo éste, y como teníamos que pasar por delante de su casa para llegar al cuartel, pues me he dicho, digo: así lo identifica don Diego. Nada de molestia, al contrario, responde don Diego al guardia civil mientras hace un lazo con el cordón de seda que ata a la cintura de la gruesa bata de invierno que se ha puesto al salir de la cama. Es él, vaya si lo es, el mismísimo hijo de perra. Arturo es rubio, pequeño, delgado, fuerte. Sus claros ojos, hundidos en cuencas oscuras como barrancos, miran al señor Garciñana con altivez, con odio. Hijo de perra tú, grita con todas sus fuerzas, y le escupe a la cara. Fabián surge de detrás de su padre. Se adelanta a todos, a los guardias, a don Diego, a los tres capataces y dos mozos de cuadra que se le echaban ya encima, le agarra por el cuello de la pelliza y lo arrastra fuera del umbral. Los civiles no saben si intervenir o no. Don Diego lanza una mirada de amor y de orgullo hacia su hijo, a quien dentro de tres días se le acaba el permiso y ha de partir de nuevo para el frente. Fabián comienza a propinar patadas a Arturo, como poseído por una furia demencial. El bracero yace sobre los escalones de piedra que dan acceso a la entrada principal de la casa. Fabián busca la cara, los testículos, el estómago. Transcurren largos minutos. Finalmente el cabo se decide a interve-

nir. Bueno, ya está bien, don Fabián, compréndalo usted, dice suavemente, respetuosamente, tratando, en vano, de sujetarlo, de apartarlo, del caído. Nuestra obligación, añade, insiste con acento persuasivo, es llevarnos a este pájaro al cuartel. Fabián, mi Fabianín de mi vida, llora doña Fernanda alargando un haz de fotografías a don Luis Reyes. Fabián no escucha, no oye. Por último tienen que intervenir todos para sujetarlo e impedir que mate a Arturo, a quien los guardias se apresuran a llevárselo tomándolo cada uno por un brazo y cargándolo al hombro, saco inerte, vacío, ensangrentado. El once del mencionado mes, tras denodado combate al frente de su sección de asalto, el teniente Fabián Garciñana Liñán es el primero en entrar en la aldea de... bueno, un nombre de esos rusos que no sé cómo se pronunciará, advierte a su hermana don Beltrán... posición cuya captura es esencial para la prosecución del avance de nuestras fuerzas. Mi Fabianín, mi hijito querido. Mamuchi, ayer te escribí una carta pero hoy vuelvo a hacerlo, para que veas que soy un niño bueno que se acuerda mucho de ti. El avance continúa, estamos barriendo a los rojos. Ayer hemos ocupado un pueblo muy importante. El teniente Garciñana queda encargado, por orden de la comandancia, de formar los pelotones que al amanecer han de pasar por las armas a la totalidad de los prisioneros, a excepción de los menores de diez años. El teniente Garciñana se cuadra y hace sonar los tacones de sus botas arrancándoles un seco repique, casi metálico, esas botas que Gil, su asistente, el hijo de uno de los capataces de la finca paterna, le lustra, embetuna y cepilla todas

las mañanas con esmero. A la hora prevista el teniente Garciñana lo tiene todo a punto. Cuesta trabajo separar a los niños más pequeños del resto de los prisioneros. Imbéciles, piensa el teniente, esto os pasa por resistir a soldados. Sus superiores se lo han explicado: no se puede tolerar que un puñado de civiles mate a dos de nuestros hombres a traición, por la espalda, cuando la ciudad estaba ya ocupada. Es preciso hacer un escarmiento, de lo contrario nuestro prestigio sufriría serio menoscabo. Malditos, masculla el teniente Garciñana, ¿qué estarán diciendo en su endiablada lengua?, se pregunta mientras él y sus hombres reparten culatazos tratando de llevarse a los que tienen que fusilar. Estarán, supone, llamando puta a mi madre en su condenado idioma. Mamuchi, mamuchita de mi alma. La luz surge tímida, remisa, gris, azul, tras las húmedas cortezas de los árboles. El bosque emerge poco a poco. Fuego. Las ametralladoras tabletean, los cuerpos se desploman. Una escuadrilla de la Luftwaffe ruge a gran altura hacia el nordeste. El teniente Garciñana se va a la tienda de campaña a desayunar y a escribir una carta a su madre. Papá, quiero ser misionero. Un día Fabianín se acercó a su padre y ¿sabe usted lo que le dijo? Pues le dijo: papá, quiero ser misionero en África. ¿Sabe usted cuántos años tenía entonces? Catorce, sí, catorce recién cumplidos. No, espere, eran quince. Papá, le dice a su padre, quiero ir a convertir a los infieles. Y mi marido, que en paz descansa, ¿sabe usted lo que le contestó? Don Luis Reyes prepara la estilográfica cerniéndola sobre el bloc que apoya encima del muslo izquierdo cruzado sobre el derecho. Pues le con-

testó: no hace falta, hijo, que te vayas tan lejos, a África o a Asia o a Oceanía, para convertir infieles. Aquí en España los hay a montones. No son negros, sino rojos, y habría que convertirlos a todos, ya lo creo que sí, convertirlos en coladores a balazo limpio. El reportero ríe. Doña Fernanda se atraganta. El sorbo de infusión de tila con que ha rematado la anécdota se le ha ido por la tráquea. Permítame. El señor Reyes se levanta y da unas palmaditas en la espalda a doña Fernanda. El teniente Garciñana piensa en su madre y en su novia, ambas vestidas con traje negro largo, de raso, peineta y mantilla, por las calles de la ciudad, el Jueves Santo, un clavel blanco prendido en el pelo. Las iglesias huelen a tiniebla, a cirio, a temblor. Las imágenes tapadas con paños morados se comunican con Fabián en un lenguaje privado, sólo inteligible para Fabián y para ellas. Fabián, tú eres de los elegidos, susurran tras los mantos cárdenos cubiertos de bordados o brocados. Tú posees el espíritu recio, heroico, que la Patria necesita para arrancar de raíz a la chusma que quiere destruir su entraña metafísica. No, yo soy impuro, soy indigno de empuñar la espada redentora, responde Fabián. Eres el más digno entre los dignos, replican las vírgenes, los cristos crucificados, los cristos yacentes, los cristos atados a la columna, los cristos en el sepulcro, los cristos resucitados, los santos anacoretas, los niños mártires, los santos atormentados por los sarracenos, desde sus pedestales de madera o de mármol, desde sus hornacinas de escayola, bajo sus sombríos sudarios. Tu espada te purificará de tus pecados, te hará fuerte frente a las flaquezas de la carne. El

teniente Garciñana, carraspea don Beltrán, solicita reiteradamente de sus superiores el honor de ser destinado a primera línea de fuego, formando parte de las secciones de asalto que han de atacar las posiciones enemigas. Concedida su demanda, llegado el momento se lanza al combate a la cabeza de sus soldados, y, tras un despiadado cuerpo a cuerpo, el teniente Fabián Garciñana Liñán cae literalmente sobre las bayonetas del enemigo, encontrando así gloriosa muerte, como consta en su hoja de servicios. Doña Fernanda llora sobre el hombro del periodista, quien también siente en sus ojos el escozor de las lágrimas que pugnan por brotar. Oleadas de aviones rugen hacia el nordeste. El gran bosque emerge poco a poco, gris, de la incierta penumbra de la aurora. Los invitados a la fiesta, sin excepción, expresaron a don Luis Reyes su enhorabuena por la feliz idea que había tenido de escribir un artículo acerca del laureado teniente Garciñana, mostrándose deseosos de leerlo en el ABC. Ve recogiendo las copas y los vasos que puedas y llévatelos a la cocina, dijo la señorita Carolina a Soledad. Era ya muy tarde y los invitados iniciaron su desfile de despedidas. A las tres y media de la madrugada se habían marchado ya todas las personas que no eran de la familia, pero aún quedaban los gitanillos y el guitarrista. Entonces, y a requerimiento de don Julio, que le hizo una seña para que se acercase y se sentara a su lado, la gitana se puso a entonar una copla, arrodillándose a los pies del sillón que ocupaba don Julio, quien se había abierto el cuello de la camisa y desanudado la corbata. El guitarrista, a varios pasos de distancia, punteaba sobre las

cuerdas del instrumento con un levísimo toque de sus uñas, las cuales urdían un encaje sonoro cuya mórbida trama anegaba por momentos el aire del salón enturbiado por el humo del tabaco y enrarecido por el olor residual a vinos y canapés. La cantaora, con los ojos cerrados y las manos abiertas y colocadas paralelamente a sus sienes, se puso a cantar con voz tenue, la boca y el entrecejo fruncidos, como si estuviera sollozando. Don Julio se echó a llorar. Lloraba en silencio con aquel canto que hablaba de un hombre muy bueno a quien su mujer había engañado con otro, y de cómo el marido había matado a la adúltera y a su amante. Don Julio lloraba hundido en su poltrona preferida, de cuero negro, mate, frío. Era un llanto avergonzado, incontinido, irremediable. Don Luis Reyes también lloraba disimuladamente, con una mano extendida a modo de pantalla delante de los ojos, como si una luz le deslumbrase, sentado en otro sillón de los varios que había diseminados por la estancia. La copla concluyó. Don Julio se rehízo algo de su emoción y despidió a los flamencos retribuyéndoles espléndidamente por su trabajo. Los gitanos se marcharon echándole bendiciones y buenos augurios. A continuación, don Julio ordenó a la señorita Carolina que se fuera a acostar. La señorita Carolina besó la mejilla de su padre y se retiró inmediatamente a su habitación, no sin antes dar a Soledad las últimas instrucciones acerca de lo que tenía que hacer antes de acostarse ella también. Don Luis Reyes se marchó igualmente a su dormitorio pocos minutos más tarde, tras haber dado las buenas noches a su padre con otro beso en la mejilla. Soledad terminó de

recoger los vasos, las copas, los platos y los ceniceros y se los llevó a la cocina. En el cerebro de don Julio se agolpaban las imágenes que le invadían siempre que abusaba del alcohol. Imágenes de su juventud. Se avecinaban malos tiempos, pero los tenebrosos nubarrones no eran visibles aún, había de reconocer años más tarde don Julio, salvo para las mentes privilegiadamente claras y agudas, como la de su padre, quien desde siempre no se cansaba nunca de advertir a todo el que quería escucharle contra los peligros de una política de tolerancia y de mano blanda con los obreros. Hay que tener mano dura, hay que responder con contundencia a cualquier desplante, a cualquier coacción, la mano dura es el único lenguaje que entienden las gentes de esa ralea, repetía sin tregua el padre de don Julio Reyes, sobre todo a raíz del triunfo de los bolcheviques en Rusia, cuya noticia le había conmocionado, le había quitado el sueño durante noches y noches, mientras, en su círculo de amistades y parientes se restaba importancia al acontecimiento o no se le daba en absoluto. Vamos, don Ramón, no exagere usted que la cosa no es para tanto. A los bolcheviques esos pronto les darán su merecido los ejércitos europeos, le decían sus amigos. No, esta vez la cosa va en serio, replicaba el padre de don Julio, esta vez se trata de la instauración del socialismo comunista, de la abolición de la propiedad privada. Y si no al tiempo, ya lo veréis y me daréis la razón. La tierra, las fábricas, las mujeres, serán propiedad pública, todo será de todos, sentenciaba, agorero, don Ramón Reyes. Quienes le escuchaban sonreían, a veces, incrédulos, pero otras fruncían el ceño y

se sumían en meditaciones sombrías. La boda de don Julio Reyes con Juanita, su prometida, había coincidido con la toma del poder por parte de los bolcheviques en Rusia. Hasta ese instante, don Julio, desde el comienzo de la conflagración europea, había residido en Barcelona, donde se hallaba al frente de la oficina de exportación que canalizaba la venta de los productos agrícolas de las grandes fincas que su padre poseía en Andalucía y Murcia. El conflicto bélico había propiciado un insospechado incremento en los ingresos de la familia Reyes, pero a partir del primero de marzo de 1917, en que los Imperios Centrales declararon el bloqueo marítimo al tráfico con Inglaterra, Francia e Italia, las cosas empezaron a torcerse, y don Julio, a instancias de su padre, adelantaba la fecha prevista para el casamiento y regresaba a Málaga a fin de tomar las riendas de la totalidad de los negocios familiares, relevando a don Ramón, viejo y cansado ya tras los esfuerzos que había realizado en los últimos años por amasar una ingente fortuna aprovechando la situación favorable originada por el conflicto armado europeo. Durante los primeros meses de su estancia en Barcelona, don Julio había residido en un hotel de las Ramblas. Los catalanes le producían admiración por su laboriosidad y sensatez. Los respetaba casi tanto como a los alemanes, que eran sus ídolos, pero sin embargo no podía sufrir el oírles hablar en catalán, aquel dialecto, aquella jerga, pensaba, espantosa e incomprensible. Por otro lado, la gran ciudad le atraía tanto como le atemorizaba. En ella se sentía libre, pero al mismo tiempo vulnerable. Una noche, cuando se dirigía desde su hotel

hacia un café no muy lejano en busca de Rosario, una chica habitual del mismo con la que acostumbraba a desfogar sus, como él gustaba de decir, bajas pasiones en una habitación de la calle de Conde de Asalto, unos desconocidos habían abierto fuego contra él con sus revólveres. Los agresores viajaban en un automóvil que rodaba a gran velocidad Ramblas abajo. Don Julio había divisado el coche desde cierta distancia y, llamándole la atención justamente su indebida velocidad, que a punto estuvo de costar a sus ocupantes la colisión primero con un tranvía y unos momentos más tarde con un carro tirado por dos caballerías, se paró junto al bordillo de la acera para observar la espectacular y vertiginosa carrera. Cuál no sería el estupor y sobresalto de don Julio cuando, al pasar el vehículo frente a él, pudo ver los fogonazos brotar en el oscuro marco de la ventanilla y oír las detonaciones y hasta el silbido de las balas. Se tiró, despavorido, al suelo, y tras unos instantes de aturdimiento y pánico percibió a sus espaldas los alaridos de dolor que lanzaba una mujer tendida en el pavimento, la cual sujetaba con ambas manos un punto en el muslo izquierdo de donde manaba abundante sangre que empapaba y teñía por momentos la tela de su falda. Un hombre de mediana edad yacía unos metros más allá, en las últimas convulsiones y estertores de la agonía, alcanzado de lleno en el pecho por varios impactos. Una equivocación. Un error. Tenía que tratarse por fuerza de un error de los pistoleros, pensó. Él no era un hombre conocido, él no tenía enemigos. Ni siquiera era catalán, no era uno de aquellos bravos empresarios catalanes, propietarios de

fábricas, de talleres, de negocios, frecuentes víctimas del rencor, del resentimiento de sus obreros corroídos por la envidia y minados moralmente por las ideas materialistas en boga, lo que a menudo provocaba el que sufrieran criminales atentados. Rosario se mostraba de acuerdo: tenía forzosamente que tratarse de una equivocación. El cuarto era húmedo y oscuro, empapeladas sus paredes con un diseño de caza mayor en tonos verdosos, un ciervo perseguido por una jauría. Sobre el mármol de la mesilla de noche había una botella de agua y dos vasos. Los blancos, poderosos muslos de Rosario se dibujaban, fríos, nítidos, sobre la colcha que reproducía el mismo diseño del empapelado de las paredes en un verde más suave y desvaído. Don Julio, nervioso, cejijunto, concomido por la zozobra, permanecía aquella noche insensible a los encantos de Rosario, quien había encendido un cigarrillo y se lo fumaba parsimoniosamente mientras escuchaba una y otra vez el relato del suceso y se esforzaba por tranquilizar a su asiduo cliente mostrándose convencida de que no se podía tratar sino de un error. Pero don Julio tenía clavada en el recuerdo la imagen del hombre caído sobre la acera encharcada con su propia sangre, y pensaba que, por su aspecto, no podía ser el verdadero blanco de unos pistoleros que atacan desde un automóvil a toda velocidad. El muerto parecía un obrero, a lo sumo un empleado. Resultaba difícil creer que hubiera sido el objetivo de los malhechores, aunque también es cierto, pensaba don Julio, que a veces los patronos se veían obligados a defenderse utilizando los mismos medios que sus atacantes. Pero la cosa no estaba

clara. La inquietud y la angustia se adueñaron del ánimo de don Julio, quien decidió abandonar el hotel y alquilar un pequeño piso en la ronda de San Pedro, así como no volver a frecuentar la compañía de Rosario ni aventurarse más allá del Liceo. Llevado por un arrebató de lo que más tarde calificaría de insensata sinceridad, fruto de las profundas gratificaciones que a menudo había hallado en su comercio sexual con Rosario, hacia la que había llegado a sentir una oscura mezcla de ternura y desprecio, don Julio le había confiado algún que otro dato acerca de sus actividades profesionales, y si bien cuando a raíz de un frustrado intento de descerrajamiento de la puerta de su oficina, que la providencial aparición de un sereno había logrado impedir, no había llegado a albergar sospecha alguna respecto a Rosario, hasta el extremo de relatarle el suceso, ahora le atormentaba la duda de si los pistoleros de las Ramblas no estarían confabulados con ella en persecución de tenebrosos fines. Una vez efectuada la mudanza al piso de la ronda de San Pedro, y ya con los ánimos serenados, don Julio pensó que tendría que buscar algún objeto de satisfacción de sus bajas pasiones, el cual, se dijo, muy bien podría ser Nuria, una de las dos mecanógrafas, la más joven y agraciada, que tenía empleadas en su oficina. Nuria, muchacha perteneciente a una respetable familia de la baja clase media barcelonesa, quien se había puesto a trabajar tanto por necesidad económica como por un anhelo de emancipación personal y espíritu de modernidad, era esbelta, morena, hablaba y escribía correctamente el francés, y no se había mostrado reacia a dejarse invitar

al teatro o a cenar alguna noche por su jefe. Cuando, en una de tales ocasiones, don Julio se decidió a declararle una pasión que, si bien en su formulación retórica no respondía a la realidad, sí, en cambio, respondía a unos designios y necesidades reales, Nuria se mostró acogedora y dulce, llegando incluso, ante la sorpresa del propio don Julio, a subir al piso de la ronda y pasar la noche con él. Pese a la honda satisfacción y halago que le produjeran la prontitud y el éxito con que se habían visto cumplidos sus deseos, a medida que pasaban las semanas y comprobaba que poco a poco Nuria se constituía en algo que se asemejaba mucho a una esposa, don Julio se puso en guardia, pues en Málaga le esperaba Juana, su novia, aquella mujercita tan guapa pero sobre todo tan como Dios manda, tan decente, tan incapaz de haber hecho jamás lo que Nuria había hecho con él, y que si con él lo hacía, reflexionaba don Julio, podía igualmente hacerlo con cualquier otro. ¿Pero cómo, se decía muchas veces don Julio, era posible que una chica tan aparentemente normal, una chica que vivía con su familia, que no pasaba hambre, aceptase sus proposiciones e incluso subiera aquella misma noche a su piso, se desnudara delante de él y permitiese que él le hiciera todas aquellas guarrerías? Y es más, argumentaba don Julio para sus adentros lleno de estupor, no solamente le hubiese permitido hacerle las guarrerías, sino que hasta parecía que le gustaba que se las hicieran, incluso que se volvía loca de gusto. Qué abismal diferencia, reflexionaba don Julio reconfortado, con Juana, quien pese a estar formalmente prometida en matrimonio con él jamás había tolerado

que le metiera mano, siempre le había rechazado con el mismo mohín entre severo y comprensivo, entre escandalizado e indulgente con que una madre reprende a un niño travieso. Y es que Juanita, concluía don Julio, es una mujer como Dios manda, una mujer que gobernaría el futuro hogar con esmero, con dedicación, con entrega. Todo estaría limpio y ordenado, cada cosa en su sitio. Sus hijos, los que su mujercita le daría, crecerían alegres y estudiosos, se harían hombres de bien, o mujeres como Dios manda, como su propia madre, como su Juanita. Mi Juana que no me deja que la toque, pensaba muchas veces don Julio en largos y callados soliloquios, que cada vez que hago un viaje a Málaga y salimos a pasear y, excitado por su cuerpo, por lo que me atraen sus coquete-rías, porque Juana es coqueta, eso no es posible negarlo, y me atrevo a echarle un tiento a las caderas, al talle, me da un empujón, se pone muy seria y me riñe, me dice que qué me he creído, que si pienso que ella es una cualquiera, y que me espere a que estemos casados. He aquí un problema que ocupaba de forma cada vez más obsesiva la mente de don Julio: el de qué sucedería cuando su novia y él estuvieran casados. Si, razonaba don Julio, la única barrera que se alzaba contra la satisfacción de sus deseos hacia su prometida era el hecho de que aún no les unía el vínculo matrimonial, una vez establecido éste podría hacer con ella cuanto se le antojase, le podría tocar los pechos, los muslos, todo, absolutamente todo, a su capricho, a su placer, sin que ella pudiera protestar, sin que pudiera reñirle, sin que pudiera negarse a sus apetencias, puesto que entonces sería suya, le pertenecería,

y esto la llevaría no sólo a no rechazarle sino a estar deseando que sus manos la tocasen. Deseando. He aquí el punto crucial de los razonamientos de don Julio, zona oscura que le sumía en la zozobra y la perplejidad, pues, se decía, ¿cómo una mujer como Dios manda puede gustar de verse convertida en objeto de esas cochinas que a los hombres nos gusta hacer? Cosa disculpable en nosotros, comprensible, ley de vida, ley natural, cosa de hombres. Ahora bien, continuaba razonando don Julio, si una vez casados, y por el mero hecho de estarlo, todo cambiaba en Juanita hasta el extremo de que pasaba a desear aquello de lo que antes abominaba, es decir, el verse sometida a los deseos de un hombre, que no otra cosa, al fin y al cabo, era su marido, por muy marido que fuese ¿cómo estar seguro entonces de que no deseara igualmente verse sometida a los deseos de otro hombre, de otros hombres? Esta idea llenaba a don Julio de turbación, sobre todo cuando ante sus asombrados ojos se imponía la evidencia del placer con que Nuria, siendo, como incuestionablemente era, una mujer no profesional, no prostituida, no ya consentía el contacto carnal con su amante sino que incluso lo buscaba y provocaba. Claro que, concluía don Julio, Nuria no era una mujer como Dios manda en el sentido estricto y cabal de la palabra. Ciertamente que era una chica de familia, pero no era una mujer de su casa: había preferido el trabajo, la libertad, el hacer lo que le diera la gana, y ello, irremediabilmente, por ley natural, acabaría hundiéndola en la perdición. ¿Qué haría Nuria, por ejemplo, cuando él se casase con Juana? Pues buscarse otro hombre, pasar de

mano en mano. Pero acaso Juanita, se detenía a pensar don Julio, aterrorizado, en el curso de sus razonamientos, encontrase también placer en que las manos de otro hombre la tocaran, en que los labios de otro hombre la besaran, en que, y este pensamiento era ya insufrible, le provocaba un súbito pánico, la picha de otro hombre la penetrara. O quién sabe si, y aquí el pánico se trocaba en una mezcla de náusea e indignación, fuese ella misma quien con sus manos, con su boca, se complaciera en inmundos juegos, como la propia Nuria. Pero, ¿y si, por el contrario, Juanita aborrecía la concupiscencia aún después de casada, se interrogaba don Julio, pese a estar nuestra unión debidamente santificada por la Santa Madre Iglesia? Si ello sucedía cabía esperar que siguiera rechazándome, prohibiéndome que la tocara. Pero no, Juanita era una mujer como Dios manda y en consecuencia sabría hacer de tripas corazón y desempeñar su papel de esposa en todos los terrenos, incluido el necesario aunque penoso tributo a las bajas pasiones del hombre. No había por qué preocuparse. Ella misma se lo solía decir: espera a que estemos casados. No existía motivo de inquietud. Y sin embargo don Julio Reyes se sentía desasosegado. Con el tiempo, sus relaciones con Nuria habían adquirido un carácter casi conyugal. Prácticamente vivían juntos, aunque no de una manera abierta y oficial. Nuria desconocía la existencia de la prometida de su amante, y éste se hallaba tan encaprichado con la muchacha que en alguna ocasión incluso le llegó a asaltar la idea de romper con su novia y casarse con Nuria, ocurrencia que, no obstante, tuvo la, a su propio juicio, sufi-

ciente lucidez como para desechar de inmediato por insensata. Sus dilemas y zozobras iban, sin embargo, a encontrar un súbito e insospechado fin una mañana a últimos de julio del año mil novecientos diecisiete, al desaparecer la mecanógrafa Nuria Gilabert y, con ella, una importante cantidad de dinero que se guardaba en la caja de caudales de la oficina. Don Julio, tras hacer alguna indagación por su cuenta y recibir confirmación por parte de la familia de la muchacha de que ésta había desaparecido, acudió a la policía, a la que, no sin antes rogar la mayor discreción y reserva al respecto, reveló las dos clases de vínculos que le unían a la chica. Los policías, a su vez, revelaron a don Julio que Nuria Gilabert Blanch era hija de un maestro de escuela conocido y fichado por sus ideas y actividades anarquistas, y que si bien contra ella hasta la fecha no había existido cargo alguno, su padre había estado preso en diversas ocasiones debido a sus tejemanejes clandestinos y revolucionarios. Todavía se hallaba don Julio bajo el desolador efecto de las revelaciones policíacas, cuando estalló en Barcelona la huelga general. Con el ánimo abatido y lleno de temores, don Julio se encerró en su piso de la ronda de San Pedro a aguardar el desarrollo de los acontecimientos. Sus propósitos, tras la desaparición de Nuria y el robo de la caja de caudales, habían sido los de volver a Málaga y relatar a su padre con exactitud y sin tapujos lo sucedido, en la seguridad de que éste, pese a la muy probable reprimenda, sabría mostrar comprensión hacia las flaquezas de su hijo en cuestión de faldas. Pero la situación política y social se había deteriorado vertiginosamente en toda

España. En Barcelona, el trece de agosto algunos tranvías salieron de las cocheras y circularon conducidos por soldados. Don Julio, atisbando con cautela por una esquinita de la ventana, escuchaba los tiroteos que se originaban con frecuencia, y a veces llegó a ver con sus propios ojos a los que en la calle abrían fuego con revólveres o escopetas contra un tranvía que, raudo y fantasmal, descendía desde la plaza de la Universidad. Las jornadas subsiguientes fueron de total paralización de la vida en la ciudad, y don Julio, a quien se le terminaron las provisiones almacenadas en la despensa, llegó a pasar hambre encerrado entre aquellas paredes cargadas de recuerdos de Nuria, sin atreverse a salir en busca de alimentos. Pero lo peor no era el hambre sino el oscuro terror que don Julio sentía a verse atacado en su propio domicilio. Cualquier ruido, cualquier rumor en la escalera, cualquier voz o susurro, especialmente de noche, bastaban para hacerle imaginar que alguien venía, Nuria acaso, a buscarle para acabar con su vida a tiros o a cuchilladas. Nada sucedió, sin embargo, y, concluida la huelga general, cuando se disponía ya a emprender viaje a Málaga, don Julio recibió una comunicación de la policía rogándole que al día siguiente se presentase al comisario Millán. El comisario le informó de la captura de la banda a la que pertenecía Nuria Gilabert, de la recuperación de parte del dinero robado en su caja de caudales, y de la muerte de la muchacha, a quien le había estallado una bomba de fabricación casera antes de depositarla, como eran sus propósitos, en Capitanía General. Una vez que el comisario le hubo proporcionado estos datos, así

como otros pormenores que la policía había logrado averiguar acerca de la vida y las actividades de la exmecánografa y amante de don Julio, éste partió hacia su ciudad natal con el ánimo tenebrosamente ensombrecido. Por todas partes veía terroristas confabulados contra su hacienda y su vida, pero a los pocos días de su reencuentro con Juanita, la simple presencia de su novia, el simple sonido de su voz inocente y alegre le devolvieron la calma y la confianza perdidas. Don Julio se sentía más dichoso que nunca de poseer una novia tan maravillosa, y cuando paseaba con ella del brazo por las alamedas y las calles de Málaga pensaba, ilusionado, en el porvenir que les aguardaba, un porvenir de hogar, de hijos, en negocios prósperos y recompensadores de los esfuerzos puestos en ellos, un porvenir dorado, brillante, inefable como aquel sol que les acompañaba en sus paseos desde lo alto, y que semejaba una moneda de oro colocada en el cielo por la mano de Dios para mostrar mejor a sus hijos el camino a seguir en la vida, gran moneda celestial que, ejemplarmente, describía impertérrita su diaria parábola hacia la hucha de poniente. El relato que don Julio había hecho a su padre sobre los acontecimientos barceloneses había hallado en éste una comprensión mayor aún que la esperada por el propio protagonista de los mismos. La principal preocupación del padre de don Julio se centraba en los ominosos presagios de una revolución en España cuya índole y alcance fueran similares a la que acababa de triunfar en Rusia, y cuyo posible desencadenamiento lo juzgaba no muy lejano. Es absolutamente necesario, comentaba don Ramón Reyes con su hijo y

con un grupo de amigos y asiduos contertulios de los salones del Círculo Mercantil, prepararse para abortar la revolución, para prevenirla e impedirla, y en última instancia para combatirla y derrotarla. Muy bien, pero ¿cómo lograrlo?, le preguntaban sus interlocutores. Con inteligencia, con astucia y sobre todo con espíritu de sacrificio, contestaba don Ramón. Y más que nada, añadía, depositando en los militares patriotas la confianza que se merecen y apelando también a su propio espíritu de sacrificio y a su generosa entrega a la causa de la Patria. Por otro lado, y respecto al desgraciado final de los amores de su hijo con su mecanógrafa, don Ramón se limitó a aconsejarle que no se fiase jamás de las mujeres que se acostaban con uno sin cobrar, pues en su opinión, por ley natural la mujer era dependiente del hombre y por tanto se veía obligada de una u otra forma a obtener del hombre el sustento y el peculio preciso para su supervivencia. También el matrimonio, argüía don Ramón, constituye para la mujer una forma de cobro por sus servicios, aunque en este caso sea más digna que ninguna otra. Lo importante, concluía, es no dejarse embaucar por esas lagartonas libres y modernas, pues de ellas cabe siempre esperar lo peor. La boda de don Julio quedó fijada para la primavera de mil novecientos dieciocho, y entre tanto, en enero de ese mismo año don Julio regresaba a Barcelona para ponerse de nuevo al frente de la oficina e intentar hacer algo por salvar los negocios, gravemente quebrantados por el sesgo de la guerra europea, la cual sin duda se encaminaba a su fin. El piso de la ronda de San Pedro le resultó a don Julio

imposible de habitar, en razón de los recuerdos que impregnaban sus paredes, de manera que decidió mudarse al mismo hotel que ocupaba en los primeros tiempos de su estancia en la ciudad. Pronto volvió a frecuentar el café del que Rosario era habitual. El primer día no la vio, y tampoco el segundo ni el tercero. Al cabo, el dueño del local se le acercó una tarde. Le recordaba, explicó a don Julio, de otros tiempos, le recordaba bien, sabía lo que el señor estaba buscando, pero la chica aquella, Rosario, hacía ya mucho que no iba por allí: para mayor exactitud, se había visto obligado a negarle la entrada en el local debido a su conducta. Don Julio se interesó por lo sucedido, y el dueño del establecimiento le contestó que un asunto muy feo, muy desagradable. La individuo trató de chantajearme, explicó. Cosa de su chulo y sus cómplices, sujetos peligrosos, de cuidado. Habían tratado de sacarle dinero, un impuesto de protección, en la creencia de que él era hombre al que se podía intimidar así como así, mantenerle bajo la bota y estrujarle a su antojo. Pero se habían equivocado de medio a medio: él era, dijo, llevándose la mano al pecho, un hombre de bien, un caballero a quien no le faltaban conexiones y agarraderos donde cumplía tenerlos, en las esferas de la ley y el orden. Su hermano era, susurró al oído de don Julio, inspector de policía, y esto no se lo habían sospechado la Rosario y sus compinches. Claro que él se guardaba de ir pregonándolo por ahí. En un principio había fingido amedrentarse ante el chantaje, aceptarlo, pero cuando menos se lo imaginaban la ley había caído con toda su fuerza sobre los malhechores, quienes actualmente se

encontraban en prisión purgando sus fechorías, y tenían para rato, vaya si tenían, pues habían cometido, tal como se evidenció en el proceso, numerosos delitos, incluso un crimen espantoso, una anciana descuartizada, una señora viuda y de muy buena posición que vivía sola en un piso del paseo de Gracia. ¿Acaso el señor no se había enterado? La noticia había salido en los periódicos hacía unos meses. El autor material del asesinato había sido ajusticiado. Garrote vil. Y sus cómplices se habían ganado larguísimas condenas a trabajos forzados. El dueño del local, viendo la expresión de don Julio, se adelantó a su pregunta: Rosario fue absuelta. No existían pruebas contra ella. Pretendió volver por aquí como si tal cosa, como si nada hubiese ocurrido. Algo inconcebible. Tuve que despacharla a patadas. Una vez más, el semblante de don Julio hizo que el propietario del café captara sus pensamientos y se anticipase a darles respuesta. El señor no debía preocuparse. Precisamente la semana pasada había dado su autorización para frecuentar su establecimiento a una muchacha muy joven, recién llegada a Barcelona, no hacía ni siquiera dos o tres semanas que estaba en la ciudad, y además, y ello le constaba, era la primera vez que se echaba a la vida, detalle éste, insistió, que a él no le podía pasar desapercibido pues llevaba años tras el mostrador y conocía perfectamente el género y los entresijos del asunto. La chica, anunció, solía llegar a las ocho. Al parecer todavía compaginaba aquello con un trabajo honrado durante el día. El dueño del local se permitía recomendársela vivamente, en la seguridad de que quedaría complacido. Y no sólo se la recomendaba

sino que se tomaba la libertad de aconsejarle unas habitaciones cerca de allí, muy limpias y bien puestas, un sitio serio, de confianza, algo más caro de lo corriente, pero es que la calidad hay que pagarla sea en lo que sea. ¿No está de acuerdo el señor con que la calidad hay que pagarla? La muchacha tenía los pechos pequeños, los muslos flacos, el pelo muy largo y muy negro y un rostro que no decía nada, un rostro como una hoja en blanco. Todas las tardes iba a buscarla al café a la misma hora, y tras tomar algo marchaba con ella a la habitación recomendada por el dueño, donde pasaban varias horas, a veces la noche entera. Don Julio Reyes no tardó en darse cuenta de que lo que más le gustaba de Blanca era justamente aquel rostro que no decía nada, aquel rostro indescifrable en razón de que nada había en él que descifrar. La absoluta indiferencia con que la chica se constituía en objeto de las, en el sentir de don Julio, bajas pasiones masculinas, determinó pronto que éstas descendieran varios peldaños en su escala de bajeza, lo que provocó en él una turbia exaltación hacia la muchacha. Una noche, mientras la sobaba en la cama, comenzó a insultarla sin motivo alguno, sin venir a cuento. La insultaba en voz baja, en un tono íntimo y suave, al principio tímido, temeroso de una posible reacción airada, de rechazo o de simple extrañeza por parte de la muchacha, pero Blanca permanecía impassible, se dejaba decir cualquier cosa, por atroz, hiriente o humillante que fuera. Tal evidencia constituyó para don Julio una revelación que le excitó y turbó profundamente, no tanto por lo que le descubriría acerca de la chica como por cuanto le desvelaba sobre

sus propias necesidades. El hondo, intenso, insospechadamente gratificador placer de humillar a aquella mujer se imponía ante su asombrada conciencia de un modo cada vez más claro y firme. Llegó a sentir miedo, pues cada día que pasaba se veía más extrañamente esclavizado por aquella esclava que nada hacía por esclavizarse, por aquella, se decía a sí mismo, despreciable criatura a la que no era posible calificar sino de escoria humana. A medida que iban pasando las semanas creyó, a veces, volverse loco, sobre todo cuando llegó a formularse la pregunta de si estaría enamorado de Blanca, de si la amaría con el amor más puro y verdadero que fuese dado imaginar, pues tan fuertes se habían hecho las ataduras que le unían a la muchacha que ni siquiera se atrevía a enfrentarse con la idea de que aquellas relaciones pudiesen tocar a su fin alguna vez. Por otro lado, los sentimientos que albergaba hacia Blanca, mezcla de odio y de ternura, desprecio y gratitud por el callado e indiferente acatamiento de su voluntad, de sus caprichos, sumía a don Julio en la más penosa de las perplejidades. Tan raras y profundas eran las gratificaciones que le producían sus encuentros con Blanca que en ocasiones le asaltaba la idea de casarse con ella como medio de perpetuar aquella inesperada plenitud, pero la idea era desechada de inmediato, a veces con una carcajada en la que resonaban ecos de horror e indignación hacia sí mismo, a veces con una mueca compungida en la que se plasmaba la desolación y el pánico. Pensó también instalarla en un piso, pero tantas veces como le venía ese pensamiento lo rechazaba decididamente, no tanto en razón

de los malos recuerdos que le había dejado su aventura con Nuria como por el reconocimiento de que una de las cosas que más le gustaba de su relación con Blanca era el falso azar que presidía sus cotidianos y previstos encuentros con la chica en el café. Se trataba de un ritual tácitamente establecido y aceptado por ambos. Cada tarde don Julio entraba en el local con un cuarto de hora de antelación sobre la hora de la cita y se sentaba en una mesa a esperar la llegada de la chica. A veces don Julio se planteaba la posibilidad de una eventual incomparecencia de Blanca, de una ruptura, de una desaparición. La idea le asustaba. Nada sabía de la muchacha salvo que era casi analfabeta y que había nacido en algún lugar de Extremadura o de Toledo, ni ella misma lo sabía. Don Julio le había hecho preguntas, había tratado de averiguar pormenores sobre su pasado, sobre su familia, pero jamás había obtenido otra cosa que respuestas desconcertantes, aunque no porque se le antojasen evasivas o deseos de velar zonas oscuras e inconfesables de su vida por parte de la muchacha, sino porque ponían al descubierto un brutal candor, una desarmante transparencia, un real desconocimiento de sí misma y una auténtica desgana de verse contemplada y contemplarse como sujeto. Semejante plenitud en la asunción de su condición de puro objeto era el rasgo de Blanca que más excitaba a don Julio, el que con mayor fuerza le atraía y mayor fascinación ejercía sobre él. Sus noches con la chica en el cuarto alquilado se habían convertido poco a poco en turbias ceremonias de calibradas violencias y humillaciones. Gratuitas, atroces palabras de vejación,

de injuria, eran pronunciadas en tono quedo, casi tierno, al oído de la muchacha, por los reseco labios de don Julio, generalmente acompañadas por bestiales bofetadas o tirones de pelo. Sin embargo era él, don Julio, quien más esclavo se sentía, pues mientras Blanca, mediante la coraza de apatía, de indiferencia hacia sí misma y hacia todo, se defendía bien contra el asco y el dolor que le producían insultos, bofetadas, zarandeos, correazos y todo el repertorio de sañudas sevicias a las que don Julio sometía el cuerpo y la mente de Blanca, él, su pretendido amo, recibía tan desbordados y angustiosamente insustituibles gozos de su compañera, que dependía entera y miserablemente de ésta. Blanca sólo pensaba en el dinero que cada noche obtenía de don Julio, quien le pagaba espléndidamente. La mayor parte de lo que ganaba se lo enviaba a su madre, a cuyo cargo había dejado en la aldea a sus hijos. Blanca se había quedado viuda hacía un año, a los veinticuatro de su vida. Cuando don Julio Reyes, extenuado, se acuesta en la cama y ordena a Blanca que también ella se tienda a su lado, y al fin, como un niño, se duerme con la cabeza apoyada sobre el hombro de la muchacha, es el momento en que Blanca abre bien los ojos y se pone, una vez más en su vida, a escudriñar el techo pálido, mudo, yermo, en busca de una respuesta, de un porqué, como cuando su marido, Tomás el albañil, volvía a casa y después de tomarse la cena se metía en la cama y le quitaba con torpe avidez la rezurcida braga y sudaba y resollaba y mugía sobre ella mientras ella miraba el techo y oía llorar al niño en su cuna, y al fin Tomás se quedaba dormido sobre un hombro y ella

continuaba escudriñando el techo, observando, como si le interesase, el clavo del que pendía la desnuda bombilla azulenca, la fina grieta que sobre el yeso trazaba un largo arabesco que iba a morir en el ángulo superior derecho de la ventana. Blanca interrogaba al arabesco pero no le decía nada, no le revelaba el misterio de su existencia, el misterio, sobre todo, de las cosas y los seres que la rodeaban. Don Julio ronca a su lado mientras Blanca ve en el techo la turbia luz de los atardeceres de verano anegando la habitación que habitara con Tomás y los niños en un barrio lejano y perdido de la gran ciudad, aquella luz de fuego naranja, verde, blanco, que chocaba brutalmente contra las tendidas sábanas puestas a secar en las cuerdas del patio, luz como un pájaro ciego, enloquecido, que topa contra las mallas de la red desplegada para atraparlo. La blancura de las sábanas, recuerda Blanca, era tan grande que los ojos se quedaban doloridos al mirarlas y casi daba miedo que la luz fuera a quemarlas, a convertirlas en montoncitos de ceniza blanca, mojada. Y recuerda también, sin entenderla, pues nada, absolutamente nada entiende de cuanto le ha rodeado siempre y le rodea, la brusca dulzura, imperiosa y apremiante, con que Tomás, cuando aún no se habían casado, la había tumbado una tarde entre dos grandes retamas allá en su pueblo, y sus manos habían invadido su cuerpo por debajo del vestido, y aquella cosa cálida y rígida había barrenado a ciegas entre sus piernas durante unos instantes. Y recuerda la boda, y al poco tiempo el primer hijo, y a los once meses el segundo, y la marcha a la gran ciudad lejana, y la muerte de Tomás

bajo unos hierros roñosos que se desploman en el tajo, y Blanca no entiende nada, ella que lo único que querría, que lo único que le gustaría es entender, saber el porqué profundo, el porqué último de los pequeños porqués de todas las cosas. Y ante la falta de entendimiento Blanca se refugia en la total apatía, en la indiferencia absoluta, en un profundo e insensible extrañamiento del mundo, de sí misma, de todo. Aparta los ojos del techo y los vuelve hacia ese señor que duerme a su lado, que todas las tardes va a buscarla a un café cercano a las Ramblas, que la lleva a una habitación alquilada, que a ratos habla, que a ratos se agita y daña y humilla y hiere, y luego se duerme, y cuando llega el alba se despierta y paga sus gozos con unos papeles sucios o limpios, arrugados o lisos, con incomprensibles efigies e inscripciones estampados en su superficie de colores, parte de los cuales envía a su madre para que sus hijos vivan, esos hijos que ella nunca quiso tener, que al nacer, si por ella hubiera sido, habría abandonado o ahogado en el río como se ahoga a unos cachorros de gata. Súbita, inesperadamente, al cabo de mes y medio de relaciones con Blanca, cuando su imaginación había agotado el repertorio de sevicias a que se reducía su trato sexual con la muchacha, don Julio Reyes se vio afectado por una profunda crisis de impotencia. Nada ya, ni insultos ni correazos ni golpes ni humillaciones fantasiosas lograban proporcionarle la más mínima satisfacción. Al principio no concedió a este hecho mayor importancia, atribuyéndolo a la fatiga. Siguió encontrándose con la chica en el café como de costumbre y continuó frecuentando con ella la habita-

ción alquilada. Pero nada volvía a ser como antes. Repetía las mismas palabras de siempre, los mismos gestos, las mismas escenas, sin resultado. De vez en cuando, en la luna del armario ropero captaba, horrorizado, su propia imagen, con el cinturón colgándole de la mano y el falo mustio y flácido colgándole entre las piernas. ¿Qué sucede?, se preguntaba angustiado. Perplejo, y tras mucho cavilar sobre las posibles causas del extraño fenómeno, decidió darse una tregua en sus relaciones con la chica. Anunció a ésta que se marchaba de viaje y, entregándole una suma de dinero equivalente a la que habría percibido caso de haber continuado viéndose con él, le conminó a no entrar en tratos con ningún otro hombre durante su ausencia y la emplazó a que se presentase en el local a la hora de siempre al término de siete días. Don Julio no tenía intención de emprender viaje alguno, sino de darse un margen para la reflexión. Durante los siete días de su fingido viaje no hizo otra cosa que recluirse, después de sus horas de oficina, en el cuarto de su hotel, acompañado por un par de botellas de Rioja, y meditar sobre Blanca y sobre sí mismo. Revivía en la imaginación sus encuentros con la chica tratando de vislumbrar en algún escondido y semiolvidado detalle la clave de su inexplicable y súbita impotencia, pero el letargo de la borrachera solía sobrevenirle antes de haber podido llegar a ninguna conclusión. La gran revelación le vino, sin embargo, una noche mientras cenaba en el comedor de un hotel. Tengo que matarla, se oyó a sí mismo, con sobresalto, decir en voz alta, e inmediatamente lanzó una mirada de soslayo a su alrededor, temeroso de que los

comensales sentados a las mesas contiguas hubiesen podido oírle. Tengo que matarla, repitió mentalmente mientras sus dedos se dedicaban a hacer bolitas con las migas de pan desperdigadas por el mantel. La tengo que matar porque con su indiferencia, con su docilidad, con su mansedumbre, con su absoluta sumisión ha anulado mi fuerza, ha destruido mi voluntad, ha diluido mis motivaciones. Necesito matarla para renacer, para resucitar, pues ella me ha matado en vida. Se le acercó un camarero. ¿El señor va a tomar café? Sí, el señor tomaría café y una copa de coñac. El señor reviviría a través de la muerte, por la gracia de la muerte, pues la muerte, filosofaba don Julio mientras removía el azúcar con la cucharilla en el fondo de la taza, es vida, es resurrección, el gran misterio de la vida es la muerte, es decir, que también la muerte es vida, sin muerte no puede haber resurrección, y sin resurrección, he aquí la suprema paradoja, el sublime misterio, no puede haber vida verdadera, la de los fuertes, la de los señores, que es la única vida digna de tal nombre, pues sólo ellos poseen la facultad de revivir, de resucitar, a diferencia de los siervos, de los esclavos, quienes pueden matar pero no pueden renacer. Las mismísimas mujerzuelas, las mismísimas perras rameraas pueden llegar a matar, vaya si pueden, razonaba don Julio sin darse cuenta de que el café se le estaba derramando de la taza al platillo y del platillo al mantel por la violencia con que agitaba la cuchara, pero resucitar no pueden porque son débiles, porque no tienen voluntad, porque no tienen fuerza espiritual, que es justamente lo que les hace ser siervas, esclavas, chusma. Ya lo

dice, y con cuánta razón, papá: los bolcheviques, la chusma, la ralea más ínfima, han matado a sus amos allá en Rusia, pero lo que no saben los muy ilusos es que sus amos resucitarán, sus amos renacerán, y ellos, los siervos, se verán de nuevo en su sitio, más en su sitio que jamás lo estuvieran, pues la resurrección de los fuertes, de los amos, es un renacimiento glorioso, es la inmortalidad. Mientras, aliviado, don Julio Reyes meditaba con exaltación sobre las teorías de su padre y sobre su propia situación, en las Ramblas la Guardia Civil a caballo cargaba contra una multitud que, partiendo del Paralelo, pretendía remontarlas en dirección a la plaza de Cataluña profiriendo gritos contra la Monarquía y contra el Gobierno y reclamando trabajo y libertad. De pronto se oyeron estampidos de arma de fuego, alaridos y rumores de desbandada. Los encargados y camareros del hotel se apresuraron a cerrar las puertas del establecimiento mientras los clientes que se hallaban en el salón y en el comedor se precipitaban hacia el ascensor para subir a sus habitaciones o utilizaban las escaleras para alcanzar el refugio que les ofrecían rellanos y pasillos. Los más curiosos, sin embargo, se quedaron donde estaban e incluso se aventuraron a asomarse a los ventanales para ver lo que sucedía en la calle. Entre estos últimos se encontraba don Julio, quien se había levantado pesadamente de su mesa y, tras apartar con la mano los opacos visillos que velaban de las miradas de los transeúntes el recinto del comedor, apretó la cara contra el cristal en un esfuerzo por captar lo que ocurría en las Ramblas. En la penumbra atormentada por los latidos del resplandor de

las farolas de gas vislumbró figuras borrosas, sombras que corrían en dirección al puerto. Hombres y caballos. Centauros, pensó, en persecución de gnomos venidos de sus lejanos bosques salvajes con la intención de enseñorearse de la ciudad. Mujeres-gnomos, hombres-gnomos, atrofiados engendros del resentimiento, de la envidia, en rebeldía contra sus superiores de tamaño natural, contra sus superiores naturales. Enanitos del bosque tenebroso y traicionero huyendo ante la carga de los centauros que blanden sus sables y descerrajan bocanadas de fuego y de plomo sobre los que se desbandan entre alaridos, entre injurias, entre sangre, furor y llanto. Todo es un gran bosque, el mundo es un gran bosque infinito de muerte y resurrección. Muerte para unos. Resurrección para otros. Muerte para los de abajo. Resurrección para los de arriba. Don Julio se llevó a los labios la copa de coñac que sostenía en el cuenco de la mano derecha y tomó un largo sorbo. Un camarero se le acercó para advertirle respetuosamente que resultaba arriesgado permanecer junto a la luna del mirador. Una piedra arrojada por una mano enfurecida podía acaso quebrar la vidriera, o atravesarla una bala perdida, o quién sabe si hacerla añicos un caballo desbocado o malherido que viniera a desplomarse contra la misma. Don Julio dio las gracias por el aviso, apuró el coñac que le quedaba en la copa, dejó ésta, así como la servilleta que aún le colgaba del cuello de la camisa, y se dispuso a retirarse a su habitación. Antes de hacerlo lanzó una última mirada a la calle a través de la cristalera. Sobre el pavimento del ancho paseo central yacía un cuerpo de mujer, boca abajo,

según don Julio alcanzaba a distinguir, con los brazos extendidos y las piernas desparramadas. Dos caballos pasaron al trote por encima de la mujer, sin rozarla. Es Juanita, exclamó don Julio para sus adentros. ¿Qué hace Juanita en Barcelona? ¿Mi novia un gnomo del bosque del resentimiento y la envidia?, se dijo, y acto seguido soltó una carcajada tan intempestiva y sonora que atrajo hacia él las atónitas miradas de los camareros y de algunos de los clientes que, como don Julio, habían preferido quedarse en el salón. No, no es Juanita, es Rosario, musitó con los ojos clavados en la inerte figura. No, rectificó, es Nuria. No, no, es Blanca, eso es, Blanca que huye, que intenta escapar de la justicia. Pero es inútil, no escaparás. Estás ahí caída, tirada en el arroyo, desangrándote, atravesada por el sable de fuego que hace retroceder a su sitio a los resentidos, a los falsos sumisos, a los dóciles traicioneros, a los indiferentes que castran y destruyen. Pero de nada han de servirte tus malas artes, continuó mascullando don Julio mientras subía en el ascensor a su habitación del tercer piso, de nada han de valerte tus argucias de zorra, de inmunda ramera. Al salir del ascensor dio un traspies a causa del leve desnivel en que había quedado el ascensor en relación con el suelo del piso, y estuvo en un tris de caerse de bruces. El ascensorista, que había escuchado el monólogo de don Julio mientras le observaba por el rabillo del ojo, impidió que cayera sujetándole a tiempo por los hombros. Gracias, murmuró don Julio, volviéndose hacia el empleado, un anciano menudo y sonriente vestido con un uniforme rojo y cuajado de botones plateados y galones. No hay de

qué darlas, señor, respondió mientras cerraba las estrechas puertas acristaladas y empuñaba la palanca de mando para iniciar el descenso. Con paso no muy firme, don Julio se encaminó por el alfombrado corredor hacia su cuarto, introdujo, tras algunas infructuosas tentativas, la llave en la cerradura, y ya dentro de la habitación se tumbó en la cama sin desnudarse. A través del balcón llegaban gritos, quejidos, clamor de cascos de caballo, estampido de disparos de arma de fuego y de vez en cuando el fugaz estruendo del motor de un automóvil, todo cada vez más lejano, amortiguado y tenue por la distancia. De repente se elevó el bronco, quebrado, desahogado son de un cornetín de órdenes que por su ensordecedora estridencia parecía lanzar su llamada desde el propio balcón de don Julio, pero éste no oía ni sentía nada. Una bruma espesa, helada, envolvía su cerebro y lo atenazaba como una mordaza, impidiéndole ordenar las ideas. Sus dedos, torpes, lentos, buscaron la bragueta. Durante unos instantes el jergón vibró y se balanceó acompasadamente, y por último don Julio se hundió en un sopor profundo con las palabras muerte y resurrección en los labios, pronunciadas en un tenue y largo susurro. Al día siguiente se cumplía la fecha fijada por don Julio para su reencuentro con Blanca. Apenas despertar, tarde ya en la mañana, telefoneó a la oficina para advertir que no iría por hallarse indispuerto. Salió del hotel y entró en un cercano café a desayunar. Mientras mojaba trozos de ensaimada en el café con leche le vino a la mente por primera vez la idea de que matar era un delito severamente castigado por la ley, y que por lo tanto

necesitaba hallar el modo de matar a Blanca sin dejar la más mínima huella ni despertar la menor sospecha. En el local de sus habituales encuentros con la muchacha era excesivamente conocido, no por su nombre pero sí de vista, al igual que en las Habitaciones Massana. La cuestión se presentaba espinosa. Ciertamente que la mejor, se dijo don Julio, la más limpia y segura manera de resolver el asunto sería recurrir a los servicios especiales que algunas organizaciones patronales utilizaban para eliminar discretamente a los más peligrosos agitadores obreros, pero la cosa resultaba difícil pues él no pertenecía a la casta de los grandes, medianos o pequeños patronos catalanes, entre los que, reconocía don Julio, existen sobradas razones para la solidaridad. Él no era sino un simple hombre de negocios venido de otras tierras, un advenedizo. Por otra parte el asunto podría muy bien implicar el desembolso de una sustanciosa cantidad de dinero, de la que no disponía. Y en tercer lugar, que no obstante era el primero en importancia para don Julio, el hecho de que fuera una mano ajena, perteneciente a un pistolero o navajero a sueldo, la que acabase con la vida de Blanca venía a destruir por completo el sentido de crimen ritual, de sacrificio en el altar de la Resurrección, que para él poseía aquel acto. A fin de poder recoger sus frutos, era indispensable que el propio destinatario de sus beneficios se constituyese a un tiempo en oficiante del rito y brazo ejecutor de la inmolación. Terminando su desayuno sin haber conseguido llegar a ninguna conclusión, don Julio salió del café y echó a andar Ramblas arriba. Había comenzado a caer una llovizna

tibia, amarillenta, pegajosa. El cielo estaba al alcance de la mano, un cielo enfermo, cubierto de gasas y algodones purulentos. Al pasar por enfrente del hotel se fijó en unos barrenderos que, bajo la mirada vigilante de unos guardias apostados a prudente distancia, se hallaban ocupados en la tarea de restregar con gruesos cepillos el pavimento en el lugar donde una mancha oscura, de un rojo turbio, casi negro, se extendía sobre el gris ceniza de los baldosines trazando una figura ramificada, larga, tortuosa, en ciertos puntos ancha, en otros fina, trizada, difusa, como un ideograma perteneciente a una escritura primitiva e indescifrada. Don Julio dejó atrás la plaza de Cataluña, enfiló por el paseo de Gracia y siguió dando vueltas y vueltas sin rumbo. En su mente había sólo una idea: matar a Blanca, matarla con sus propias manos, hincarle un cuchillo largo, tan largo que llegara hasta la más recóndita y pérfida hondura de su cuerpo de vil mujerzuela, de ruin arpía, de artera castradora, desgarrándolo, desecándolo de toda savia, desgajándolo del tronco del árbol de la vida como se troncha a golpes de hacha una rama podrida, dejándolo yerto, vacío, mudo. Sin embargo, don Julio conservaba aún suficiente lucidez como para darse cuenta de que la empresa era comprometedora y llena de peligros, aunque la conciencia de ello, lejos de serenarle, contribuía a agudizar su trastorno. Enfebrecido, presa de una fría excitación que latía sordamente en sus entrañas como el corazón de una culebra, don Julio entró en una cuchillería y compró una navaja plegable de buen tamaño. Con ella en el bolsillo continuó su deambular por las calles sin rumbo fijo.

Atravesó la plaza de la Universidad y comenzó a bajar por las Rondas. Caminaba despacio, tranquilo en apariencia, observándolo todo a su alrededor, con la viva pero superficial curiosidad de un extranjero. Al llegar a una esquina, se detuvo frente al escaparate de una cristalería y permaneció largo rato contemplándolo sin ver otra cosa que su propia imagen que surgía múltiple, rota, irisada, y desaparecía al menor movimiento de su cuerpo, sombría y lejana, sobre los objetos expuestos. Sus ojos la sorprendían de pronto ceñuda, deforme, remota, acechándole desde la panza de un jarrón y un instante más tarde la veían atisbarle con espectral gravedad, dibujada con inquietante nitidez en el azogue de un pequeño espejo ovalado. A veces, borrosa y burlona, le observaba agazapada y triste, desde la columna de un candelabro de plata. Llegó al Paralelo y lo recorrió lentamente. Se había hecho oscuro, y la proximidad de la hora de la cita enconó la fiebre que le dominaba. Caminando sin descanso, con la mano derecha en el bolsillo del gabán donde guardaba la navaja a la que hacía girar sin tregua entre sus dedos, de nuevo había remontado, sin saber hacia dónde se dirigía, las calles paralelas a las Ramblas por su margen derecha, con rumbo a la plaza de Cataluña, ya cerca de la cual despertó de su ensimismamiento, sacó el reloj del bolsillo del chaleco y, temiendo llegar tarde al café, avivó el paso y en la rambla de Canaletas tomó un tranvía en su trayecto de descenso hacia el puerto. El local estaba vacío. Desde el mostrador el dueño le saludó con una afable inclinación de cabeza. Don Julio eligió una mesa estratégicamente situada

frente a la puerta de entrada del establecimiento y, clavando la mirada en sus dos hojas de vidrio esmerilado, tras las cuales se veían pasar de vez en cuando sombras de transeúntes proyectadas por la luz de una farola, se puso a esperar la aparición de la muchacha. ¿Qué va a tomar el señor?, le interpeló, solícito, el dueño. Anís, una copa de anís. Hace tiempo que no se le veía por aquí al señor. Sí, en efecto, hace algún tiempo, contestó don Julio sin ganas de entrar en conversación. A las Habitaciones Massana no, por supuesto, la llevaría a otro sitio, cavilaba don Julio, había muchos por los alrededores. O mejor la arrastraría hacia las dársenas, entre los tinglados del puerto, más allá de la vía férrea. O se adentraría en la Barceloneta hasta alcanzar la playa, el mar, el rompeolas. Pasaba el tiempo y don Julio permanecía ansioso y vigilante frente a la puerta, pero Blanca no llegaba nunca. Cada vez que la puerta se abría para dejar paso a un parroquiano el pulso de don Julio se aceleraba. Transcurrieron horas y el propietario del café y su ayudante se dispusieron a echar el cierre. Don Julio pensó en preguntarle por la chica, pero optó por marcharse, aunque se quedó un rato más merodeando por los alrededores. En las callejuelas los viandantes eran escasos y la oscuridad inquietante. A veces se le acercaba una buscona y otras se le cruzaba algún tipo de mala facha. La mano de don Julio empuñaba ahora la navaja en el bolsillo pensando si se vería obligado a hacer uso de la misma para defenderse. Finalmente, tras mucho esperar, se fue a su hotel convencido de que Blanca no aparecería ya. Nada más llegar, el conserje, junto con la llave de la

habitación, le entregó un telegrama. Era de su padre instándole a emprender inmediato viaje de regreso a Málaga. De pronto sintió un gran alivio. Blanca, como tragada por una ciénaga, desapareció súbitamente de la enfebrecida conciencia de don Julio, quien se durmió tranquila y profundamente con el pensamiento puesto en Juanita, su novia, a la que al día siguiente volvería a ver. Durante el viaje su prometida sustituyó a Blanca en sus ensueños y cavilaciones. Faltaban pocos meses para la celebración de la boda y esta idea le resultaba como una bocanada de aire fresco que de pronto irrumpe en la atmósfera enrarecida de una estancia cerrada durante largo tiempo. Al llegar a Málaga se encontró con la sorpresa de que su novia había acudido a recibirle a la estación. Al verla surgir entre las nubes de vapor que arrojaba la locomotora sobre los andenes pensó que era un ángel. Es un ángel, murmuró asomado a la ventanilla, un ángel que me envía el cielo para salvarme. Qué loco he sido, cómo pude caer tan bajo, se dijo. Flaquezas de la carne, concluyó, y ya en el andén abrazó a su padre y tomó entre las suyas las manos de su prometida. Don Ramón Reyes se hallaba muy preocupado por la situación internacional. La guerra, a su juicio, estaba perdida para los Imperios Centrales, lo que pese al grave quebranto que el bloqueo decretado por los mismos había supuesto para sus negocios, le consternaba. Cuando se firme el armisticio, explicó a su hijo, lo que ahora está empezando a ser para nosotros época de vacas flacas se convertirá en una verdadera catástrofe. Es preciso adelantarse a los acontecimientos, que no nos pillen

desprevenidos. Vamos a cerrar la oficina de Barcelona y a reducir desde ya el área cultivada en nuestras tierras. Vamos a despedir a todo el personal que haga falta y a vender lo que sea necesario, en una palabra, vamos a prepararnos para afrontar el próximo futuro. Entre las muchas virtudes que don Julio reconocía en su padre, la que más admiración le producía era su fría clarividencia y su enérgica determinación de prever desastres y subsanar errores. Quiero que te cases, continuó don Ramón, y que te quedes aquí y me sustituyas en la dirección de todo. Yo ya estoy viejo y cansado, declaró con un suspiro. Pero ¿cómo puede decir semejante cosa?, le atajó don Julio, usted es la envidia de muchos jóvenes. No, no, hijo, yo ya no sirvo, estoy viejo, fatigado... No obstante los serios recelos que la situación internacional inspiraba al viejo señor Reyes, sus mayores cuidados se centraban en la situación de España. Negros nubarrones, vaticinaba, se ciernen sobre las gentes de bien en este país, y a menos que una mano providencial venga a salvarnos, seremos víctimas del resentimiento y la soberbia de los que no saben resignarse a aceptar el lugar que Dios les ha asignado en el universo, de los que, bajo la inspiración del diablo, pretenden subvertir el orden natural de las cosas. Y de acuerdo con los deseos y proyectos de su padre, don Julio se casó con su prometida antes de la fecha prevista en un principio. Tal y como don Julio había imaginado, cuando Juanita pasó a ser la señora de Reyes depuso toda actitud de resistencia o rechazo respecto al ejercicio de las bajas pasiones, hijas de la carne, por parte de su marido. Nada más llegar a Barcelona, destino

elegido para su viaje de bodas a fin de aunar gozo y provecho, dada la necesidad de liquidar la oficina, don Julio pudo comprobar que su joven esposa, sin entusiasmo pero con evidente espíritu de colaboración, se sometía a las servidumbres de concupiscencia impuestas por su nueva condición de esposa. El candor, la inocencia y la pureza que, como don Julio esperaba, adornaban el alma de su mujer, contribuyeron no poco a que ésta, falta de discernimiento en la materia, no reparara en el hecho, ni le otorgara especial importancia o sentido, de que al cabo de sus seis primeras jornadas barcelonesas todavía permaneciese intacta en cuanto se refiere a su estado de virginidad. No es que don Julio, estimulado por el al fin desvelado cuerpo de su esposa, cuya belleza era aún mayor de lo que él mismo jamás había imaginado, no se entregara cada noche en la habitación del hotel a los juegos y acometidas propios de un marido hacia su recién desposada mujer, pero es el caso que nunca transcurría mucho tiempo sin que, ante su desolado estupor, perturbadoras imágenes mentales viniesen a interferir en la consumación del postrer y decisivo acto de agresión, para el que siempre acababa sintiéndose físicamente incapaz. Tras los impetuosos tientos y escarceos de rigor, de pronto se sentía invadido por un ejército de espectros, de visiones que se alzaban contra él desde la turbia trastienda de su memoria. Y como consecuencia del espectral asalto, don Julio asistía perplejo, inerte y desesperado a la desaceleración del flujo de su sangre, al languidecimiento del impulso inicial de sus apetitos y al derrumbe final e irremediable del ariete que su codicia

sensual había logrado, no sin tiempo y trabajo, levantar. Doña Juanita, por su parte, prontamente extinguido también en ella el vivo pero efímero fuego de paja en el que se abrasara a causa de los primeros ardores de su marido, acababa por levantarse del lecho tranquila y sonriente, con una mirada de vaga incomprensión aflo-rándole a los ojos, para vestirse con la larga camisa de noche cosida y bordada con sus propias manos y volver a acostarse al lado de su marido, cuya cabeza atraía sobre su hombro. Siempre era doña Juanita la primera en dormirse, mientras don Julio permanecía horas con las pupilas muy abiertas, atormentadas, fijas en el vacío, pensando en Blanca, respecto a la cual se sentía cada vez más dominado por el convencimiento de que se trataba de una hechicera que con sus malas artes le había robado su esencia y potencia masculinas. Hoy más que nunca tengo que matarla, se decía mentalmente, acurrucado contra su mujer, que a su lado exhalaba profundos, largos ronquidos. Tengo que matarla, tengo que matarla, mascullaba. Al día siguiente don Julio puso una excusa a doña Juanita, la dejó en el hotel y se marchó al café de sus citas con Blanca. Presentía que tampoco aquella vez iba a encontrarla, pero la vio nada más traspasar la puerta del local. Con una mezcla de alegría y terror se acercó a la muchacha y, sin preámbulos, le recordó, excitado, su incomparecencia a la cita convenida y comenzó a pedirle explicaciones y a hacerle reproches, llamándole ingrata y perra ramera y mujerzuela mientras le cogía una mano entre las suyas y la estrujaba en algo que no se sabía si eran caricias o un gesto conminatorio. Él la había pagado

espléndidamente, la había estado viendo todos los días, se había preocupado de ella, le había entregado una importante suma a cambio de que no se fuera con ningún otro hombre mientras él estaba de viaje, ¿acaso no estaba diciendo una verdad como un templo, una verdad como una catedral?, preguntaba don Julio a Blanca, enardecido. Ella había faltado a sus promesas, a sus compromisos, ella era una desagradecida que no se merecía las atenciones que había recibido de él. Contéstame, atrévete a negar que lo que estoy diciendo es una verdad como una catedral, rugió don Julio. Se hizo un silencio. Don Julio sacó un pañuelo y se enjugó el sudor de la frente. Por lo visto todavía no te has dado cuenta de que estoy acompañada, dijo Blanca en un tono tranquilo, indiferente. Don Julio apartó su mirada de la muchacha y la dirigió hacia una figura que estaba sentada a su lado. Bruja, bruja, balbució don Julio mientras se esforzaba por distinguir y reducir a un concepto identificable la turbia masa de fulgores azules, áureos, albos, que flotaban junto a Blanca. El fulgor horizontal e infinito de una sonrisa engastada en un rostro rojo como una piedra al rojo blanco que coronaban unas breves llamaradas de paja seca. El fulgor de dos manos largas, huesudas, lácteas, que se elevaban simétricas, verticales, en un gesto allanador de dificultades y obstáculos, gesto de camaradería, de fraternidad. Fulgor de manos como banderas blancas surgiendo de dos bocamangas de azul profundo, sucio, herido por el enfermizo esplendor amarillo de los galones y por el pobre espejo plateado de los botones. *Anche vos viene, sí, anche vos,*

exclamó el risueño acompañante de Blanca. Es un extranjero, explicó ésta señalando hacia el suboficial con un leve ladeo de cabeza. De Dinamarca, dice. Y añadió: nos íbamos ya. El marino, para demostrar su buena voluntad o para hacerse entender mejor, se levantó, pagó la consumición y enarcó los brazos en abarcante ademán de fraternidad dirigida tanto a la chica como a don Julio, quienes se levantaron también y salieron del café con él, echando a andar por las calles. Abría camino Blanca, seguida del suboficial y don Julio. Este último se arrastraba como un sonámbulo, como un autómatas o alguien que de verdad se hallara bajo los efectos de un hechizo. Tras doblar varias esquinas Blanca entró en un oscuro portal, seguida por los dos hombres. Los tres subieron a tientas por una estrecha escalera de peldaños deformes y de desigual altura. El marino dio un traspiés y se cayó de bruces, cayendo a su vez don Julio encima de él. El marino, entre risas, dijo algo en su lengua y don Julio se incorporó en silencio. Mientras tanto una puerta se había abierto a la llamada de Blanca con los nudillos, y una luz mortecina iluminaba el rellano. La habitación era espaciosa. Un gran aguamanil de esmalte azul lanzaba un brillo apagado junto al palanganero, en un rincón, bajo la bombilla eléctrica que pendía del techo. Don Julio, súbitamente abrumado por un cansancio que él mismo no acertaba a explicarse, se dejó caer en la cama. El suboficial reía con una risa infantil mientras se desnudaba. Blanca se desnudó también y se quedó de pie, inmóvil, con los brazos caídos. Don Julio se incorporó en la cama y se puso a contemplar a la muchacha y al marino enla-

zados, en pie junto a la pared. Se volvió a echar y clavó los ojos en la bombilla. Las risas del marino se habían convertido en gruñidos y resuellos. Don Julio se sentía aletargado, como borracho. Los ojos le escoían, cerró los párpados y vio luces de colores insospechados, colores que jamás había visto antes, para los que no existían nombres. Se sumió en un ensueño en el que su madre, que había muerto cuando él contaba catorce años, se reencarnaba en el rostro de Juanita, en el cuerpo de Blanca y en la voz de Nuria. No, mi niño, no te toques tú, le susurraba su madre, que si te tocas luego, de mayor, se te pondrá triste y mustio y ya no se te levantará. Y entonces ella le posaba la mano, su blanda, morena, dulcísima mano entre las piernas y la dejaba allí abandonada. El pajarito quería volar, se erguía palpitante, impetuoso, deseoso de emprender el vuelo. El pajarito quiere volar, mamá mira, míralo. Sí, mi niño, tu pajarito es fuerte y travieso, pero tú no te toques, sé bueno. No, mamá, no me tocaré. El peso de la mano materna impedía que el pájaro se remontase con un gran aleteo. Cómo te suda la mano, mamá, qué mojadita la tienes, murmuraba don Julio. De pronto se oyó un ruido metálico y don Julio, bruscamente roto el ensueño, se incorporó en la cama. Al abrir los ojos distinguió confusamente entre sus piernas unos ojillos azules que le miraban con ahínco y unos morros abultados, torcidos, que se movían sin tregua y a veces dejaban asomar un algo rojo, caracoleante, nervioso, que brillaba con un brillo opaco y viscoso. Blanca seguía de pie, reclinada contra la pared, recogiendo el largo y negro pelo en un gran moño. Fue en el preciso

momento en que don Julio tomaba plena conciencia de la situación cuando sintió una súbita, abrumadora, insostenible felicidad brotarle entre las piernas, y se desmoronó sobre la colcha, desmadejado. La navaja, pensó, ¿dónde tengo la navaja?, y se palpó los bolsillos del pantalón y de la americana, sin encontrarla. El marino, de rodillas al borde de la cama, le sonreía bobaliconamente. Al cabo de un rato don Julio se levantó y se subió los pantalones en silencio, se puso el gabán y se dirigió a la puerta. Antes de marcharse lanzó una larga mirada a Blanca, quien, desnuda, se afanaba con su pelo sobre la jofaina. En la espalda y las caderas de la muchacha creyó distinguir unas cuantas rayas entrecruzadas, levemente cárdenas, amarillentas. Sacó de la cartera un billete de banco, lo dejó encima de una silla y se marchó. Si hubiera llevado la navaja encima, masculló don Julio al iniciar el descenso de las tenebrosas escaleras, les habría dado su merecido a esos dos degenerados. Doña Juanita dormía tranquila y apenas si se despertó cuando su marido regresó al hotel a altas horas de la madrugada y se acostó a su lado. Aquella noche don Julio recuperaba su perdida potencia y doña Juanita perdía su virginidad. Once meses más tarde venía al mundo el primogénito del matrimonio. Pasó el tiempo, y tal y como el padre de don Julio había vaticinado, cada vez eran más sombríos los nubarrones que se cernían sobre las gentes de bien. Ni siquiera la noble espada de aquel gran caballero español que era don Miguel había logrado enderezar definitivamente las cosas, solía lamentarse don Julio a principios de los años treinta, proclamada ya la temida República,

en el transcurso de las tertulias a las que acostumbraba a asistir en el Círculo Mercantil, en compañía de su ya muy anciano padre y del grupo habitual de amigos y colegas. Los malditos rojos y republicanos andaban sueltos por ahí haciendo de las suyas. La religión, nuestra santa religión, única verdadera, gemía bajo el yugo de lo que los rojos y los republicanos entendían por libertad. Suelos andaban los canallas, envenenando la mollera a las gentes sencillas, almas de Dios, que no entendían de política ni, qué demonio, tenían por qué entender, porque lo suyo, lo propio, por ley natural, de las gentes del pueblo es trabajar, que cada cual trabaje en lo suyo, en su oficio, el que ha nacido para limpiabotas que limpie las botas, el que ha nacido para peón que le dé al pico y la pala, y por supuesto que se divierta también, eso desde luego, para eso están los domingos y días festivos. Ni don Julio, ni don Ramón ni ninguno de los contertulios del Círculo Mercantil había pretendido jamás que el pueblo no tuviera derecho a divertirse, a pasárselo bien, pero eso no quitaba para que cada cual tuviera que conformarse con su suerte y aceptar de buen grado el papel que Dios le hubiera asignado en el gran teatro del mundo. A éste le había repartido el papel del rico, a aquél el papel del pobre, como a unos los había hecho rubios y a otros morenos, a unos altos y a otros bajos, a unos listos y a otros tontos, a unos holgazanes y a otros laboriosos, unos habían nacido para ingenieros y otros para destriperones. Eran malos tiempos, sí, tiempos difíciles. No se podían proyectar negocios ni siquiera a medio plazo, no sabía uno a qué atenerse. Lo mejor era colocar

el dinero en Suiza, pero eso era algo que sólo se lo podían permitir los que ya tenían mucho, muchísimo dinero, y no los que únicamente disponían de un capital inicial que, en condiciones favorables, serviría, vaya si serviría, para hacer dinero como Dios manda. En el corazón de don Julio crecía lento, oscuro, silencioso, como un río incandescente de magma volcánico que descendía por la ladera arrasándolo y calcinándolo todo a su paso, el odio hacia aquellos malditos rojos que andaban sueltos sembrando la semilla de la discordia, del resentimiento, de la soberbia, que andaban empozoñando las mentes de los seres sencillos, que nada sabían ni en el fondo de sus corazones querían ni necesitaban saber nada, sino vivir y trabajar y divertirse también, eso desde luego, honradamente. Los contertulios del Círculo Mercantil añoraban, sin excepción, el advenimiento de una nueva espada redentora mucho más contundente que la de don Miguel. Se barajaban los nombres de los más idóneos candidatos a blandirla y, sobre todo, se hablaba mucho de Italia, aquella nación que, con su ejemplo, iluminaba al resto de Europa y del mundo. Allí, decía don Julio, sólo piensan en trabajar y en engrandecer su patria. Claro, puntualizaba don Ramón, porque tienen al Duce, que les hace andar tiesos como un cirio. Allí no hay huelgas ni pamplinas. En Italia los rojos están en la cárcel o en el cementerio, que es donde deberían estar todos. Don Julio era el más entusiasta de Italia pues había visto con sus propios ojos, advertía a sus amigos del Círculo, las realidades del fascismo. Y en efecto, a mediados del año treinta y uno había hecho un viaje a Roma

en misión encomendada por algunas altas personalidades de las finanzas, las armas y la política, demasiado conocidas como para poder llevar a cabo con la necesaria discreción ciertos contactos con las jerarquías del régimen. Grande era la admiración que don Julio sentía hacia la nueva Italia, pero existía un punto oscuro, tenebroso más bien, que le turbaba y enfriaba su fervor por el Fascio. Año y medio después de proclamada la República en España, y de acuerdo con lo convenido en sus contactos romanos, don Julio había albergado durante una semana en su casa a un agente fascista que, al igual que don Julio en Italia, había llegado a España en misión secreta bajo pretexto de actividades comerciales. Todo habría sido perfecto de no haber surgido de pronto en el ánimo de don Julio, cuando ya el italiano se había marchado a su país, la más atormentadora de las sospechas respecto al comportamiento de doña Juanita y el camisa negra. ¿Cómo he podido, se decía don Julio, reconcomiéndose al pensarlo, tener la inconsciencia de marcharme dos días a Jaén y dejar al italiano en casa, sólo porque Juanita estaba acompañada de su madre y con los niños? ¿Cómo he podido ser tan ingenuo y confiado? A partir del momento en que don Julio, tras el nacimiento de su hijo, se había visto aquejado de nuevo por crisis intermitentes de impotencia, subsanadas a veces, aunque agravadas, otras, por su recurso al amor mercenario, los celos se habían enseñoreado de su corazón y de su mente. Ni siquiera el nacimiento de su hija Carolina, cuya concepción había coincidido con uno de los períodos en que don Julio se encontraba en mejor forma, le

había llegado a tranquilizar del todo. A medida que la niña iba creciendo don Julio escrutaba sus facciones en busca de un parecido con las suyas. Por otra parte, el entusiasmo que su mujer mostraba hacia el fascismo, centrado sobre todo en la ilimitada afición que sentía por las efigies de sus aguerridos jefes, no acababa de ser del agrado de don Julio, quien consideraba que las mujeres no tienen por qué entender ni opinar de política, motivo por el que tampoco vio con buenos ojos, a raíz de su ingreso, el año treinta y tres, en Falange Española, la iniciativa de su esposa en el sentido de mandar enmarcar una gran fotografía de José Antonio y colgarla en la pared del comedor. Ya tiempo atrás había tenido don Julio que oponerse a un proyecto similar, tendente a colocar en el salón una foto de Mussolini y otra del conde Ciano. A cambio, don Julio había propuesto a su mujer la colocación de la del rey Víctor Manuel junto a la de don Alfonso XIII, pero su propuesta no halló el menor eco, hasta el punto de que doña Juanita perdió todo interés por el asunto. Sin embargo, la afiliación de don Julio a Falange hacía prácticamente imposible una negativa explícita a la iniciativa de su esposa, de modo que cada vez que don Julio se sentaba a desayunar, a comer o a cenar, tenía que hacerlo siempre bajo la lejana y transparente mirada y el liso, pulcro y engominado pelo del fundador. Y así, entre zozobras, sobresaltos y denodados esfuerzos por salvar a la Patria, don Julio y su familia fueron viviendo, conservando e incluso aumentando su hacienda en espera de que quedase atrás para siempre aquella época que don Julio calificaba de aciaga, y vinieran tiem-

pos mejores para las gentes de bien. Hasta que de pronto un día de verano, un día en apariencia como otro cualquiera, los receptores de radio tronaban la noticia a los cuatro vientos. Se les oía desde la calle a través de las ventanas abiertas. La noticia, narraba don Julio a deudos y amigos tras la conquista de Málaga por las tropas italianas, de que había comenzado la Cruzada, aunque aquellos sapos, claro está, hablaran de sublevación de generales facciosos, de conjura contra la legalidad. Pero yo sentía, sabía en mi corazón que aquello era una cruzada. Con qué júbilo acogimos aquella noticia, sin pensar en que de la noche a la mañana nos lo iban a quitar todo, nos íbamos a ver desposeídos de todo: el cortijo grande, el cortijo chico, la fábrica de conservas, las dos tiendas, todo, absolutamente todo. Y por si fuera poco mi pobre padre que en paz descansa, un anciano venerable, un alma buena, un verdadero señor, se me moría aquel mismo día, la noche de aquel día, para ser más exacto. Moría mientras las radios vociferaban, tergiversándola, aquella noticia que representaba nuestra única esperanza. Mi pobre padre, con aquella clarividencia que le había dado Dios, había barruntado lo que iba a suceder cuando la chusma roja tomara el poder: ¿es que aún no lo han tomado?, fueron casi sus últimas palabras, poco antes de que le diera el patatús. Y añadió: hay que impedir por todos los medios que se hagan con el poder como se hicieron con él en Rusia los bolcheviques. Qué tiempos, Dios mío, qué momentos aquellos tan terribles, aunque no sólo para nosotros sino para toda gente de bien. A otros les habían ido las cosas incluso peor, mucho peor.

¿Acaso no mataron un hijo a los Vélez? Eso sí que es una tragedia. Aquel muchacho tan inteligente, tan guapo, le recuerdo como si le estuviera viendo, a su regreso de un viaje por Baviera, un día que vino a casa de visita con su padre, producía verdadero entusiasmo el oírle explicar sus ideas y sus impresiones sobre lo que había visto en Munich y en otros sitios. Recuerdo que su padre quería comprarse un Ford, pero el chico se empeñó en que tenía que ser un Auto-Unión o un Mercedes Benz, y no paró de dar la lata a su padre hasta que se salió con la suya, qué muchacho, cuando me enteré de que le habían matado lloré como si se hubiera tratado de un hijo mío. ¿Y los Quiñones? ¿Qué me decís de los Quiñones? Un familión como aquel, tres de las hijas monjas de clausura y dos de los hijos jesuitas, teniendo que andar todos huidos por ahí, teniendo que esconderse, disfrazarse, vivir de un modo impropio y a veces hasta indigno de su condición religiosa para no caer en manos de la chusma roja. Sí, otros lo han pasado mucho peor, pues a nosotros al menos nos ayudó el tío Román, a quien, pese a ser la oveja negra de la familia, republicano empedernido, sin embargo aún le quedaban sentimientos, aún no había sido dejado totalmente por la mano de Dios, y cuando a mí me metieron en la cárcel a mediados de agosto, con su aval y su influencia no me trataron mal del todo. Pero en fin, ya todo pasó, ya todo, gracias a Dios, pertenece al pasado, como una pesadilla que se acaba, desde que entraron en Málaga las gloriosas fuerzas nacionales. No exageraba, en verdad, don Julio Reyes, al describir los sentimientos de júbilo y desbordado entusiasmo que le

embargaban el día en que las columnas motorizadas italianas hacían su triunfal entrada por las calles de Málaga. Ni siquiera el desmedido, el desordenado, el escandaloso alborozo con que su esposa se había lanzado a la calle para gritar su bienvenida y su homenaje a los soldados del Duce había logrado empañar su alegría o impedirle reconocer la gallardía de aquellos invencibles guerreros, raudos sobre sus motocicletas con sidecar, sus camiones y, sobre todo, imponentes asomando por las escotillas de sus estruendosos y temibles carros de combate, correspondiendo, sonrientes, brazo en alto, a las aclamaciones y los vítores de las gentes de bien, cuya salvación, justo era admitirlo, razonaba don Julio, les debían. Qué requeteguapos, había exclamado doña Juanita al verlos pasar erguidos, enhiestos sobre sus tigres de acero. Sí, qué guapos, se confesaba para sus adentros el propio don Julio, pese al secreto y profundo desagrado que le provocaba el delirante júbilo de su esposa. Pero todo podía ser perdonado aquel día glorioso, todo, hasta los vítores de su mujer a los legionarios del Fascio, pues con ellos la vida volvía a su cauce y el orden natural de las cosas era restablecido. En la mente de don Julio bullían, impetuosas, las esperanzas y los proyectos optimistas. Tras la cercana, inevitable derrota de la República, se imponía la reorganización del patrimonio que le legara su padre, su consolidación y fortalecimiento, pues no era cosa de cruzarse de brazos sino de hacerlo incrementar, multiplicarse. Los tiempos cambiaban, los rojos iban a ser derrotados, virtualmente lo estaban ya, a menos que les ayudaran Inglaterra y Francia, pero eso

no sucedería, no había sucedido ni sucedería nunca porque, razonaba don Julio, pese a la corrupción moral que existía en esos países, en ellos, sin embargo, imperaba el orden natural de las cosas, como en la España redimida por el Caudillo, y por lo tanto ni Inglaterra ni Francia ni los Estados Unidos estarían dispuestos a tolerar que ese orden se subvirtiera en la punta occidental de Europa. Es verdad, admitía don Julio ante las reticencias de algunos de sus camaradas de Falange, que en esos países hay marxistas infiltrados que urden campañas antiespañolas en la prensa y en la radio, pero a la hora de la verdad, sentenciaba don Julio, sus gobiernos no estarían ni podrían estar sino al lado del orden natural de las cosas, que es el suyo propio. ¿Acaso no funcionaban, argüía, los carros de combate y los aviones de nuestras fuerzas con el carburante que nos proporcionaban los Estados Unidos? Ciertamente que el Führer y el Duce, reconocía don Julio, en cuanto barrieran a la chusma roja que infesta los continentes, y sobre todo a los bolcheviques, de modo que Rusia se vea abocada a cumplir su destino, que no es otro que el de granero de Europa y cantera de mano de obra, instaurarían un orden nuevo en el mundo, pero aún en el improbable caso de una victoria de las democracias sobre Alemania e Italia, el orden natural de las cosas no se vería afectado en lo esencial, sino sólo en lo accesorio, pues el único verdadero mal, el mal absoluto es el comunismo y nada más que el comunismo. Don Julio era el primero, solía puntualizar ante la errónea interpretación que alguno de sus camaradas daba alguna vez a sus ideas, en comprender que había que combatir

a la democracia, al liberalismo ateo y judeomasónico, pero ello no debía hacer que se perdiera de vista lo esencial, lo primordial. Él mismo había estado y estaba, solía recordar don Julio a quien lo hubiera olvidado, en primera línea en la lucha contra los enemigos de la patria. Y en efecto, don Julio Reyes había sido desde la primera hora un denodado combatiente, si no, por razones de edad, en los frentes de batalla, sí en la retaguardia, donde la lucha no era menos importante. Hasta doña Juanita le encontraba atractivo con su uniforme azul, sus negros correajes, sus relucientes botas y su pistola al cinto. Infatigable y abnegado, todos lo reconocían, se había mostrado en su espíritu de servicio, el cual se había centrado, desde el momento mismo de la ocupación de la ciudad por las fuerzas fascistas, en la no pocas veces ardua y penosa tarea de colaborar con la Justicia en su misión de enderezar los entuertos perpetrados por los rojos y de buscar, capturar y castigar a estos. Desagradable tarea a veces, en verdad, pues según la opinión que don Julio tenía de sí mismo, él era un hombre de corazón sensible, lo que le había llevado a hacer lo posible por salvar de los rigores de la ley a más de un republicano, empezando por su tío Román, caso que no había presentado problemas ni dificultades especiales, dadas las circunstancias atenuantes que concurrían. No así, en cambio, en otros casos, como los del Juanón, el Manolo y el Lucas. ¿Salvarlos? Imposible. Ello habría sentado un pésimo precedente. No se los podía y no se los debía salvar. Todo aquel que hubiera, sentenciaba don Julio con acentos de consternada pero implacable firmeza, hecho lo que el

Juanón, el Manolo y el Lucas habían hecho, tenían necesariamente que pagarlo. Los peones conocidos por el Juanón y el Manolo, contratados para trabajos eventuales en el cortijo grande de la familia Reyes, y el jornalero Lucas Mora, hijo de Adriana, la vieja guardesa, viuda del mozo de cuadras Timoteo, habían formado parte del comité revolucionario que había llevado a cabo la expropiación de los bienes de la familia. No es que él no quisiera salvarlos, se narraba a sí mismo la historia don Julio, es que aunque hubiera querido interceder ante los jueces no habría sido escuchado. Y se comprende, se decía mentalmente en sus soliloquios, porque el crimen de aquellos ingratos, de aquellos rufianes no se pagaba sino con el paredón. Qué cosa tan penosa, tan violenta, la visita de la vieja Adriana, la madre del Lucas. Mire usted, don Julio, que me lo van a matar, que es lo único que tengo en la vida y me lo van a matar. Qué escena tan desagradable, cada vez que pienso en ella se me revuelven las tripas, la vieja Adriana, que había nacido en el cortijo antes de que mi padre lo comprara, y donde se había casado con un peón y donde había nacido el propio Lucas, su único hijo, y donde éste había empezado a trabajar a los catorce años. Mira, Adriana, no puedo hacer nada, no es como en el caso de Sebastián, que él de por sí no se metió en nada, que fue arrastrado por la corriente y nada más y eso a mí me constaba y podía certificarlo, vamos, decirlo, ¿comprendes? ante el tribunal, y los jueces podían tomar en consideración mi palabra, vamos, que podían creerme, esto es lo que quiero que entiendan, tienes que comprenderlo, Adriana, tu Lucas, y

el Juanón, y el Manolo, son casos diferentes. ¿Con qué cara les voy a decir yo a los jueces que no se metió en nada si hasta las piedras saben la verdad? Saben que él, junto con los otros dos, fue quien se encargó de formar el comité, y entre los tres instigaron, vamos, que empujaron a los demás a realizar las expropiaciones. Sí, Adriana, fueron ellos, aunque ahora lo nieguen, pero todo el mundo lo sabe, lo saben hasta las piedras, mujer, tienes que comprenderlo, ya sé que la cosa es dura para ti, un hijo es un hijo, yo lo comprendo, mira, Adriana, yo bien quisiera ayudarlo, por ti, porque te aprecio de veras, y a tu Lucas también, no creas que no, aunque él se haya portado con nosotros de esa manera tan guarra, porque yo, para que te enteres, no sé guardar rencor, yo le perdono, pues Dios nuestro Señor nos manda perdonar, pero tienes que comprender que no puedo hacer nada, me es absolutamente imposible, no es como en el caso de Sebastián, no lo es, mujer, no lo es, ahora bien, si ocurriera lo peor yo no te voy a dejar en la estacada, tu sabes, Adriana, que en el cortijo siempre tendrás un sitio, que no te va a faltar de comer mientras yo viva y tú puedas hacer un trabajillo cualquiera. Mire usted, don Julio, que me lo van a matar, por lo que usted más quiera, don Julito, que me lo van a fusilar y es lo único que tengo en el mundo. Fue penoso, sí, qué escena tan penosa, tan violenta, tan desagradable, pero ¿qué podía hacer él? ¿Qué puedo hacer yo, Adriana? Compréndelo, compréndelo, compréndelo. La vieja Adriana, tan encogidita, tan negruzca, tan seca, tan ignorante. Ni siquiera sabía leer. Un alma sencilla, un alma de Dios que no sabía nada de

nada, y ni falta que le hacía. Ella, al igual que todas las honradas y laboriosas gentes del pueblo, a lo único a que aspiraba era a vivir tranquila y en paz. Los malditos rojos habían intentado emponzoñarles el corazón, pero no lo habían conseguido. Solamente a sus hijos, a los hijos de todas las Adrianas les habían logrado envenenar, y ahora los venenosos envenenadores y envenenados tenían que pagar sus crímenes, vaya si los tenían que pagar, pues hasta ahí podíamos llegar, aunque a veces, en algunos casos, pudiera resultar violento, penoso, desagradable, pero ¿qué puedo hacer yo? ¿qué podía hacer, se preguntaba don Julio, en un caso tan escandalosamente criminal, pues una cosa era tener sentimientos humanos, tener corazón, como, razonaba, los tenía él, y otra muy distinta era caer en culpables debilidades que a la larga sólo podían traer la ruina de las gentes de bien y, por ende, la ruina de la Patria? ¿Qué otra, reflexionaba, podía haber sido su conducta en aquellos años difíciles sino la de contribuir a afianzar la nueva España surgida de la victoria? España, se decía, necesitaba de sus hijos para limpiarla de enemigos. Cabía, sí, hasta cierto punto la misericordia, pero ante todo se imponía firmeza e inflexibilidad contra quienes se habían propuesto destruir España, pues si se les permitía esconderse en sus guaridas no tardarían en salir de nuevo a hacer de las suyas. ¿Qué podía hacer yo en aquellos primeros años sino lo que hice, aunque a veces se dieran casos penosos, desagrados, como el de la vieja Adriana? El cadáver de don Julio se estaba poniendo verdoso a medida que avanzaba la tarde. Las manos, entrelazadas sobre

el abdomen, aprisionaban un rosario de nácar. La nariz había empezado a destilar un liquidillo amarillento. El Cristo crucificado había estado a punto de caerse al suelo después de que tropezara con él don Luis, quien se había levantado de su sillón junto al ataúd a media tarde para ir al retrete y al dirigirse hacia la puerta parecía no haber advertido la presencia de la escultura. El sobrino del coronel Soto, que se encontraba en aquel instante rezando una oración cerca del catafalco, se había abalanzado sobre el Cristo y, abrazándose a él, había logrado impedir que se derrumbase. Pobre don Luis, comentaron dos señoras sentadas en unas sillas al fondo del salón, está tan afectado que ni se da cuenta de lo que hace. Don Luis había seguido su camino y regresado al poco en silencio a sentarse en su sillón, como si nada hubiese ocurrido. Soledad se había asomado a la puerta del salón al oír el ruido y el revuelo, pero se volvió a la cocina. Era todo un señor, oyó decir al coronel Soto desde el gabinete, sobre un fondo de sollozos femeninos, agudos y ahogados. Soledad, al terminar la fiesta que había tenido lugar la primera noche de su entrada al servicio de la familia Reyes, cuando hubo acabado de recoger las copas, los vasos, las botellas, los ceniceros y las bandejas, se dejó caer sobre las baldosas de la cocina y, al cabo de un rato, de pronto, sin saber por qué, le brotaron de los ojos lágrimas a racimos, a borbotones, que le resbalaban por los pómulos, por la nariz, por el mentón, y caían, silenciosas, al suelo como gotas de lluvia. El mundo no era ya más que una gigantesca lágrima, trémula y fría, una lágrima que no aliviaba, que no redimía,

que no daba razón de nada, que ni preguntaba ni respondía por el porqué de las cosas, de la noche, del día, de la palabra y el silencio. Una lágrima que solamente ahogaba, quemaba como quema el hielo, con un fuego negro, distante, lejano pero al mismo tiempo entrañado en lo más hondo del temblor, del oscuro centro del pálpito. Una lágrima libre como el viento, hoscamente libre, como un pájaro. Se puso a pensar en la historia que el verano pasado le había contado Hilario, un albañil de un pueblo de la sierra madrileña donde la familia Reyes tenía una casa de campo en la que pasaba temporadas. A mí se me murió la vida como un perro, talmente como un perro que ha estado con uno muchos años y de pronto una mañana, al levantarse, te lo encuentras muerto debajo de la mesa. O si quieres como un árbol que hubiera plantado uno con estas manos y que lo regara todos los días y esperaba verlo crecer, y que una noche de abril cae una helada negra y lo seca y unos días más tarde lo ve uno y dice: esto ya no navega, se me ha muerto el arbolito, y lo tiene que arrancar de cuajo. Pues semejante se me murió a mí la vida. Fue al terminar la guerra. Yo antes tenía como una luz aquí dentro, ¿sabes? como una luz que me ayudaba a vivir. Pero se acabó. La guerra fue para mí como un hachazo, te lo digo sin faltar a la verdad, como un hachazo. Y no es que antes viviera uno bien, no es que yo fuera uno de esos que la gente acostumbra a decir: fulanito vive bien. No, no era eso. Y a mí, por otro lado, que eso que la gente llama vivir bien tampoco es que sea vivir bien de verdad, que vivir bien no es tener muchos cuartos para gastártelos en cosas, que eso

yo no lo tenía y en ese sentido, digo, no vivía bien, pero en cambio tenía aquí dentro eso que, ya te digo, era como una luz. Mi padre me había puesto a trabajar a los doce añitos recién cumplidos, y la cosa era muy dura, te lo digo yo, pero que muy dura. Me colocó de aprendiz con un sillero. Tenía que estar todo el tiempo trenzando cuerda, trenza que te trenza diez horas, y más, que se te quedaban los dedos y los brazos doloridos, y los ojos escocidos de tanto fijar la vista, y las espaldas baldadas de la postura agachada en que tenías que trabajar. Pero el sillero, que era un viejo, murió al año. Fue entonces cuando el maestro de la escuela, don Gabriel, le fue a ver a mi padre para decirle que si yo era muy listo, que si yo valía mucho para los estudios y que a ver si me permitía que siguiera yendo a la escuela unos años más. Pero mi padre le contestó, yo estaba delante, lo recuerdo como si lo estuviera oyendo en este momento, fue en una tarde de lluvia y soplaba un ventarrón que venía de los montes dando aullidos que parecían de lobo, le contestó, digo, que a él su padre le había puesto a trabajar a los diez años, y que a los chavales no se les debe acostumbrar mal, que trabajar es lo que van a tener que hacer toda su vida y que si empiezan pronto, tanto mejor, que así se hacen hombres antes. Entonces el maestro, viendo que no podía convencer a mi padre, le pidió que por lo menos me dejase ir todos los días a la escuela después del trabajo a aprender música, de modo que en el futuro pudiera entrar como músico en la banda. Podrá sacarse unos cuartos tocando los domingos en el baile, se le ocurrió al maestro decirle a mi padre por ver de arrancarle

su consentimiento. Y se lo arrancó. Y es que antes de la guerra, el pueblo, ¿sabes? tenía una banda, sólo que siempre faltaba algún músico porque los que tocaban se tenían que marchar a Madrid a trabajar en la construcción, o de barrendero, o lo que saliese, porque aquí en el pueblo escaseaba el trabajo, y de ahí que don Gabriel, que enseñaba no sólo las letras sino también la música, quería que hubiera chavales que fuesen aprendiendo los instrumentos, de manera que la banda no se acabara por falta de personal. Y así aprendí yo a tocar el saxofón, porque mi padre, con eso de que la cosa no me quitaba de trabajar y que además yo podía acabar trayendo cuartos a casa, le dijo al maestro que bien, que conforme. Así, digo, es como llegué a aprender a tocar el saxofón. Claro que nunca lo toqué bien, eso no, pero para mí era una gloria tocarlo. Don Gabriel me enseñó también el solfeo, y te juro, muchacha, que aquellos años fueron, no sé cómo decirlo, fueron como vivir bajo una luz, aunque para mí la vida empezaba cada día a la hora que salía de la fábrica de sogas y cuerdas, que es donde me metió mi padre antes de que el sillero se muriera, la única fábrica que había en el pueblo, que ya no la hay, ni esa ni ninguna otra desde hace muchos años. El edificio donde estaba se puede ver todavía conforme se sube por la carretera de Madrid, junto a teléfonos, un caserón cerrado y con las ventanas cegadas con ladrillo, porque los hermanos del dueño, que hace ya mucho que murió, están entre ellos con pleitos y líos de notarios y juzgados por cosa de la herencia. Te decía que para mí la vida empezaba a la salida del trabajo, que eran diez horas dale que te pego

con las condenadas sogas, que a veces se me figuraba que fueran culebras que se me colocaran callandito en el corazón y me lo apretaran así, así, como puedes apretujar en el puño a un gorrión hasta que no queda más que un guiñapo de huesecillos, plumas y sangre. Pero en cuanto salía de la fábrica y me marchaba para la escuela, ya era otro, ya era feliz. Este don Gabriel, sabes, era un hombre de una vez, toda una persona, vamos, que no era como todo el mundo, como más o menos somos todos. Para él, por ejemplo, nosotros los chavales no éramos cosas, sino personas. Entiéndeme, es que, si bien se mira, si se mira la vida como es, resulta que cada cual no es para los otros sino lo que vale, vamos, semejante a una cosa que vale tanto, que a tanto la puedes comprar o a tanto la puedes vender o cambiar por otra, o que la puedes usar mientras te conviene o mientras dura, y luego la tiras cuando ya no te sirve. Eso es lo único que se mira en la vida, y eso a mí me parece que está mal, porque las personas no somos cosas ni somos lo que valemos ni dejamos de valer, ni somos la utilidad que tengamos para el amo que nos paga por el trabajo que hacemos para él, sino que somos, pues eso, personas. Personas que, es un decir, puede darse que quieran tocar el saxofón o aprender las letras bien aprendidas o las dos cosas a la vez, vamos, lo que me pasaba a mí cuando chaval. Pero mira por dónde eso es precisamente lo que no podía ser, o, en lo poquito que podía serlo, era después de haber tenido que estarme diez horas cada día haciendo sogas para que el señor Rafael, que así se llamaba el amo de la fábrica, las vendiera luego, y con los cuartos que sacaba, pudiera

hacer que sus hijos aprendieran el saxofón o las letras, o lo que fuera, como es debido. Dicen que hay Dios, pero yo pienso que no, o que al menos no lo hay para nosotros, los que para ganarnos el pan no tenemos otra cosa que estos dos brazos. Para los señoritos puede que sí lo haya, en eso no me meto. Pues te decía que una vez terminado el trabajo me iba a la escuela para aprender música, y te juro que lo que más me gustaba en el mundo era la música, y hoy es el día en que me sigue gustando lo que más, que para mí lo más hermoso y lo más serio que puede haber en la vida, sabes, es sentir esa cosa que se siente y que, por más que te empeñes, no puedes explicar en qué consiste, cuando oyes sonar la armonía de los instrumentos y, es un decir, la ves subir y bajar, y te da lo que necesitas, fuerza, alegría, tristeza o consuelo, resignación o rebeldía, que todo eso, y más, te puede dar. La música, y perdona la comparación, es como el cuerpo de una moza cuando la tocas toda y la acaricias y la sobas y te quemas como si entre las manos tuvieras un ascua y, en vez de querer soltarla para no quemarte, necesitaras quemarte más y más. Cuando, después de tres años de estudiar un poco por las tardes, don Gabriel me puso en la banda, para mí fue la gloria, te lo juro. Tocaba los domingos para que bailase la gente en la plaza, y yo no soñaba con pedirle a la vida nada mejor. Pero entonces, nada más cumplir los dieciséis años, estalló la guerra, y la banda de música se deshizo, porque la mayoría de los músicos tuvieron que irse de soldados. Yo también, al cabo de un tiempo. Y en el treinta y ocho hasta me mandaron al frente. Pero la guerra acabó pronto y volví al

pueblo. La guerra fue como un hachazo en mitad de mi vida, me la dejó rota para siempre, como un tronco partido en dos. A don Gabriel le fueron a buscar al día siguiente de entrar en Madrid los de Franco. Una tarde subieron de Madrid cuatro hombres en un coche. Le habían denunciado los dueños de la carnicería ésa que hay en la plaza que llamamos Mayor, bueno, ahora la carnicería la tienen los hijos. El padre y la madre se murieron hace ya bastantes años, gente muy atravesada, fríos como culebras, él y ella, lo único que miraban en la vida eran los cuartos. Al acabarse la guerra el Gobierno les devolvió todas las fincas que les habían confiscado cuando la República, terrenos muy grandes y de lo mejor que había en el pueblo. Al día siguiente, digo, es cuando vinieron a por don Gabriel. Le habían denunciado porque no creía en Dios y era comunista y no tenía patria y además vivía con una mujer sin estar casado con ella. Al principio don Gabriel vivía solo. Había venido acá desde su tierra, de Vascongadas, en el treinta y uno. Pero pasó un tiempo y un buen día vino una muchacha y se quedó a vivir con él. La recuerdo muy bien. Era flaca y muy alta, mucho más alta que él, que era más bien bajito. La gente del pueblo, sobre todo las mujeres, murmuraban de ellos. Decían que había abandonado a la mujer legítima y a sus hijos, allá en su tierra, y que por eso se había venido lejos, aquí. No sé yo de dónde se habrían sacado todo eso, pero ya se sabe lo que son las murmuraciones. El caso es que como don Gabriel era bueno, y la muchacha no se metía con nadie, los chismes se quedaron en eso, en chismes, y no pasaron a mayores. Y digo yo qué

diferencia habrá en que una mujer y un hombre vivan juntos casados o sin casar. Cierto era, eso sí, que don Gabriel no creía en Dios y que a los chavales nos decía que no era Dios quien había creado el mundo y los hombres, sino los hombres los que se habían inventado a Dios y los que, si quisieran, podrían inventarse el mundo, un mundo que fuese distinto a éste. Y para mí que llevaba razón. En cambio lo que no era cierto es que don Gabriel no tuviera patria. Sí que la tenía, y a veces, no muchas, nos hablaba de ella, la suya, que él llamaba Euskadi. Nos decía que su patria aún no era libre, pero que un día lo sería. Y a veces nos hablaba en su lengua, nos recitaba un poema y luego nos explicaba lo que quería decir. Y a mí, que no entendía ni palabra, claro, sin embargo me gustaba oírle, porque en su boca aquellas palabras sonaban como música, una música extraña, pero hermosa. Le vinieron a buscar, digo, cuatro hombres con uniforme de requetés, con correaes y pistolas, cartucheras y puñales al cinto. No le encontraron en la escuela, que era donde el maestro y la mujer tenían su vivienda, y se pasaron como dos horas busca que te busca por todo el pueblo, a ver si le cogían. Registraron casa por casa, y luego por las bodegas, las cuadras, los graneros, los desvanes, hasta en los pozos miraron, y en la iglesia, que el párroco, que era de Falange, en cuanto vio a los cuatro hombres aquellos enseguida se les acercó y se puso a su disposición e incluso dio la idea de mirar en la iglesia, porque, dijo, la sacristía tenía un sótano que él no había llegado a ver desde que se había hecho cargo de la parroquia. Y fueron y registraron a fondo, pero no

dieron con él. Al cabo fueron a tomarse unas copas a un bar que antes de la guerra se llamaba bar El Cojo, porque su dueño lo era, y que después le puso bar Imperio, ése que está en la plaza del ayuntamiento, y mientras se las tomaban se pusieron a hablar entre ellos en voz bien alta para que les oyera la gente. Empezaron a decir que no les extrañaba nada el no haber encontrado en el pueblo al maestro, que ya se habían figurado ellos que se había largado a otra parte, pero que por mucho que se escondiera tarde o temprano acabarían por encontrarle. Y luego se liaron a hacer preguntas a los que estaban allí tomándose un vaso. La gente les contestaba que no sabía nada, que, como aquel que dice, al maestro ni le conocían, que nunca le habían tratado, temblando de lo que pudiese ocurrírseles hacer a los cuatro sujetos aquellos. Y ellos dale que te pego, diciendo casi a gritos para que se enteraran bien los del bar y corriesen la voz por todo el pueblo, que quien ocultara o hubiese ayudado a huir o a esconderse al maestro lo iba a pasar muy mal porque eso era, decían, obstaculizar la acción de la justicia, aunque, repetían sin parar, de nada les iba a servir porque tarde o temprano le echarían el guante. Y así fue, porque tres días más tarde le cogieron, se ve que gracias a que alguien dio el soplo de que en un pueblo de al lado, un pueblo muy grande, mucho más que el nuestro, vivía uno que era amigo de don Gabriel. Al parecer se fueron enseguida para allá y le cogieron escondido en la bodega de la casa, y se lo trajeron para acá, para el pueblo, en el mismo coche en que habían venido tres días antes. Dicen que al amigo del maestro, el que le había escondido, lo

entregaron a la Guardia Civil para que le diera un palizón, y al maestro, te decía, lo trajeron para acá y en la plaza que llamamos del Álamo pararon el coche y lo sacaron a empujones y se pusieron a insultarle a gritos, haciendo señas a la gente para que se acercara. La gente temblaba, pero se acercaba. Cuando ya se había formado un corro bastante grande sacaron las pistolas y ordenaron al maestro que se pusiera de rodillas y dijera a la gente que se arrepentía por haberles enseñado el ateísmo y la corrupción moral, y que pidiera perdón públicamente, y que saludara brazo en alto y gritara Viva Franco y Arriba España y Viva Cristo Rey. Pero ¿sabes tú lo que pasó? Pues que don Gabriel, que al principio, cuando le sacaron del coche, se le veía al hombre sudando y con una cara blanca como el yeso, desencajada, con una barba de muchos días, con los labios que le temblaban tanto que hasta se oía el ruido de los dientes castañeteándole, de repente dejó de temblar y se le secó el sudor de la frente y se puso a insultarles él a ellos. Y encima, de pronto, se puso a hablar en su lengua, como si se estuviera hablando a sí mismo, tranquilo, con una sonrisa muy triste, pero muy llena de luz, en los labios. Excuso decirte que los cuatro individuos se pusieron fuera de sí y empezaron a pegarle culatazos y patadas y a decirle que le iban a matar allí mismo, y mientras unos le seguían dando puntapiés y puñetazos, los otros le ponían la pistola en la sien o en el pecho. Estaban como locos, como fieras. La gente estaba muerta de miedo, no sabía qué hacer ni qué decir. Mi padre era uno de los que presenciaba la escena, y por él lo sé todo, y por una

sobrino suya y un hermano de mi padre, el tío Gregorio, que también estaban en el corro. Yo por entonces estaba de soldado y aún no había vuelto al pueblo. La gente, te decía, estaba muerta de miedo, pero aun temblando y todo, algunos, dos o tres mujeres ya mayores, sacaron coraje de dentro para decirles a los individuos aquellos que si por un casual no estarían equivocados, que don Gabriel no era mala persona, que tal vez le estaban confundiendo con otro. Pero en que oyen esto, y aunque se lo habían dicho con un respeto exagerado, sin alzar la voz casi, los cuatro, y sobre todo el don Julio ése, tu señorito, que era quien más excitado estaba, se revolvieron contra la gente del corro y les apuntaron con las pistolas y empezaron a gritar que iban a hacer un gran escarmiento, que al día siguiente volverían con una escuadra a ametrallar a todo el pueblo. La gente, entonces, como si fueran caballerías que salen de estampida, echaron a correr cada cual por su lado, temblando que no les disparasen por la espalda. Los cuatro hombres metieron a don Gabriel en el coche y, como se llegó a saber luego, se lo llevaron a un pinar que llamamos El Reajo, que está de subida para el puerto. Al día siguiente se vio llegar por la carretera de Madrid, de madrugada, una camioneta que enfiló la cuesta que lleva al puerto, y al cabo de no mucho bajó otra vez para Madrid. Hasta bastantes días más tarde, en que se vio que lo de que iban a venir a ametrallar al pueblo no se cumplía, la gente no se atrevía a hablar de lo ocurrido. Poco a poco se fue pasando el miedo, y alguno del pueblo se fue con disimulo para el pinar, como para coger leña, y luego dijo que en un claro

había encontrado manchas oscuras, secas, unas ramas desmochadas y una soga, como una culebra muerta, al pie de un árbol. Y vio entre la hojarasca una cosa que relucía y resultó que eran unos dientes de oro, y se los guardó y se los enseñó a mi padre. Y pasó el tiempo y, ya digo, la gente empezó a hacer comentarios, y uno al que llamábamos el Alemán porque era muy rubio, pero que su verdadero nombre era Federico, se atrevió a contar que él lo había visto todo. Estaba, dijo, recogiendo leña para la lumbre en el pinar y oyó pasos y se echó a tierra temiendo que fuese un guarda forestal o una pareja de la Guardia Civil, porque el coger leña está prohibido, pero lo que vio fue a cuatro hombres con capotes negros y correajes y boina roja que caminaban pistola en mano detrás de otro hombre de paisano con las manos atadas a la espalda y la cara tan demacrada que le costó un rato reconocerle y darse cuenta de que era don Gabriel. Los cuatro hombres iban hablando entre ellos y de vez en cuando se volvían hacia el maestro y le insultaban y le decían que se preparase, que dentro de poco iba a saber lo que era bueno. Cuando llegaron a un pequeño claro en el bosque, muy cerquita de donde estaba oculto el Federico, ataron al maestro por los pies, vamos, por los tobillos, con una soga que traían, la pasaron por una rama gruesa y le izaron al pobre hombre, dejándolo colgado del árbol boca abajo. Entonces se pusieron a tronchar ramas y a desmocharlas con sus machetes y cuando se hubieron fabricado unos garrotes empezaron a pegarle a don Gabriel con todas sus fuerzas, sobre todo, decía el Alemán, en las piernas y en los brazos y en los lomos,

para romperle los huesos. Y uno de ellos, contaba el Federico, y al contarle se le saltaban las lágrimas, se puso a pegarle en plena cara, que se la destrozó. Le había entrado tal furia que hasta sus compañeros tuvieron que sujetarle y le dijeron que no le diera más en la cabeza porque si no iba a palmar enseguida. Así no, Julio, así no, que la diña en un momento y le haces un favor, contaba el Federico que le dijeron sus camaradas al tal Julio, que luego, como dos años más tarde se supo en el pueblo, era un señor muy importante, con muchos cuartos, y hasta se mandó hacer por los alrededores un chalet que es de los mejores de por aquí, bueno que te voy a decir yo a ti, muchacha, que estás ahora en él. Y el tal don Julio, decía, se calmó y les contestó a los otros que sí, que tenían razón, y siguió pegándole a don Gabriel con el garrote en el cuerpo pero no en la cabeza. Así se pasaron, dijo el Federico, un rato muy largo, y al cabo se dejaron caer sobre la hojarasca, muertos de fatiga, mientras el maestro seguía colgado boca abajo del árbol, como un saco, quieto y mudo, sangrando por la boca, por las orejas y por todas partes. Al rato uno de los hombres se levantó y se acercó a cerciorarse de si todavía le latía el corazón a don Gabriel. Le puso la oreja pegada al pecho, que, por cierto, contaba el Alemán, se le quedó toda manchada de sangre, y se volvió hacia los otros y les dijo que aún estaba vivo. Aún vive el condenado, dice que dijo. Y entonces el que era el mandamás, el don Julio, se acercó a don Gabriel, sacó la pistola de la funda de cuero que llevaba al cinto, le quitó tranquilamente, con calma, el seguro, y le pegó al maestro seis tiros a quemarropa, todo el cargador,

aquí en la parte de la barriga y del estómago, y se guardó el arma y sacó un pañuelo y se enjugó el sudor de la frente, que le chorreaba, y eso que el frío era grande. Los otros, contaba el Federico, habían sacado entre tanto papel y tabaco y se habían puesto a liarse cigarrillos, y el don Julio se sentó con ellos en las breñas, sacó su tabaco y su papel y se lió también, despacio, un cigarrillo y así estuvieron, decía el Alemán, fuma que te fuma un buen rato mientras charlaban tan tranquilos. Yo ya mañana me voy para mi tierra, que va para un año que tengo allá todo abandonado, familia, negocios y todo, dice el Federico que dijo el mandamás. Envidia me das, le contestó uno de sus camaradas, porque en Málaga debe estar haciendo ahora un sol casi como en verano. Y así, decía el Federico, discutiendo de si en Málaga iba a hacer o no mejor tiempo que en Madrid, se acabaron de fumar los cigarrillos y se levantaron y echaron a caminar hacia la carretera, donde habían dejado el coche. Pero antes, el tal don Julio, mientras se abotonaba el capote, vio que tenía una mancha roja en la pechera y se puso a restregarla con todas sus fuerzas con un pañuelo mascullando que aquello no se quitaba, que las manchas de sangre son muy rebeldes, y uno de sus camaradas le dijo que lo dejara, que se les iba a echar la noche encima, y entre tanto otro se había acercado al maestro y le escudriñó y, volviéndose a sus camaradas, dijo que el condenado todavía alentaba, y los otros le dijeron: bueno, déjalo, que a ése poco le queda ya. Y los cuatro se marcharon. Y yo, contaba el Alemán, que oí marcharse el coche carretera abajo me levanté del suelo y me acerqué al desdichado

con la intención de descolgarle, aunque para mí, decía, estaba ya muerto y más que muerto, pero en esto oigo el ruido de un coche que sube la cuesta, y sin pensarlo dos veces salí corriendo para el pueblo por el atajo, no fuera a ser que volvían los cuatro. Ésta es la historia que contó el Federico, y así pudo el pueblo enterarse de lo que había ocurrido. A la mujer, vamos, a la muchacha aquella que vivía con el maestro, la cogieron, según se dijo, un mes más tarde en Madrid, pero otros, en cambio, dijeron que había podido escapar a Francia, y nada se ha sabido de cierto. Y en cuanto a mí, nada más desmovilizarme y volver al pueblo me tocó ir otra vez al servicio militar, ahora con los que habían ganado la guerra, y me pasé tres años en Tetuán. Al volver estaba ya, te lo juro, como vacío, como si por dentro el cuerpo no tuviera ya más que serrín, como un muñeco, ni sentía ni padecía. La vida se me había muerto, semejante como se le muere a uno un perro que ha vivido con uno muchos años, o como se seca un árbol. Allá en Tetuán agarré una enfermedad de ir de putas, y dispénsame la palabra, pero ¿qué otra cosa iba a hacer? Tres años son muchos años y uno tiene sus necesidades. Me curaron allá en el hospital militar y, ya de regreso en el pueblo, sentí como si dentro de mí todo estuviera a oscuras, no sé cómo decírtelo, como si aquella luz que tenía antes, cuando don Gabriel, se hubiera apagado y al apagarse ya todo estuviera a oscuras, y el saxofón lo metí debajo del armario, envuelto en un saco de arpillera, y allí está, y allí sigue. Me casé. Sí, me casé, ya sabes, se casa uno sin saber bien por qué lo hace, pero la vida es así ¿no te parece? Acaba uno

casándose por no estar solo, para no tener que irse de putas, pero si fuese uno capaz de mirar las cosas en frío, pues no se casaría, porque uno no tiene posibles, ni los ha de tener en toda su vida, para mantener a una familia no digo ya con lujos, como los señoritos, que, puedes creermelo, a mí eso de tener muchos cuartos de sobra y ser dueño de muchas cosas que te compras con los cuartos nunca me ha parecido un ideal, sino ni tan siquiera para vivir con dignidad, vamos, para poder elegir lo que uno quiere hacer y para que los hijos puedan escoger ellos también. Pero ya ves, uno va y se casa y tiene hijos, y yo me casé y me puse a trabajar en la construcción, que es lo único que se puede hacer aquí gracias a los hoteles que se mandan hacer los señoritos, porque otra cosa no hay, ni fábricas ni industrias ni nada. Los amos de las tiendas de comestibles, y los de los bares y comercios se han hecho de oro, esos tienen millones en el banco, en Madrid. Y los que sabían el oficio de electricista o fontanero o cosa semejante han ganado también, aunque sudándolo, sus buenos cuartos y ahora algunos de ellos se han convertido en patronos que tienen oficiales que trabajan para ellos, lo cual que no me da envidia ni para mí lo quisiera, te lo digo sin faltar a la verdad, que me parece a mí que lo que debería ser es que no hubiera patronos y que todo el mundo fuera obrero. Pero dejando lo que las cosas deberían ser y volviendo a lo que son, yo lo que sé es que en la obra donde estoy trabajando ahora se presentan hombres que han venido desde muy lejos a trabajar por lo que les den, bueno, ellos dicen que les dan lo que a nosotros pero la verdad es que trabajan por lo

que sea porque allá en su tierra no tienen en qué, y sé también que el amo les paga menos que a nosotros los de aquí, y sé que duermen tirados sobre la paja, en cuerdas, si les dejan, porque, claro, con lo que ganan, no siendo del pueblo, quiero decir, no teniendo casa propia como la tenemos los de aquí aunque nos la hayamos tenido que construir con nuestras propias manos, pues, digo, con lo que ganan no les llega para pagarse una habitación decente y poder ahorrar algunos cuartos y mandárselos a sus gentes. Y encima de que ellos lo pasan mal, nosotros, los de aquí, salimos perjudicados porque no podemos reclamar mayor jornal, ya que siempre hay otro que ha venido de otro lugar y está dispuesto a trabajar por menos. Y mucho ojo con rechistar porque si el amo ve que protestas te ficha y ya puedes ir luego a pedirle trabajo, ni a él ni a ningún otro. A veces el mayor de mis dos chavales me dice: ande, padre, enséñeme el saxofón, que quiero ver cómo es. Pero yo no le dejo ni mirar para debajo del armario. Mi mujer me dice algunas veces que por qué no puede ver el chico el saxofón, y otras me pregunta que por qué no lo vendo entonces o se lo regalo a alguien o lo tiro por un barranco. Allí está, debajo del armario, envuelto en un saco de arpillera, el saxofón que me regaló el maestro Gabriel el mismo día que estalló la guerra, diciéndome que me lo había ganado y bien ganado después de aquellos años que había estado tocando en la banda del pueblo. Y ahí se ha de quedar. Ahí se quedará para siempre, bajo el armario. Muerto. Como yo. Como a mí, muchacha, que se me murió la vida, semejante a un perro que se te muere o a un árbol que se te seca. Soledad

lloraba sin saber por qué. Las lágrimas le caían, silenciosas, tibias, y ella se las enjugaba con el dorso y con la palma de la mano, sobre las baldosas de la cocina. Finalmente se levantó y se fue a su cuarto a dormir. También don Julio Reyes se había retirado a su habitación y se había acostado. La fiesta le había dejado en un estado de excitación y agotamiento que no le permitía mantenerse en pie. Sin saber por qué, tal vez porque la nueva criada se la recordaba lejanamente, al apagar la luz, don Julio se puso a pensar en Encarna, la chica a la que durante su primer año de posguerra en Madrid, consagrado, en unión de otros camaradas igualmente alentados, como él, por el espíritu de servicio, a la tarea de limpiar la patria de enemigos, había alquilado un coquetón pisito en la plaza de Olavide. Encarna era pequeña y regordeta, morena y con la nariz respingona. Actuaba como vicetiple en el teatro Martín, y don Julio, gran aficionado al género revisteril a condición de presenciar el espectáculo desde primera fila de butacas, inmediatamente frente a la pasarela, la había escogido por sus voluminosos pechos, que a duras penas cabían dentro del corpiño del traje de napolitana con que, en unión de sus compañeras, evolucionaba con desganado frenesí por el escenario al son de una tarantela que la orquesta bramaba con inusitada estridencia desde el foso. Le había bastado asistir un par de noches a la representación para decidirse por la chica, quien a su vez no había necesitado excesivo esfuerzo para decidirse a aceptar las proposiciones de aquel señor todavía de buen ver, vestido con uniforme de Falange y, por las trazas, nada tacaño. Pero

el idilio de Encarna y don Julio Reyes había durado sólo unos meses, justo hasta que la portera tuvo la lealtad de informarle, lealtad, por lo demás, acorde con la generosidad con que don Julio solía retribuir su discreción, de que la señorita Encarna recibía esporádicamente en su piso, aunque de modo bastante regular, sobre todo coincidiendo con los periodos en que don Julio se ausentaba de Madrid, a un joven caballero. La tía guarra, rememoraba don Julio en sus frecuentes soliloquios, engañarme a mí, a mí que no tuve con ella sino atenciones. Que si pan blanco, que si tabaco rubio, que si un corte de tela inglesa, de Manchester, sí, de Manchester, bien que lo ponía en la etiqueta, todo de estraperlo, todo comprado a precio de oro. Y es que no se puede ser bueno, los que tenemos corazón estamos perdidos en este perro mundo. Tendría que haberla matado, y no limitarse a ponerla simplemente en la calle. Pam, pam, pam, tres tiros y se acabó, la tía guarra, si no hubiese sido por el escándalo, pam, pam, pam, chasqueó los labios don Julio al recordar una vez más su historia con Encarna. Con Hildegarde las cosas habían sido distintas, con la austríaca, evocaba don Julio en la memoria, las cosas habían tenido otro carácter, otra categoría. Hildegarde Müller, que había ocupado el lugar dejado vacante por Encarna en el corazón de don Julio y en el piso de la plaza de Olavide, había llegado a España en calidad de gran estrella de una compañía de revistas cuya misión, en plena guerra mundial, consistía en mostrar los fastos y poderes que también en materia de frivolidad poseía el III Reich. Don Julio se había instalado en Madrid con su familia mediado el año

cuarenta y cuatro. Los tiempos en que se consagraba a la tarea de librar a la Patria de sus enemigos habían quedado atrás, cediendo paso a la no menos esforzada e importante labor de contribuir a su engrandecimiento, el de la Patria, a través del engrandecimiento de sus propias empresas y negocios personales. La célebre tropa revisteril austríaca había hecho su presentación en Madrid tras una gira por provincias, y muchos de sus miembros, acaso en el fondo de sus corazones desalentados por el sesgo que estaban adquiriendo los acontecimientos en los diversos frentes de batalla donde se batían las otras tropas del Reich, se dispusieron a aprovechar cualquier oportunidad que se les pudiese ofrecer para afincarse en España, aquel paupérrimo y primitivo, pero pintoresco y acogedor país. Hildegarde, con su pelo castaño oscuro, largo y lacio, con sus ojos zarcos, acuosos, traslúcidos, con su enorme boca de finos labios y su voz aguda, mimosa, aniñada. Don Julio gustaba de recordarla la noche que, sentado, como de costumbre, en la primera fila del patio de butacas, en compañía de su esposa, la había visto trotar por la pasarela al frente de la larga y serpenteante hilera de lentejueladas danzarinas, cuyos albos muslos, una pizca más, el detalle no se le escapó a don Julio, generosamente al descubierto, sin duda por tratarse de quienes se trataba, de lo que normalmente toleraban los censores nacionales en aquel género de espectáculos, ascendían y descendían en una concatenación de bruscas sacudidas verticales y de las que no habría resultado fácil discernir si constituían reclamo o repudio, incitación o rechazo. Don Julio se sintió profundamente subyuga-

do por aquella mujer que, bajo el fúlgido rictus de su sonrisa y el titilante rebrillo de sus breves vestiduras, saltaba por el escenario al compás de una czarda húngara. Tanto es así, que a la noche siguiente don Julio acudió de nuevo a presenciar la representación, esta vez sin la compañía de su esposa y luciendo un uniforme de Falange, del que ni siquiera omitió la pistola y el machete, a fin, juzgó, de imprimir la máxima prestancia y gallardía a su figura de hombre ya maduro y ligeramente tripón cuando, al terminar la función, entrase en el escenario con el propósito de presentar sus respetos y su homenaje al director del espectáculo, lo que, de acuerdo con sus esperanzas, podría facilitarle la ocasión de conocer a la admirada artista. Desgraciadamente, una vez en el escenario se encontró un tanto perdido, pues nadie allí parecía hablar castellano, única lengua en la que le era posible entenderse. Al cabo de un rato a la deriva entre bambolinas y tramoyistas, y a punto de retirarse ya, desesperando de ver cumplidos sus deseos, fue abordado por una muchacha que, tras saludarle brazo en alto con un lánguido y dulcísimo Heil Hitler, comenzó a hablarle en un chapurreado compuesto de voces italianas, francesas, rumanas y portuguesas del que don Julio no sacó nada en limpio salvo el término División Azul, al que se agarró como a un clavo ardiendo, repitiéndole en diversas entonaciones a lo largo de una conversación no tan desprovista de sentido como a primera vista pudiera parecer, ya que el conocimiento mutuo se había entablado, y ello dio pie a don Julio para, en días sucesivos, seguir asistiendo a las representaciones y al final entrar en el

escenario sin otro fin que el de renovar su homenaje a la bailarina, la cual, si bien no era la gran estrella que le había cautivado desde el patio de butacas, vista de cerca le cautivó tanto o más que la otra, con la ventaja de que no había tenido que molestarse en entablar una relación que sin duda habría presentado dificultades mayores, dada la diferencia de categoría artística de ambas mujeres, y que sin duda también habría entrañado mayores desembolsos. No tardó Hildegarde en abandonar la tropa revisteril para instalarse en el piso de la plaza de Olavide, y tampoco don Julio tardó en descubrir que la exbailarina, de muchos más años de lo que aparentaba sobre el escenario, y dotada de un temperamento entre férreo y bobalicón, le proporcionaba las gratificaciones más profundas que jamás había recibido de mujer alguna. De hecho, Hildegarde se constituyó en una especie de madre o hermana mayor para don Julio, quien experimentaba las más agudas e insospechadas delicias al sentirse dominado por su entretenida, de la que, al mismo tiempo, obtenía compensación e indulgencia sin límites hacia sus flaquezas, incluidas sus nunca definitivamente superadas crisis de impotencia, a las que la austríaca no otorgaba la más mínima importancia. Tan grande era la felicidad que don Julio halló en su relación con Hildegarde que a lo largo de los tres años que duraron sus amores don Julio fingió a menudo ante su esposa viajes de negocios sin otro fin que el de pasarse una semana entera en el piso de la plaza de Olavide junto a su querida. En el transcurso de uno de estos falsos viajes aconteció, sin embargo, lo que posteriormente don Julio

habría de calificar como la mayor desgracia de su vida, pues al regresar a su hogar se encontró con que doña Juanita lo había abandonado, dejándole una carta en la que con despiadado lujo de detalles enumeraba las ocasiones en que, según su propia expresión, le había puesto los cuernos con el que denominaba su único amor en la vida, Renzo Turati, un camisa negra, pormenorizaba doña Juanita en su epístola de confesión y de adiós, que había luchado hasta quemar el último cartucho en defensa de la República de Saló, y que de paso ahora por España en tránsito hacia Argentina, donde pensaba refugiarse, ella había decidido unir su destino al suyo hasta que la muerte los separase. La aflicción en que sumió a don Julio la tardía pero brutal prueba de lo acertado de sus sospechas respecto al comportamiento de su mujer y del emisario del Fascio en los días de preguerra fue inmensa. Sólo la presencia de Hildegarde, quien, al ser informada de lo ocurrido por el propio don Julio, había consolado a éste lanzando toda clase de imprecaciones contra Italia y los italianos, a quienes responsabilizó de todos los desastres padecidos por las fuerzas del Eje, pudo mitigar en algo la desolación de don Julio ante la vergüenza pública que, a sus ojos, representaba para él la fuga de doña Juanita. Pero sus sufrimientos y zozobras no habrían de encontrar fin sino tres meses más tarde, cuando le fue comunicada la noticia del fallecimiento de su esposa, víctima de un accidente de automóvil mientras viajaba desde la ciudad de Buenos Aires a la de Rosario. A partir de la fuga de su mujer, la mayor preocupación de don Julio se había centrado en la ocultación del

verdadero carácter de la misma entre sus hijos, deudos y amistades, para lo cual había ideado precipitadamente una historia de herencia de tierras que reclamaba la urgentísima presencia de doña Juanita en aquella lejana nación. La historia, sin embargo, resultaba tan inverosímil e insostenible ante sus hijos que don Julio no tardó en decidirse por darles una abierta explicación, aunque sin hacer mención de la carta. La reacción de don Luis y de la señorita Carolina, según comentara en su momento el Padre Evelino, director espiritual de la familia, había sido ejemplar, ya que ambos decidieron retirarse una temporada a sendas casas de ejercicios espirituales con objeto de buscar iluminación y fuerza interior para, como dijo el sacerdote, impetrar del Altísimo el perdón de su madre. Fue precisamente en el curso de la última tanda de ejercicios cuando don Evelino, por expreso encargo de don Julio, que se hallaba abrumado por el dolor de su desgracia, visitó a don Luis y a la señorita Carolina para notificarles la noticia de la muerte de su madre en Argentina, noticia que tanto él como ella acogieron con alivio e interpretaron no en el sentido de que Dios la había castigado, sino, por el contrario, en el de que, habiéndole concedido su perdón, había querido llamarla a su lado para ahorrar mayores tribulaciones a la familia. Don Julio, por su parte, no tardó demasiado en recuperarse del despiadado golpe que le había asestado el destino, ocupado, como se hallaba, en dirigir la marcha de sus enormes y florecientes negocios. No obstante, y como si, pensaba don Julio, todos los males del mundo quisieran cebarse con él, aquel mismo año Hildegarde le anun-

ciaba la inminente llegada a Madrid de su marido, exfuncionario nazi que los ingleses acababan de poner en libertad. Este nuevo golpe, sin embargo, no fue tan duro como en un principio temiera don Julio, ya que desde el primer instante Hildegarde le insinuó que puesto que iba a seguir residiendo en Madrid no veía inconveniente en que continuaran encontrándose esporádica y discretamente, lo que don Julio aceptó complacido, pues aunque empezaba a sentirse algo viejo y menos obsesivamente propenso al trato con el género femenino, género del que, conforme transcurrían los años, se iba formando una opinión más implacablemente negativa, le resultaba atrayente la idea de ser él quien pusiera los cuernos a otro. El cadáver de don Julio se estaba descomponiendo con rapidez. La tonalidad verdoso-amarillenta había comenzado a tornarse negruzco-violácea. Al pie de las numerosas coronas de flores reclinadas contra la pared del salón, del recibidor y hasta del descansillo de la escalera, había empezado a formarse un lecho de pétalos arrugados y ennegrecidos. Hasta aquellas hienas tenían que inclinar la cabeza ante la gracia y el señorío de don Julio, insistía el coronel Soto, enardecido, casi desafiante, como si esperase que alguien fuera a rebatir su afirmación. Parece estar dormidito, dijo una señora, refiriéndose al finado. Sí, es verdad, parece estar dormido, corroboró la señorita Teresa lanzando una mirada hacia su padre, el coronel Soto, quien, con ostensible disimulo, se enjugaba una invisible lágrima con el dorso de la mano. Soledad entró en el salón y se acercó a don Luis para preguntarle si quería tomar algo. Don Luis no la

oyó. ¿Necesita usted algo, señorito?, le volvió a preguntar Soledad tocándole levemente en el hombro con la punta de los dedos. Don Luis, sin volverse a mirarla, le contestó que no, que gracias, y se sumió de nuevo en la contemplación del cadáver de su padre. De pronto se incorporó del butacón y cerniéndose sobre el muerto le apretó unos tapones de algodón que tenía puestos en los oídos y que se le habían ido saliendo poco a poco. Soledad, antes de retirarse, le oyó murmurar algo, como un cuchicheo dirigido a su padre, o tal vez a sí mismo. Fuego azul. Grandes gritos azules como el fuego de las antorchas en la noche. Ígneos silencios en mil gargantas tensas, roncas, rotas. Brazos como espadas en alto. La comitiva avanzaba por el gris del asfalto y los relevos se sucedían de acuerdo con el plan previsto. Su padre y él habían formado parte de los porteadores del féretro durante un tramo del trayecto. Sin saber por qué, el cerebro de don Luis se había llenado súbitamente de las ya viejas imágenes del traslado de los restos mortales de José Antonio Primo de Rivera desde Alicante hasta El Escorial. La pútrida lividez del rostro de su padre le recordaba el tapizado de las butacas del cine de Málaga donde más tarde, apenas quince días más tarde, se había visto junto a su padre en un No-Do por espacio de unos breves, demasiado breves segundos, arracimados entre los azules hombros, entre los azules brazos, que sobre la pantalla eran negros, de los acarreadores del féretro. Qué tiempos, qué momentos, murmuró don Luis en su sillón, idos, pasados, para siempre, por siempre jamás. Atrás quedaban las horas heroicas, el apasionado

impulso de enrolarse en la División Azul, a duras penas frenado por su propio padre, quien arguyó que era excesivamente joven e invocó la necesidad y la importancia de continuar luchando dentro de España contra el comunismo, jamás, ay, como el diablo, total y definitivamente derrotado. Atrás quedaban los fervores religiosos que otrora infundieron a don Luis aliento y arrestos para, a lo largo del año y fueran cuales fueren las condiciones meteorológicas reinantes, peregrinar una vez al mes a las cumbres de Gredos, y allí, con la férrea disciplina propia de un monje y de un soldado, bajo la mística sombra de los altos picachos y la no menos mística pureza del azul del cielo, cerca, muy cerca de los luceros, consagrarse a la lectura de la Guía de Pecadores, y, en las pausas de la lectura, posar sus manos, su frente, sus labios, sobre la masa granítica de rocas y peñascos para impregnarse de su fuerza y su poderío inamovibles y eternos, y posar sus ojos sobre el inmaculado relumbre de glaciares y ventisqueros a fin de que por los abiertos ventanales de sus pupilas se le adentrara hasta lo más hondo del alma la inmarcesible pureza del hielo y de la nieve, mientras, de hinojos, recitaba sus oraciones preferidas. Atrás quedaban las solitarias fantasías, encerrado en el microcosmos de su alcoba, cuando, sacando del armario ropero el celosamente guardado uniforme de las SS que le había comprado por quinientas pesetas a un oficial de la Wehrmacht que había cruzado la frontera de Irún al caer Hendaya y se había afincado en España como representante de una firma de insecticidas agrícolas de la que se abastecía don Julio, se lo ponía e imaginaba escenas de

lucha en el frente ruso, en las que él, don Luis, era un divisionario español que, por su bravura y espíritu de servicio, se había visto distinguido por el Mando Alemán con el honor de pertenecer a las SS. El cerebro de don Luis convertía las cuatro blancas paredes de su dormitorio en una inmensa llanura nevada y salpicada, aquí y allá, por extensos bosques de un verde oscuro y ominoso, en los que, alimañas ponzoñosas, se ocultaban los comunistas. Una joven guerrillera había sido apresada y a toda costa era preciso hacerla hablar a fin de conocer el grado de resistencia que los rojos podían oponer en aquella zona al cuerpo de ejército del que formaba parte don Luis, en su avance hacia Moscú. Dime cuántos sois, de qué tipo de armas disponéis, interrogaba don Luis a la guerrillera. La muchacha se empecinaba en su mutismo. Entonces don Luis la desnudaba (se bajaba él los pantalones) y lentamente le iba (se iba) clavando por todo el cuerpo (en sus nalgas) una navaja (la puntita de un cortaplumas). Por lo general la eyaculación coincidía con el cuarto o quinto pinchazo. Acto seguido don Luis se levantaba del suelo alfombrado de su dormitorio, se aplicaba un algodoncito empapado en alcohol o agua oxigenada sobre las heridillas de las nalgas, se ponía el pijama y se metía en la cama a dormir. Atrás y bien atrás quedaban aquellas solitarias fantasías y aquellos acendrados entusiasmos por la religión, la raza y el imperio que le llevaron a escribir un poema épico, su primera producción literaria, sobre el tema de los Tercios de Flandes, y que con tan grandioso éxito fuera leído en una de las reuniones que su padre organizaba periódicamente en

su casa. Lo único que no quedaba atrás era el descubrimiento de Federico Nietzsche, fruto de cuyo arrollador influjo fuera su tetralogía novelística sobre la conquista de América. La huída de su madre a Buenos Aires y su casi inmediato fallecimiento habían supuesto para don Luis Reyes el pórtico de una honda crisis interna general, cuya eclosión, sin embargo, no habría de producirse hasta unos años más tarde. Para don Luis no solamente había muerto su madre, sino también Dios. La muerte de Dios, no obstante, la cual le había pasado desapercibida hasta cierto punto en sus primeras lecturas de Nietzsche, no se le impondría, no quedaría asumida por don Luis en toda su plenitud y consecuencias sino a través de su experiencia berlinesa. Tras su retiro a una casa de ejercicios espirituales a raíz de la escapada materna, don Luis pasó unos años vacíos, en los que no estudiaba ni trabajaba ni escribía. Se pasaba las horas muertas en el café, a veces desde la mañana hasta la noche, en diversas tertulias, murmurando contra los escritores de moda y hablando de sus propias obras, y de sus proyectos literarios con los contertulios, autores, como él, de poemas, novelas, ensayos o piezas teatrales cuya publicación se había efectuado bajo el patrocinio de organismos culturales adscritos a ministerios o entidades bancarias, producciones de las que en sus domicilios particulares conservaban prácticamente la edición entera, cuyos ejemplares iban regalando poco a poco a sus amistades. Muchos de aquellos escritores e intelectuales soñaban con lograr su designación como crítico literario en Radio Nacional de España, pero tal aspiración, compartida también por don

Luis, resultaba difícil, pues la competencia era grande, ya que otros intelectuales, sin duda, juzgaba don Luis, con más escasos méritos literarios pero que habían hecho la guerra, cosa que él, por razones de edad, no había llegado a hacer, se interponían en su camino. Pero un día, en medio de la rutina y la desgana que, como una planta ponzoñosa, iba creciendo poco a poco en el corazón de don Luis, surgió Hans. Hans era un joven filólogo, matemático y músico berlinés, del Berlín libre, se apresuró a puntualizar, cuyos padres, campesinos que se habían negado a aceptar la socialización de la tierra en la Alemania del Este, se habían refugiado en la del Oeste. Desde el primer momento brotó una corriente de mutua simpatía entre el joven alemán, cuyo dominio de la lengua castellana asombró a don Luis, habida cuenta del corto tiempo transcurrido desde que, según su propio testimonio, había comenzado a estudiarla, y don Luis, quien, al día siguiente de conocerle, le regaló el primer volumen de su todavía inconclusa tetralogía narrativa sobre la conquista de América. Hans leyó la novela en pocos días e hizo de ella un encendido elogio, no exento de alguna crítica, interesándose en sus concepciones básicas. Las cortas vacaciones españolas del joven berlinés tomaron un sesgo inesperado tras su conocimiento de don Luis, quien se consagró de lleno a lo que consideró cultural y patriótica tarea de mostrar a su amigo alemán las maravillas de España, desde la Ciudad Imperial, con sus gloriosas ruinas del Alcázar, la gesta de cuya defensa contra los embates de la horda roja fue prolijamente relatada por don Luis mientras conducía a su

amigo hacia Toledo en el pequeño Austin que no hacía mucho le había regalado su padre, hasta la magnificencia del monasterio escorialense, pasando por las obras del Valle de los Caídos, cuyo grandioso proyecto fue asimismo relatado por don Luis con todo lujo de detalles a su amigo. Era tan grande la felicidad que don Luis sentía acompañando a Hans, que cuando éste se marchó a Berlín una vez finalizadas sus vacaciones en España, don Luis, ante su propio asombro, se sintió hundido en una desazón y un malestar que le ahogaban y le quitaban todo interés por la existencia. Sólo cuando llegó la primera carta de Hans experimentó un alivio en la angustia que le atenazaba. Le contestó a vuelta de correo y durante casi un año se estuvieron carteando intensamente. Pese a la mayor juventud de su amigo, don Luis sentía que era mucho lo que tenía que aprender de él. Se le ocurrió también recomenzar sus de antiguo abandonados estudios de alemán y empezó a tomar lecciones particulares en su casa, con tantos bríos que, ante su propia extrañeza y la admiración de su profesor, en poco tiempo realizó considerables avances. Llegada la primavera Hans anunció a don Luis en una carta su intención de participar en un curso internacional sobre investigación de nuevas formas expresivas, organizado por un departamento de la Universidad Libre, y animó a don Luis para que asistiera también al mismo. Lleno de alborozo, don Luis puso en conocimiento de su padre sus deseos de marcharse a Alemania a ampliar sus conocimientos, y don Julio se mostró encantado. Hans, Hans, ¿dónde estás ahora? ¿Dónde?, murmuró don Luis incorporándose

en el sillón frente al féretro donde yacía su padre. El coronel Soto, que había entrado en aquel momento en el salón acompañado por su hija, al ver que don Luis movía los labios, dio con el codo a la señorita Teresa y le dijo al oído si el hijo de don Julio no habría recobrado la fe, pues parecía estar rezando. No era, sin embargo, el cada vez más descompuesto cadáver de su padre lo que los acuosos y enfebrecidos ojos de don Luis Reyes estaban viendo en aquel instante, sino el terso, blanco y grácil cuerpo sin vida de Hans Rahner tendido sobre la mesa del depósito de cadáveres de un hospital berlinés, dos años después del primer encuentro entre ambos amigos en la antigua capital del Reich. ¿Dónde estás, Hans? ¿Dónde?, musitaba don Luis. No, no había ningún dónde. Él mismo, Hans, lo había dicho muchas veces: no hay un Más Allá, no hay lugar para la esperanza, el hombre está arrojado en el mundo, abandonado y condenado a vivir en la desesperanza. Lo había dicho encaramado en las hoscas, frías ruinas de la ciudad, endriagos de la memoria del horror, y también al pie de los fulgentes edificios de acero y cristal que poco a poco iban alzándose en el lugar antes ocupado por los escombros. Lo había repetido innumerables veces en la habitación que ambos compartieron durante meses y meses, en la que tantas y tan trascendentales cosas había llegado a aprender don Luis, y entre ellas, sobre todo, el amor, aquel gozo inefable, aquella gloria hasta entonces sólo oscuramente vislumbrada en el ensueño, del amor diferente, distinto, del libre amor auténticamente humano, el amor entre hombres, entre señores, señorial, el

amor entre los fuertes, el de, como decía Hans, los héroes y filósofos de la Antigüedad, el amor que dejaba olímpicamente de lado a esas criaturas ñoñas, pragmáticas y menstruantes que eran las mujeres, con sus ávidas y maternales ubres y su húmeda, abismal caverna entre las piernas, rezumante de humores inmundos, esas criaturas que eran la negación del espíritu, del intelecto, y la encarnación de la materia. Pero no sólo había llegado don Luis a conocer por obra y gracia de Hans la dicha del amor entre las almas y el exaltante gozo de la comunicación entre los cuerpos, sino también el amor y el gozo por el arte nuevo, por las nuevas corrientes del pensamiento y la música: Schoenberg, el Padre Eterno, como le llamaba Hans, la música postserial y aleatoria, numen y tabernáculo de la libertad, algo, la libertad, que don Luis, gracias a Hans, estaba empezando a mirar con nuevos ojos, a considerar como un bien supremo, como un bien en sí mismo, dos cosas, solía recordar Hans, la libertad y la música aleatoria, tan sintomáticamente incomprendidas por el vulgo y por los bolcheviques. Pues el enemigo primordial, esencial del Hombre, o sea, del Individuo, con cuán insobornablemente recta y honda clarividencia lo había sabido entender y formular Hans, era el comunismo. La acracia, por el contrario, siempre que, matizaba Hans, hiciese oídos sordos a los cantos de sirena del materialismo, es decir, de la metafísica, siempre que no fuera otra cosa que nihilismo, que pura exaltación de las potencias del Individuo, siempre que la anarquía como ideal no se dejase contaminar de la burda ideología del movimiento obrero, siempre, concluía

Hans, que no fuera nada salvo culto a la Nada, siembra y cosecha de Nada, podía ser admitido e incluso predicado como luz de la libertad. Hans, Hans, ¿dónde estás ahora?, ¿dónde y cómo podría reencontrarte?, murmuraba don Luis. No, no hay Más Allá. Todo es-para-la-muerte. Somos para la muerte. La vida es muerte. La desesperanza y la podredumbre son nuestros alimentos terrestres, no disponemos de otros. Sólo el suicidio (pero como tú, Hans, amor, amor mío, bien distinguías en tu lengua, no Selbstmord, asesinato de sí mismo, sino Freitod, muerte libre o gratuita) introduce un elemento de perturbación, de trastorno, introduce la sagrada Libertad dentro de la tiniebla del engranaje Vida-Muerte. Con cuánta sabiduría intuitiva, rumiaba don Luis, había conceptualizado todo Hans bajo la sombra venerable de sus maestros Heidegger y Jaspers. Con cuánto coraje y con cuánta audacia había penetrado en la tenebrosa caverna de la Verdad. Y qué iluminado e iluminante su odio al comunismo, a diferencia del vulgar y desnaturalizado que imperaba y era fomentado en la España de Franco, de la que papá, a qué negarlo, es cabal representante, dominada por un mezquino, parroquial espíritu catequista que, lejos de lograr la loable finalidad de destruir el comunismo, lo potenciaba. Qué certeramente había caracterizado Hans al comunismo como carcinoma universal de resentimiento disfrazado de piadosas intenciones, con su falacia de las clases y sus luchas, con su falacia de las ideologías, con su falacia del sentido de la historia. Falacias, todo falacias, en la faz de cuyos inventores y propagadores no cumplía otra cosa que escupir.

¿Por qué lo hiciste, Hans, por qué?, tal era la pregunta que don Luis se formulaba sin tregua desde que Hans Rahner se suicidara. Se la formulaba con tan ciego como inútil encarnizamiento, pues de sobra conocía la respuesta. Desgarrado entre dos amores, entre dos deseos, entre dos contrapuestas pero lacerantemente convergentes sollicitaciones, asaetado por las mismas, como Sebastián atado a la columna, Hans, poseedor, a un tiempo, del noble y puro corazón de un héroe germánico y el animus de un dios heleno, aborrecedor e incapaz de toda frívola promiscuidad, fiel al para él inviolable principio de la fidelidad (¿por qué habrías de surgir tú, Jonathan, aquella para los tres aciaga mañana de un Berlín amoradado por la niebla de diciembre?), había optado por el acto de libertad suprema, el de poner fin a su existencia, antes de tolerar el sufrimiento que, sin querer, causaba al escritor español Luis Reyes y al estudiante americano Jonathan Dellers, y que estos, igualmente sin querer, le infligían a él. ¿Por qué lo hiciste, Hans, por qué? Hans debería haber sabido que él, Luis Reyes, habría incluso (tan grande es mi amor por ti, Hans) llegado a compartirle con Jonathan. Pero era inútil. Don Luis lo sabía bien. Inútil. Hans era un héroe germánico y un dios heleno, su alma era excesivamente grande para admitir cualquier componenda, cualquier impureza, cualquier compromiso. Por eso se había matado. Luis, Luis, el coronel Soto, que se marcha ya, dijo la señorita Carolina dando unos golpecitos en el hombro a su hermano, buenas noches, respondió don Luis sin apartar los ojos del féretro. El coronel se retiró moviendo la

cabeza con consternación. Hay hijos, pensó, que no se merecen el padre que les ha dado Dios. El cadáver de Dios, don Luis estaba viendo el cadáver de Dios tendido dentro del ataúd de caoba con incrustaciones en plata biselada, colocado en mitad del gran salón y presidido por su Hijo crucificado. ¿Crear en Dios?, murmuró don Luis. Lo que importa, lo único que tiene sentido, como solía decir Jonathan, es que Dios crea en nosotros, en sus hijos. Y don Luis se puso a pensar en Jonathan, aquel adolescente delgado y altísimo, alto casi hasta el absurdo, de rapados cabellos de oro. Jonathan había sido, tras la tragedia del suicidio de Hans, el arcángel mensajero de aquel Dios muerto, aquel Dios cuya existencia era, como solía extenderse en explicar, necesaria, pero que había dejado de existir porque sus hijos le habían matado. A raíz de la muerte de Hans don Luis había sentido hacia Jonathan un odio infinito, asesino, sin sospechar que pocos años más tarde iba a convertirse en milagroso mentor de un don Luis a la deriva, semidestruido, abúlico, incapaz de hallar vía alguna de salvación y cada vez más entregado a una dependencia del alcohol, que consumía en silencio, encerrado en su despacho, donde se le suponía trabajando en sus obras literarias. El primer mensaje del arcángel le había llegado un buen día desde el lejano Vietnam, tierra, según explicaba a don Luis en su larga carta escrita en alemán, por cuya liberación de las garras del comunismo se encontraba combatiendo en calidad de asesor militar desde hacía algunos meses. La carta de Jonathan Dellers constituyó para don Luis una tabla de salvación que habría de impedirle hundirse

definitivamente. Desde el momento mismo de la recepción, don Luis, como despertando de un largo letargo, comenzó a tocar todos los resortes de que disponía a fin de obtener la corresponsalía de un periódico madrileño en Saigón. Conseguido su propósito al cabo de varias semanas de infatigables gestiones por su parte y la de su padre, quien no acababa de comprender el súbito y apasionado proyecto de su hijo, pero contra el que nada tenía que oponer, don Luis partió hacia Saigón, desde donde no tardó en enviar al periódico una primera crónica en la que, con depurada prosa, que rebasaba con mucho el marco del mero estilo periodístico para alcanzar altas cotas literarias, describía el pintoresco ambiente de la abigarrada urbe asiática, así como el heroico esfuerzo bélico que los vietnamitas y sus generosos asesores norteamericanos estaban llevando a cabo, tras la retirada de Francia, por derrotar a los rojos, crónica que con tan legítimo orgullo y honda emoción de padre leyerá en voz alta don Julio a sus amistades en el transcurso de una reunión en su casa. Mes y medio después de su llegada a Saigón, don Luis lograba al fin tomar contacto con Jonathan, quien, al regresar a la capital desde los frentes de batalla para disfrutar de un permiso, se presentó en el hotel donde don Luis residía. Mucho había cambiado el otro estudiante de ciencias químicas que Hans y don Luis conocieran en el Berlín que restañaba aceleradamente sus heridas de guerra. De aquel flaco y espiritual adolescente de antaño sólo quedaba su gigantesca estatura, acaso algo empequeñecida por el buen número de kilos que había echado encima desde que don Luis, tras

la muerte de Hans y su subsiguiente regreso a Madrid, no había vuelto a verle. Por otro lado, su apariencia externa, con su uniforme de capitán de infantería, contrastaba de tal manera con el muchachito de los eternos blue jeans y el no menos eterno anorak, que le hacían poco menos que irreconocible a ojos de don Luis. Los dos hombres hablaron largamente de Hans. Toda una tarde la pasaron inmersos en el aire acondicionado de la habitación del hotel sin hacer otra cosa que hablar de Hans. Para don Luis constituyó un duro golpe el enterarse de que Jonathan y Hans habían vivido juntos en Boston una larga temporada, y que por tanto Jonathan no había surgido por azar en Berlín. Don Luis había permanecido siempre en la ilusión de que sus amores con Hans habían sido los primeros para ambos, que ninguno de los dos había conocido anteriormente aquella gloriosa clase de unión, pero no obstante supo encajar el golpe con entereza. Lo que, sin embargo, le dejó perplejo y aturdido fue la súbita propuesta de Jonathan en el sentido de que llamaran a Hans. ¿Cómo que le llamemos? ¿Bromeas?, replicó don Luis, incrédulo. No, no bromeo en absoluto, estoy hablando de invocar su espíritu. ¿Invocar el espíritu de un hombre que no creía en el Más Allá? ¿Acaso crees tú en los espíritus y en la ultratumba?, preguntó don Luis atónito. Creo en muchas cosas que antes no creía. La guerra me ha enseñado mucho, fue la respuesta del capitán Dellers. Y aquella misma noche Jonathan condujo a su amigo a una mansión situada en el barrio residencial de la ciudad, donde vivía una señora francesa, viuda de un alto oficial caído en Dien Bien

Fu, que celebraba asiduamente sesiones de espiritismo. La casa tenía las paredes decoradas con panoplias de raso sobre las que se exhibían diversos tipos de armas: metralletas, fusiles, pistolas, machetes, granadas de mano. En el centro del salón se alzaba un maniquí con el uniforme desgarrado y cubierto de manchas de sangre del mayor Maisonneuve. El espíritu de Hans tardó bastante en aparecerse, según manifestó madame Maisonneuve, mujer de delgadez tan extrema y desmesurada que ella misma parecía un espíritu, porque la atmósfera de Saigón no constituía un medio transmisor ideal para la puesta en contacto con un alma germano-helénica como la de Hans. Pero finalmente hizo acto de presencia. Al verle, el corazón de don Luis se estremeció de emoción. Hans, libre ya de toda mortal atadura y toda terrena servidumbre, y por añadidura conservando, ante los pasmados ojos de don Luis, intacto el frescor y la grácil esbeltez de su joven cuerpo desnudo, habló, por boca de madame Maisonneuve, con la sobrenatural ataraxia que únicamente los muertos, y no todos, sino sólo los elegidos, poseen. Se dirigió a sus dos amigos para, a preguntas de estos, revelarles que, en efecto, Dios Padre había muerto asesinado por sus hijos los hombres, pero que, por gracia de su divina misericordia y omnipotencia, antes de morir había dispuesto que los hombres preservaran en su mano el poder de hacerle resucitar al verdadero Tercer Día. El Cristo, continuó revelando Hans, era un falso profeta, al igual que lo eran el resto de los profetas que en el mundo han sido. El Cristo, les informó, no había perecido en la cruz, sino arrojado al

fondo del Mar Muerto por su orilla oriental, con una piedra atada a los pies. La resurrección de Dios Padre no habría de consumarse, sin embargo, hasta la derrota definitiva del comunismo, contra el que era preciso luchar sin tregua ni cuartel, pues sólo el triunfo total sobre el mismo conduciría al Reino de la Libertad, émula de la Nada y Supremo Bien del futuro Individuo Indiviso, dicho lo cual el espíritu de Hans Rahner calló y se desvaneció, sin duda para regresar a las ignotas regiones donde moraba tras la muerte de su envoltura corpórea. Don Luis, transido de emoción, salió de casa de madame Masionneuve abrazado a Jonathan, una vez que ambos hubiesen abonado la tarifa por la sesión, algo más elevada que de costumbre, según manifestó la viuda del Mayor, debido a que se trataba de un alma germano-helénica. Grande fue la compenetración que, a partir de aquella prodigiosa noche, se estableció entre el oficial del ejército de los Estados Unidos de América y el corresponsal del rotativo madrileño en Saigón. Compenetración que, en años venideros, habría de hacerse cada vez más honda y fructífera en todos los terrenos, incluido el de la lucha contra el comunismo, aunque tal lucha no fuera ya librada en los remotos campos de batalla del sur de Asia, sino en la vieja España, como gustaba de llamarla Jonathan, quien, al cabo de una larga temporada de servicio en Vietnam, había conseguido que le destinaran en una de las instalaciones militares con las que, como decía el Mayor Dellers, el pueblo norteamericano colaboraba con el pueblo español en su lucha contra el enemigo común. La señorita Carolina se acercó a su hermano para

recordarle que hacía muchas horas que no probaba bocado y que fuera al gabinete a tomar algo, una taza de té con tostadas o algo. Don Luis, visiblemente molesto por la interferencia de la señorita Carolina en sus recuerdos y ensoñaciones, le contestó que no tenía apetito y que le dejara en paz. Pero no puedes seguir ahí sentado todo el tiempo sin tomar nada, insistió. Y don Luis le gritó que se marchara a paseo. El cadáver que tenía frente a sus ojos ya no era el de Dios, ni el de Hans, ni el de su padre, sino el del maestro de escuela de un pueblo de la sierra madrileña, cuyo cuerpo yerto y tumefacto colgaba de un árbol por los pies en un claro del bosque. Don Luis recordaba la escena con horror. No es que se avergonzara o arrepintiera de haber acompañado a su padre y a otros dos camaradas en aquella misión, pero le preocupaba que el paso del tiempo pudiera hasta tal punto transformar el signo y el contenido de los actos humanos, pues de ello se deriva una absoluta necesidad de constante adaptación a los acontecimientos, previa una recta interpretación de los mismos. ¿Había sido su padre capaz de tal adaptación?, se preguntaba don Luis. Y se respondía que evidentemente no. ¿Lo sería él en el futuro? Mucho confiaba en que sí, aunque era consciente de la fuerza moral y de la clarividencia que se precisaban para llevar a buen puerto semejante proceso de adaptación. El pobre papá, pensó don Luis, se había visto desasistido, había carecido de ayuda para evolucionar, siempre rodeado de seres mezquinos, retrógrados, empantanados en un hoy que era ya ayer, como el coronel Soto, como los generales Diéguez y Balbuena, como el ingeniero Iribarren,

como el troglodita de don Evelino con sus grotescas charlas radiofónicas de propaganda religiosa. Los primeros años, se decía don Luis mientras sus turbias pupilas recorrían morosamente las facciones cada vez más descompuestas de su padre, todo había sido distinto. Entonces era justo y necesario actuar de determinadas maneras y arrimarse a determinadas personas. Y por eso él, don Luis Reyes, lejos de deplorar las horas heroicas, lejos de arrepentirse o avergonzarse de las mismas, las asumía plenamente, sí, era un deber, juzgaba, el asumir, con todos sus posibles errores y defectos y con todas sus consecuencias, aquellos heroicos tiempos de posguerra, lo que, sin embargo, no debía en modo alguno suponer una voluntad de estancamiento. Evolucionar se constituía en un imperativo categórico. Sólo que al pobre papá, murmuró incorporándose a espantar una mosca que se había posado en la mejilla del muerto, le había faltado ayuda, mientras que en cambio yo tuve a Hans, y a Jonathan, y antes que a ellos, como la luz de un faro que guía a los barcos en la noche, a Federico Nietzsche, del que papá se murió sin haber llegado jamás a leer nada. Cómo me habría gustado atreverme a decirte, comenzó a mascullear don Luis en un tono tan alto que una señora que se encontraba en el salón dio con el codo a su marido y, señalando hacia don Luis con la mirada, le dijo en voz muy baja: mira, el hijo se ha puesto a hablar solo, soy ateo, sí, papá, soy ateo. Cómo me habría gustado. Pero me tuve que aguantar las ganas por respeto hacia ti, por cariño, por comprensión hacia tus limitaciones. Y aún más, mucho más, me habría gustado hablarte de Hans,

de todo lo que significó para mí. Don Luis se puso a recordar de pronto una fiesta en su casa pocos días antes de su marcha a Saigón, en la que a duras penas había podido contener la indignación y la risa que le provocara el coronel Soto, quien había sacado del bolsillo un fajo de cuartillas y se había puesto a recitar aquellos espantosos versos, de los que, según advirtiera previamente a la concurrencia, era autor, pues las armas y las letras, había explicado, no estaban reñidas, sino antes al contrario, y en apoyo de su tesis había citado los nombres de Garcilaso y Cadarso. Versos cursis, rematadamente malos, rugió don Luis, una retahíla infame, bochornosa, infecta. Y se dejó caer en el sillón, cerrando los párpados y enjugándose el sudor de la frente con el dorso de la mano. El marido de la señora que momentos antes le había llamado la atención sobre el hecho de que el hijo del muerto estaba hablando solo se volvió hacia su mujer y le dijo en un susurro: es el dolor, que al pobrecito le hace desvariar. Cuánto le habría gustado, rememoraba don Luis, levantarse en aquella ocasión a gritar: basta de papanaterías, volvamos los ojos al arte abstracto y los oídos a la música dodecafónica. Pero ¿cómo iban a entenderle a él aquellas gentes para las que no había otra pintura que los bodegones con perdiz y cazuela de cobre, y otra música que Conchita Piquer o, a lo sumo, Luisa Fernanda? Y a punto había estado don Luis de levantarse efectivamente en aquella ya lejana fiesta con la santa furia de un rebelde y un profeta, cuando los asistentes a la misma acogieron el largo poema del coronel Soto con aquella estruendosa salva de aplausos. Si no

llegó a levantarse y gritar su indignación fue porque se le adelantó su padre, quien, abotargado, echando espuma por las comisuras de la boca, se alzó de su butaca con el vaso de manzanilla en la mano y comenzó a gritar que había que fusilar a todos los ateos y a todos los marxistas y a todos los judíos y a los masones y a los negros y a los maricas. Sí, muy posiblemente habría terminado por levantarse y darles una lección a todos ellos, a su padre el primero, recordaba don Luis. Habría terminado por escupirles en plena faz de su vulgaridad, de su retrogradismo, de su inmovilismo, haciéndoles ver que una cosa era la sagrada lucha contra el comunismo y el marxismo y otra muy distinta los bodegones con perdiz y cazuela de cobre. Que una cosa era la lucha contra el bolchevismo y otra muy distinta el aferrarse a un régimen caduco y regresivo como el que impedía avanzar a España. Sí, papá, soy demócrata, soy demócrata, le habría gustado gritarle a su padre delante de todos. ¿Acaso nuestros mejores amigos y aliados, los Estados Unidos de América, no tienen un presidente elegido por sufragio universal? ¿Acaso ellos, los más esforzados anticomunistas del mundo, no tienen libertad de prensa y un parlamento y...? Tal vez en el último momento habría encontrado don Luis fuerza suficiente para gritarle a su padre y a sus amistades todas aquellas cosas, de no haber sido porque don Julio, en el paroxismo de su excitación, había sufrido un terrible ataque de tos, ahogándose de tal manera que toda la concurrencia se alarmó mucho e incluso se pensó en avisar al médico. Chinos, a los chinos hay que tirarles la bomba atómica, que no quede ni uno, decía atragan-

tándose y arrojando flemas en el pañuelo don Julio, y a los rusos también, la bomba atómica, y las mujeres son todas unas putas, y los italianos unos maricones que perdieron todas las batallas en la guerra, caparles, eso es lo que hay que hacer con los italianos y con los maricas, caparles, caparles, vociferaba congestionado. Sí, don Luis quizá habría elevado la voz en defensa de Schoenberg y de la democracia, del arte abstracto y de la libertad, pero su padre estaba fuera de sí. Hasta su hermana, al oír los desaforados exabruptos de don Julio, había optado por retirarse del salón en compañía de la señorita Teresa. Después de todo, se dijo don Luis mientras aplastaba entre sus dedos la mosca que había estado revoloteando sobre el cadáver de su padre, y a la que, tras varias infructuosas tentativas, había logrado atrapar, el pobre papá no tenía la culpa de que la ineluctable dinámica generacional que rige el destino de los hombres y de la sociedad hubiese abierto una zanja insalvable entre él y yo, entre padre e hijo. Pobre papá. ¿Qué podía él contra la dinámica generacional de la historia?, razonaba don Luis, sin quitar ojo a las facciones del muerto, cada vez más veteadas de verde y violeta. ¿Qué podía? ¿Qué podía?, masculló. Qué vívidamente le recordaba durante aquella fiesta en casa, los invitados rodeándole, aconsejándole que se calmase, diciéndole a gritos que tenía mucha razón, toda la razón, que le sobraba la razón, mientras le abanicaban con periódicos y pañuelos, mientras le soltaban el nudo de la corbata para aliviar su garganta agarrotada por la congestión. Pobre papá, prefiero recordarle en las horas heroicas, esas horas de

las que él nunca renegó y de las que tampoco yo reniego, de las que me enorgullezco como él se enorgulleció siempre, de las que jamás renegaré pese a nuestras posteriores y naturales discrepancias. Descanse en paz. Descanse en paz. Descanse en paz, murmuró don Luis, hundido en su sillón, con los ojos cerrados. Y en efecto, don Luis Reyes prefería recordar a su padre, al que, como un fiel camarada más, había solido acompañar a todas partes en aquellos primeros años de posguerra, poderoso y erguido, brusco y risueño con su camisa azul, con sus lustrosas botas, con su roja boina levisísimamente ladeada hacia la izquierda, con su guerrera y calzón negros y su magnífica pistola Luger colgándole pesadamente del cinto. Sí, pese a todo prefería recordarle así, como por ejemplo aquella noche en los sótanos de la Jefatura Provincial. Debían ser más de las diez. Desde unas dependencias contiguas llegaba el sonido de un receptor de radio. La vibrante voz del locutor clamaba Gloriosos Caídos por Dios y por España. Presentes. Viva Franco. Arriba España, palabras a las que seguía atropelladamente la solemne estridencia de los himnos. Don Luis recordaba las escaleras sucias, estrechas, mientras bajaba sujetando por un brazo a la mujer, a la que había hecho entrar en la habitación de más al fondo. ¿Qué hora será?, había pensado al bajar, y casi en ese instante había sonado lo de Gloriosos Caídos, lo de Arriba España, y luego el toque de cornetín y luego la música, que había cesado bruscamente al cerrar la puerta a sus espaldas. En la habitación estaba su padre, sentado a la mesa escritorio, y había tres camaradas más, dos de paisano y

uno de uniforme. Al entrar había soltado del brazo a la mujer y había mirado el reloj. Eran las diez y un minuto escaso de la noche. La mujer paseó sus ojos grandes, asustados, por los muebles, los objetos y las personas que había en la habitación. Al fijarse en el que estaba sentado en la mesa, cuyo pelo, cuidadosa, relamidamente peinado hacia atrás no lograba ocultar la calva, exclamó para sus adentros: es él, el de Barcelona, ¿cómo se llamaba? Del nombre no me acuerdo pero es él, es él. No me ha reconocido. Inopinadamente, uno de los hombres de paisano, que estaba leyendo el periódico reclinado contra la pared, lo dobla, lo deja sobre la mesa y coge un objeto que hay sobre la misma, un pisapapeles, se dice la mujer, y entonces ella grita al que está sentado: soy yo, ¿no me reconoces? Blanca, soy Blanca. El golpe la hace salir despedida hacia atrás. Siente la boca llena de sangre y un dolor frío penetrándole por todo el cuerpo. Se asombra del interés que súbitamente le despiertan los semblantes de aquellos hombres vueltos hacia ella tendida en el suelo, mirándola estúpidamente, con una especie de vacío, de ausencia aflorándoles a las pupilas. Don Julio se ha levantado y la contempla con la boca entreabierta. El de uniforme se sorbe los mocos con un ruido ronco, rasposo. El de Barcelona, cuyo nombre no logra recordar, se sienta de nuevo y clava sus ojos sobre una cuartilla en la que se pone a escribir algo lentamente, con una estilográfica. Desde el suelo ve sus pies cruzados debajo de la mesa. Es él, piensa, es él, ¿cómo se llamaba? No me ha reconocido. De pronto oye decir a uno de los de paisano con voz tranquila, suave: bueno, vamos

allá. Cuando al cabo de varias horas se dan cuenta de que se les ha ido la mano ordenan que sea devuelta inmediatamente a la cárcel con instrucciones estrictas y confidenciales respecto a lo que el director debe hacer. El propio director, al ser llevado a su despacho el cuerpo y leer la nota de Jefatura, abre la ventana mientras los funcionarios agarran el cuerpo de la mujer por los tobillos y los sobacos y lo arrojan al vacío. Al chocar contra los adoquines del patio suena como la tapa de un piano que se cierra de golpe sobre el teclado, como un hacha que hiende un tronco seco, como una ola que se estrella contra un acantilado. Es entonces cuando Blanca siente que comienza propiamente la nada. Qué extraño fulgor. Qué inimaginados colores. Qué silencio llenándolo todo de dulcísimo vacío. Todavía le resuenan, lejanas, remotas, a su alrededor, voces que cuchichean: pretendió escaparse. Se ha suicidado. Cuando estaba hablando con el director se tiró por la ventana. Estaba borracha. Empezó de puta en Barcelona. Se hizo de la FAI. En guerra actuó en un tribunal popular. Se cargó a un marqués. Huyó a Francia pero los franceses la devolvieron a España. Todos la miran de reojo, los funcionarios, los guardias, el director, los enfermeros que han llegado con la camilla, todos la miran como si quisieran no verla. Era difícil de soportar aquella dulzura de la nada, no podía acostumbrarse a la luz cenital que había anegado el infinito ámbito, que había destruido el dentro y el fuera, el arriba y el abajo, que había aniquilado el ser, dejándolo reducido a una traslúcida, plana totalidad llena hasta el desbordamiento de vacío frío, azul de hielo,

intacto, jamás hollado por pupila alguna. El ser era ya un impensable zumbido que quedaba atrás, muy atrás. La nada, en cambio, se abría ante Blanca lentamente, como una flor se abre al sol. Blanca columbraba confusos tropes de ángeles negros, arcángeles que a orillas de un río impetuoso oteaban, cautos, hacia el lugar donde ella yacía. Sobre el negro de sus vestiduras brillaban los correajes, las cartucheras, las pistolas, las porras, los machetes, las botas relucientes, inmaculadas. De sus bocas salían reptiles alados que por breves instantes volaban, torpes, para enseguida caer a tierra y arrastrarse agitando sus membranas inmaculadas. De pronto la nada se le vacía a Blanca de arcángeles negros para llenarse de los gestos, los rostros, las palabras de los dos milicianos con los que había pasado una noche en el frente de Aragón después de que su unidad hubiese tomado un pueblo casi sin lucha. Los tres reían mientras ella se dejaba desnudar por las manos de los dos hombres ya desnudos. Uno de ellos había dicho que la cama era un barco sin timón, y el otro que el mármol negro del suelo del salón de aquel palacete abandonado era el Mar Negro. Los cuerpos flacos, sucios, tensos de los dos jóvenes milicianos, mucho más jóvenes que ella, revolcándose lentos, ávidos, insufriblemente dulces, alternativamente abrazados al de ella, a aquel cuerpo blando, abierto, desparramado, vorazmente gozoso de ser manoseado, mordido, penetrado, de mil maneras agredido bajo el dosel de la inmensa cama crujiente, cálida como los cuerpos de aquellos hombres, como sus canciones, tarareadas muy quedo en los intervalos de agotamiento, tarareadas

con la boca cerrada, perdiéndose sus melodías en el aire pesado, opaco, de aquella noche de julio herida de estampidos y tableteos lejanos. Desde el lecho, a través de la gran puerta, se veía el enorme piano de cola sobre el que, hecha añicos, yacía la araña de cristal desprendida del techo durante el bombardeo. Pero ya todo, voces, cuchicheos, fulgores, milicianos y arcángeles retrocede, abandona a Blanca, ya todo no es más que un levísimo bordoneo sordo, gris, un turbio palpito, un súbito estrépito de alas que se aleja, se aleja... Descanse en paz. Descanse en paz, dijo en voz alta don Luis Reyes, y, por primera vez desde que se había sentado frente al cadáver de su padre, cerró los ojos pausadamente, pesadamente, como si hubiese pasado la última página de un libro y se sumergiera en la meditación acerca de lo que había leído. Soledad se le acercó y le dijo que, con su permiso, iba a abrir las ventanas del salón, porque olía muy fuerte. Don Luis, con los párpados cerrados, hizo unos largos movimientos de asentimiento con la cabeza. Una tras otra, Soledad abrió todas las ventanas y en la última se quedó un momento mirando la calle. La gente pasaba con las solapas de los abrigos levantadas, los hombros encogidos y los brazos apretados al cuerpo. Una ráfaga de viento y de ruido penetró en el salón y barrió los pétalos que se habían caído de las coronas, haciéndolos volar a ras del suelo de un lado para otro. Las negras cintas se agitaron bruscamente y alguna quedó vuelta del revés y ya no podía leerse su inscripción en caracteres de oro. El Cristo Crucificado se tambaleó levemente. Su rostro parecía haber trocado la expresión de agonía y de dolor

que mostraba en el momento de su instalación al pie del catafalco, por otra de mortal tedio. La sangre de sus llagas diríase que brillaba menos bajo la luz de los candelabros. Las espinas que coronaban su frente producían la sensación de ser más romas y los clavos que atravesaban sus pies y sus manos no parecían ya de hierro sino de cartón. Al sentir el frío y el ruido la señorita Carolina y la señorita Teresa acudieron desde el gabinete y, tras santiguarse al pasar por delante del ataúd, comenzaron a cerrar las ventanas entre exclamaciones de si se habrían vuelto locos en aquella casa. Pero tú estás loca, Sole, a quién se le ocurre abrir las ventanas, con el frío que hace, ¿es que pretendes que el señorito coja un pasmo?, dijo la señorita Carolina a Soledad. Como olía tan fuerte, señorita, contestó Soledad. Qué va a oler fuerte. Sólo un poco las flores, respondió la señorita Teresa. La señorita Carolina se quedó mirando a su hermano, hundido en el sillón, con los codos apoyados en los brazos del mismo y los dedos de ambas manos entrelazados, sobre los que dejaba descansar la boca. ¿Quieres un café, o un té, o alguna otra cosa?, le preguntó. Don Luis, sin abrir los ojos, hizo un movimiento denegatorio con la cabeza y así continuó, negando y negando lentamente en silencio, cuando su hermana y la señorita Teresa se hubieron retirado del salón. Sí, don Luis prefería recordar a su padre en los tiempos heroicos, en los tiempos gloriosos cuando el azul, el negro y rojo de la figura paterna era para el hijo como un haz de luz, como un fulgor deslumbrante, embriagador. Sin saber por qué, don Luis comenzó a ver desfilar por la linterna mágica de su

memoria las imágenes de aquella mañana de mayo de mil novecientos cuarenta en Madrid, cuando padre e hijo, ambos con uniformes de Falange, se sentaron, tras dar un largo paseo por las calles céntricas de la capital, en la solitaria terraza de una vieja cervecería de la glorieta de Bilbao. Una de las cosas a las que más importancia daba don Julio Reyes en el mundo era que sus zapatos, o en su caso las botas, estuvieran siempre lustrosos e inmaculados, por lo que cada día se los mandaba limpiar en la calle o en algún café por las expertas manos de un limpiabotas. Aquella fría y gris mañana primaveral don Julio se sentía ufano, exultante. Durante el paseo había repetido varias veces: Luisito, en España empieza a amanecer. Y don Luis, también risueño y alegre, le había contestado siempre: sí papá, empieza a amanecer. Las ruinas del paseo de Rosales, con sus casas destrozadas, de las que en su mayoría no quedaba sino la fachada mutilada por los agujeros y reventones, parecían a los dos hombres un paisaje amable y jubiloso, y cuando al llegar a la esquina con los bulevares un capitán de artificios les dijo afablemente que no se podía seguir por allí porque estaban rastreando la zona en busca de granadas o incluso obuses que hubiesen podido quedar ocultos y sin estallar, padre e hijo decidieron dirigirse hacia la glorieta de Bilbao, y una vez allí, algo fatigados por el paseo, se sentaron en sendas sillas plegables de madera, frente a un velador de la terraza de la cervecería, pese a lo muy desapacible del tiempo. Eran los únicos clientes, y el limpiabotas, un hombrecillo esmirriado, con un cierto aire simiesco al que contribuían unas piernuzcas marca-

damente torcidas y una cojera que le hacía andar a bandazos y permanentemente escorado del costado derecho, hasta el punto de que a cada paso se apoyaba con la mano en el suelo, se les acercó y les hizo seña con la mano ofreciendo sus servicios. Tenía una narizota ganchuda y deforme y un gran chirlo en los labios, a través del cual se podía comprobar que le faltaba la mayoría de los dientes. Don Julio le hizo, a su vez, seña de que se acercase, y el hombre se apresuró a sentarse en un sillín a los pies del cliente y dio comienzo a su trabajo al tiempo que empezaba a canturrear musiquillas salpicándolas de comentarios ininteligibles y risotadas intempestivas, todo ello acompañado de incesantes muecas y gesticulaciones. Parecía estar enfrascado en un diálogo con el calzado, al que se dirigía como a un interlocutor mientras manipulaba con los cepillos, las gamuzas, los tintes y los betunes. A don Julio le cayó en gracia el tipo. Estaba encantado observándole realizar su labor y esforzándose por entender algo de lo que salía de su rota boca, cuando del interior del local surgió otro limpiabotas, un hombrachón fornido que, sobre la negra camisa de su uniforme, lucía una chapa de hojalata que acreditaba la autorización a ejercer el oficio. Al ver al limpiabotas intruso se abalanzó sobre él insultándolo, le agarró por los sobacos y, alzándolo bruscamente como si fuera un muñeco de trapo, lo tiró al suelo en mitad de la acera y cogió la caja de limpiar del intruso y se la arrojó a la cabeza. Al caer se abrieron las tapas y se esparcieron frascos, cepillos y latas de betún varios metros a la redonda. Mientras el agresor, con los brazos en jarras,

observaba, sin dejar de insultarle, cómo su colega se levantaba del suelo lentamente, se enjugaba con los puños de la camisa un reguerillo de sangre que le salía de la nariz y, sin prisas, comenzaba a recoger sus bártulos y a meterlos de nuevo en el estuche, don Julio, que se había dado cuenta del significado de la escena, y se había quedado con una bota sin lustrar, se levantó y, acercándose al agredido, le dio unas monedas, tras lo cual volvió a sentarse y ordenó al limpiabotas autorizado que continuase la labor de limpieza que el otro había tenido que dejar inconclusa. El hombrecillo, a cuyo alrededor se había formado un corro de gente, acabó de recoger los utensilios y, sin cesar ni por un sólo instante de parlotear, reír, gesticular y canturrear, dobló la esquina de la glorietta de Bilbao con la calle de Luchana y desapareció de la vista de don Julio, quien, de buen humor como estaba, reía y hacía comentarios jocosos con su hijo y con el limpiabotas oficial. De pronto volvió a aparecer por la esquina el otro, rodeado de chiquillos que le gritaban: ahí Frankenstein, mira a Frankenstein, y le daban tirones de la caja, hasta que consiguieron arrancársela de la mano y volcarla sobre la acera, por la que de nuevo rodaron cepillos, frascos y gamuzas. El limpiabotas, sin inmutarse, se puso a recogerlo todo una vez más, embebido en su soliloquio y haciendo guiños y aspavientos que parecían hacer las delicias de sus nuevos atacantes, como también las de don Julio, quien reía y reía sentado en su silla mientras le lustraban las botas, secundado por su hijo y el camarero. Papá reía observando la escena, recordaba don Luis frente al cadáver de su padre, reía sin parar

viendo al limpiabotas estrafalario recoger de nuevo sus cosas del suelo y meterlas en la caja mientras soltaba de pronto aquellas carcajadas tontas, de payaso o de loco, sin que vinieran a cuento. Y yo también me reía, sin poder contenerme, y me atraganté de risa y papá, sin dejar de reír, me dio unas palmadas en la espalda. Don Luis rompió a reír con una risa aguda, convulsiva. Había echado la cabeza hacia atrás en el butacón de cuero y súbitamente abrió los ojos. Luis se está riendo, exclamó la señorita Carolina asomándose a la puerta del salón, y tras ella apareció la señorita Teresa, el coronel Soto, el Padre Evelino y otras personas que se encontraban en el gabinete. Todos se detuvieron en el umbral contemplando atónitos a don Luis que reía y reía. Luis, Luis, ¿qué te pasa?, ¿no te encuentras bien?, le preguntó tímida, angustiada, la señorita Carolina en un susurro, inclinándose sobre el hombro de su hermano. Necesito que me dejen en paz, le contestó don Luis, incorporándose en el sillón y lanzando hacia su hermana una mirada turbia. Quiero estar a solas con papá, añadió. Y la señorita Carolina, sin replicar y haciendo a los demás un gesto con los brazos invitándoles a que salieran del salón, se marchó y cerró la puerta tras de sí. Todos mostraron su consternación por el estado en que se encontraba don Luis, atribuyéndolo al dolor por la pérdida del padre, y aprovechando la ocasión para despedirse hasta mañana a la hora del entierro. La señorita Teresa se ofreció a quedarse a acompañar a la señorita Carolina toda la noche, pero ésta insistió en que se marchara también, y una vez que todo el mundo se hubo ido se retiró a su

alcoba. Don Luis, cuando el reloj de la pared dio las cuatro de la madrugada, se levantó del sillón y se fue a su dormitorio. Se desnudó y abrió el armario ropero para coger el pijama. En un rincón, medio oculto entre trajes y gabanes, sus ojos se toparon con el brillo mortecino y deslucido de los galones de una bocamanga, pertenecientes a la guerrera del uniforme de las SS, y que hacía mucho tiempo no se había vuelto a poner. Descolgó la percha y se puso a contemplar el uniforme. Se echó a reír. Qué ingenuo. Qué tonto era, pensó. Mañana mismo sin falta tiraré este uniforme a la basura, se dijo, y lo volvió a colgar en el armario. Mañana es el entierro de papá, dijo en voz alta mientras se ponía el pijama. Tienen anunciada su asistencia el Ministro de Agricultura y el Secretario General del Movimiento. Toda una cachupinada necrológica, muy del gusto de papá. Se metió en la cama y apagó la luz. El uniforme, masculló. Tirarlo a la basura. Mañana mismo. Papá, soy ateo, sí, soy ateo. Eso me habría gustado decirle. Pobre papá, él no tuvo a Hans. Ni a Nietzsche. Pobre papá. ¿Y el uniforme de Falange?, exclamó de repente incorporándose de repente y encendiendo la luz. Don Luis saltó de la cama y empezó a escudriñar y revolver en el armario. No está, murmuró. ¿Dónde estará? Tras mucho hurgar y rebuscar entre estantes y cajones acabó encontrándolo arrebujado y arrinconado bajo unas botas en desuso. Estaba arrugado y sucio y olía a suela de zapato. Don Luis se quitó el pijama y comenzó a vestirse con el uniforme. El pantalón le apretaba los muslos y le resultaba imposible abrocharse la bragueta. Lo voy a reventar, dijo. Se caló la

boina roja en la cabeza y se le hundió hasta los ojos. He perdido mucho pelo, murmuró. Se miró en el gran espejo del armario. Soltó una carcajada e inmediatamente se desvistió y volvió a ponerse el pijama y a meterse en la cama. Otros tiempos, papá, otros tiempos, susurró, y se tapó hasta el cuello con la sábana. Tiraré los dos uniformes, el de las SS y el de Falange, se dijo. Y además demócrata, papá. Sí, no sólo ateo sino también demócrata. Tú no lo puedes entender, es natural. La dinámica generacional, papá, la dinámica generacional que inexorablemente rige el destino de los seres y las cosas. Pasó un largo silencio y de pronto gritó: ¿tirar los uniformes a la basura?, ¿pero por qué?, ¿por qué?, ¿por qué?, clamaba don Luis en la penumbra del dormitorio. No, nada de tirarlos. Todo tiene su hora. Todo tiene su momento, su tiempo. Se quedarán en el armario como han estado hasta hoy, concluyó. Y al poco rato los párpados se le cerraron pesadamente y no tardó en adueñarse de él un sueño profundo y tranquilo, un sueño dulce e irresistible. Soledad recogió el servicio de té de la mesa camilla del gabinete y lo trasladó a la cocina en una bandeja. Luego se fue al salón y, tras echar una mirada al cadáver de don Julio, el cual parecía haberse encogido entre los brillos del blanco satén que forraba el ataúd, abrió las ventanas. Una tras otra, Soledad se fue llevando al cuarto de baño las coronas de flores, sobre todo las de mayor tamaño y que presentaban un aspecto más mustio, y por último se marchó a su habitación a dormir. Aquella noche su cansancio era tan abrumador que el sueño la venció sin darle tiempo a dedicar los diarios

pensamientos a su padre, a su madre y a su hermano Germán, al que, en secreto, entre la muda desolación de las sábanas, todas las noches ofrecía mentalmente, antes de dormirse, su cuerpo cálido y anhelante, sus pechos agudos y voraces, como cuando jugaban, de niños, metidos en el arcón. El arcón en que su hermano y ella solían jugar a esconderse, sintiendo, buscando en la súbita, irrespirable, pánica tiniebla, el frescor extraño y agrisado de sus cuerpos, la excitante tersura de la piel de sus doblados miembros, la tibia dureza de los huesos de las rodillas, de la pelvis, del espinazo, de los omoplatos, hasta que ya no era posible resistir por más tiempo la dulzura y el miedo y entre los dos empujaban la pesada tapa hacia arriba con un brusco, precipitado movimiento de sus cuatro manos trémulas de pavor ante la idea de que alguien, un duende, un demonio, hubiese echado la llave al cofre por fuera, y entonces salían presurosos, haciendo guiños con los ojos deslumbrados por la luz de la ventana, gran ojo cuadrado que los miraba adusto, severo, amenazador. Todas las noches la cama era para Soledad el viejo arcón, y al cerrarse la tapa sobre sus cabezas ofrecía a Germán, en el hondo pálpito de la oscuridad, su cuerpo ávido para que hiciera con él lo que quisiera. Eran las cinco de la madrugada, y por primera vez en la jornada el piso se había quedado vacío y silencioso. En el salón, iluminado sólo por los cuatro candelabros, el cadáver de don Julio se descomponía lentamente. La boca se le había entreabierto y daba la sensación de estar riendo. Parecía reírse como cuando, sentado con su hijo en una terraza de la glorietta de Bil-

bao, contemplaba las malandanzas de un limpiabotas estrafalario y esmirriado. El Cristo Crucificado dejó de mirar al techo y, clavando sus ojos turbios en el sonriente rostro de don Julio Reyes, dijo: el clarinete sí Paco tocaba entonces el clarinete en la banda del Quinto Regimiento qué tiempos aquellos eso digo yo también qué tiempos tan terribles pero qué dignidad atravesaba el aire nuestro aire el que tú y yo y todos nosotros respirábamos y que lo digas qué dignidad como un pájaro de esos que vuelan alto muy alto su mujer se llamaba Consuelo pobrecilla a su mujer la han esa misma Consuelo la mujer de Paco el que tocaba el clarinete en la banda del mira Paco tienes que tener valor para escuchar lo que te voy a decir yo quisiera no tener que decírtelo te lo juro por mis hijos vamos quiero decir que me gustaría no ser yo quien tenga que darte la noticia es un egoísmo por mi parte bien lo sé pues comprendo que alguien habrá de ser quien te lo diga y mejor que sea un amigo pero ya ves no quisiera ser yo ese alguien palabra que no quisiera Paco a tu mujer la han Consuelo sí ese era su nombre pobre muchacha bueno sí la tenían en no recuerdo si me dijeron que en Porlier o en la de Torrijos pero lo que sí es seguro es que un martes por la tarde junto con otras tres en total dos anarquistas y dos comunistas entre estas últimas ésa que te digo Consuelo las sacaron unos de Falange y las trasladaron en unos coches directamente de la cárcel a ese cuartel que está en las afueras más allá del antiguo hospital de ¿cómo se llama? bueno es lo mismo el caso es que las llevaron digo a ese cuartel de la carretera de dímelos todo Consuelo paloma

mía mi Consuelillo sí se lo contó todo un amigo que se había enterado del asunto por un muchacho un tal Manolo Sanz que estaba precisamente en aquel cuartel paloma mía Consuelo mi amor dímelo todo no te calles nada quiero que me lo digas todo a la mujer de Paco sí ese mismo el que tocaba el clarinete en la banda del Quinto Regimiento pobre muchacha la han qué tiempos eso digo yo también qué tiempos tan terribles pero por otro lado se sentía uno limpio sin tristezas sin pesadumbres sin vacío interior sin desolación y esto es porque luchábamos con la razón y con la verdad metidas en el corazón y en las recámaras de los fusiles porque luchábamos contra los amos del dinero contra los explotadores contra la ley de los patronos y de los sumos sacerdotes sí se lo contó todo un amigo que se había enterado por un día estaba Paco ensayando en la banda La Internacional y dio un fa sostenido en lugar de un fa natural y el director se puso hecho una furia fa natural le gritaba a Paco lanzándole unas miradas asesinas desde el atril el propio Paco solía reconocer que era torpe no ya para su oficio sino para todo en la vida era un hombre al que no le asustaba reconocer sus defectos y hasta se diría que disfrutaba reconociéndolos y esto es lo que en el fondo me echaba un poco para atrás de su carácter porque digo yo que bien está que reconozcas y admitas tus deficiencias pero que te regodees en ello resulta ¿cómo lo diría yo? resulta malsano qué quieres déjate de rodeos vamos dímelo todo enseguida por lo que más quieras recuerdo un día que estábamos ensayando La Internacional en la banda yo entonces tocaba en la banda del Quin-

to Regimiento y di un fa sostenido en lugar de un fa natural y el director empezó ¿pero cuándo te vas a enterar que es fa natural y no fa sostenido? y me miraba como queriendo fulminarme y yo callado como un muerto como aquel muerto o vete tú a saber si estaría muerto o no aunque yerto como un saco terrero sí que lo estaba el pobre delante de mí en el suelo yo lo único que sé es que le vi caer derrumbarse sobre los adoquines de la calle y entonces fue cuando me desperté es un decir cuando me di cuenta de que estaba allí al descubierto bajo las ráfagas de las ametralladoras imbécil más que imbécil me decía a mí mismo hasta ese momento era como si estuviese viviendo un sueño y de pronto despierto y me veo con el fusil en las manos el que le había arrebatado de las suyas al muerto y sentía que se me soltaban las tripas sí como me lo oís y pensaba cómo es posible que estés ahora aquí con este fusil en las manos y que hace sólo media hora estuvieras en la glorieta de Bilbao como de costumbre a ver si te salía algún trabajillo en un baile en un teatro en una boda o un bautizo sí los músicos solíamos dejarnos caer a ciertas horas por la glorieta de Bilbao en busca de trabajo se formaban corrillos y de allí te salían empleos bueno más bien chapuzas eso de ganarse la vida con el clarinete se estaba poniendo cada vez más difícil en aquel momento empezaron a pasar por la glorieta cochazos de aquellos requisados con milicianos y milicianas encaramados a los estribos y hasta en el techo recuerdo a dos milicianas una de ellas joven no tendría más de diez y seis o diez y siete años y la otra de unos cincuenta pero las dos guapas a cual más guapa

que iban en la baca de uno de los coches gritando al cuartel de la Montaña al cuartel de la Montaña y yo pues me fui para allá despacio por los bulevares como dando un paseo al cruzar San Bernardo pasaba un tranvía lleno de hombres y mujeres armados los fascistas les empezaron a disparar desde una iglesia y los obreros respondieron al fuego desde el tranvía en marcha pero no se pararon yo seguí ya digo andando tranquilamente y cuando llegué cerca de rosales me metí por varias calles y al final por una Mario Roso de Luna se llamaba y de pronto sentí de golpe aquella extraña embriaguez júbilo qué sé yo lo que era quizá el sentirse envuelto invadido arrastrado en la misma corriente humana que desembo-caba como en una playa enfrentándose con el mar de metralla de alaridos de silencios que te impedía avanzar pero ¿cómo te diría yo? que te marcaba tu propia frontera interior aquello era algo que te empujaba hacia adelante o hacia atrás sin remedio ¿cómo decirlo? había que elegir era como si ya no fuese uno libre de no ser libre como si uno se hubiera pasado toda su vida hasta aquel preciso momento pudiendo cómoda y tranquilamente no ser libre y de pronto tuviera uno que serlo ser libre libre por fuerza por necesidad ¿comprendéis? no sé si me explico pero os digo que aquella fue la primera vez en mi vida que he sabido lo que es la libertad me moría de miedo pero en vez de echar a correr hacia atrás hacia el refugio que suponían las calles y las casas en vez de tirar al suelo el fusil del muerto y huir lo agarré con los dos puños lo atenacé como un niño y corrí corrí corrí ciego hacia el cuartel era una lluvia de fuego de plomo

era de locos pretender entrar allí delante de mí caían como moscas una locura eso es justamente lo que me entró una locura una ceguera que me impedía ver el peligro que me empujaba hacia delante es curioso sí pensaba en mi padre mientras corría con el fusil en las manos que por cierto y ahora que caigo yo creo que ni siquiera llegué a disparar pensaba digo en mi padre que el hombre no supo nunca leer ni escribir que no había hecho otra cosa en su vida que trabajar como un mulo de sol a sol acarreando pedruscos picando roca viva echando alquitrán en las carreteras y extendiéndolo arrodillado con una plancha de hierro provista de un asa de madera respirando los vapores del asfalto y no pudiendo evitar que se le abrasaran los ojos y en invierno helándose hasta los huesos durmiendo amontonado con sus compañeros en las casillas de peones esperando que salga el sol para meterse en el camión que les lleve al tajo un día más y pensando en todo esto corría hacia el cuartel de la Montaña empuñando el fusil y me acordaba también de mi madre friega que te friega un día sí y otro también los suelos a las señoronas que de eso se murió de tanto fregar y fregar vosotros diréis que no es posible pensar en esas cosas en un momento como aquel pero yo os digo que sí lo es la mujer de Paco aquel que tocaba el clarinete en la banda del Quinto Regimiento pobre muchacha la han ¿a cuál Paco te refieres? ¿a uno que se apellidaba Egea? sí creo que era Egea pero no estoy seguro quizá fuese Gil o Giner no recuerdo pero de él me acuerdo como si le estuviese viendo era un hombre delgado pequeñajo con aspecto débil casi enfermizo

pero que tenía ¿cómo te diría yo? un no sé qué de humano y no por cierto debido a que brillase por su talento ni por su energía ni por su voluntad tocaba en donde podía bodas bautizos bailes ya sabes a veces como cosa excepcional le salía una suplencia en un teatro revista por lo general o de pascuas a ramos zarzuela provenía de una familia muy humilde el padre peón figúrate el bueno de Paco no tenía estudios sólo leer y escribir y gracias pero cuando estaba haciendo el servicio militar un sargento músico viéndole interés por la música empezó a enseñarle a tocar el clarinete y luego después de la mili fue algún tiempo al conservatorio pero poco era bastante torpón pero buena persona como clarinetista francamente malo aunque dentro de la profesión gozaba de muchas simpatías y en lo posible se le procuraba ayudar así que se iba defendiendo como podía sobre todo con los bailes al aire libre en verano verbenas y cosas por el estilo cuando lo pasaba peor era en invierno entonces se dedicaba a la caza de funerales en iglesias o de bodas pero ya sabes en el oficio hay mucha concurrencia se casó con la Consuelo una chica comunista se conocieron en un baile en septiembre del treinta y cinco a ella nada más terminar la guerra la pescaron y la metieron en la cárcel antes de la guerra en su barrio la llamaban Consuelo la Roja esto era en el barrio de Tetuán a mí la verdad bueno tú ya sabes que a mí a liberal no hay quien me gane que yo vamos siempre he sido de izquierdas y he defendido la emancipación de la mujer es decir que a mí me parece muy bien que la mujer tenga derecho al voto y todas esas cosas pero por otro lado pienso que si una

mujer se casa y tiene un marido y un hogar pues tiene que atenderles ¿no? y si digo esto es porque en ciertos aspectos la Consuelo no era una mujer como es debido en guerra se distinguió mucho fue de las que cogieron el fusil igualito que los hombres y antes de empezar el caño siempre estaba metida en líos que si huelgas que si mítines y claro cuando el hundimiento y aunque procuró esconderse lo mejor que pudo la echaron el guante enseguida desde luego eran los peores tiempos imagínate el invierno del treinta y nueve dímelos todo por lo que más quieras no te calles nada cuéntamelo todo hasta el último detalle Consuelo paloma mía necesito saberlo todo aquel fox-trot tan bonito y tan triste no sé cómo se titulaba lo daban mucho por la radio entonces estuvo de moda en el treinta y cuatro o en el treinta y cinco todo el santo día se lo estaba oyendo en la radio y luego de repente dejan de tocarlo y ya nadie se acuerda de él así son las modas ¿cómo era? así verás ta ra raaa ra raaa le gustaba mucho ese fox-trot digo a la muchacha aquella la mujer de Paco ¿cuál Paco? de aquel que tocaba el clarinete pobre chica ¿por qué eso de pobre chica? se ve que no estás enterado no no sé nada pues algo espantoso a la mujer de Paco la trincaron y junto con otras chicas se ensañaron con ellas los muy mi amor Consuelo paloma mía dímelos todo necesito saberlo todo a él creo que se lo contó todo un compañero que lo supo por las llevaron a un cuartel de las afueras a mí me lo relató un tal Manolo Sanz un muchacho de Liria sobrino del segundo oboe de la Filarmónica que estaba en la banda del regimiento estacionado en aquel cuartel Manolo tocaba el trombón

pues como te iba diciendo el tal Manolo Sanz que aquel día tenía servicio de imaginaria lo vio desde luego eran los peores tiempos en diciembre del treinta y nueve o enero del cuarenta Manolo ha sido siempre un carca mejor dicho eso no pero sí de derechas le venía de familia pero eso no quita para que fuera muy buena persona un hombre decente donde los haya y te lo juro cuando me lo contó se le saltaban las lágrimas le temblaba la voz y es que no es para menos imagínate a las pobres muchachas aquellas que los desalmados las violaron a su capricho nada más llegar los coches los falangistas las metieron en el cuarto de guardia para que se divirtiera con ellas to Cristo los sargentos el brigada los cabos un teniente y cuatro alféreces ah y los soldados que estaban de guardia en total serían unos diez y ocho o veinte sin contar a los falangistas que eran cuatro había que oírsele contar a Manolo el caso es que las mujeres no se achantaron se defendieron es un decir ¿qué podían hacer ellas? pero se pusieron a insultarles les decían cada cosa que como además eran verdades como puños se les indigestaban a los tíos aquellos que al principio habían empezado muy gallitos creyéndose que la cosa iba a ser una putada más sobre todo los alféreces y los falangistas que eran los más chulánganos pero enseguida ante la actitud de las chicas no tuvieron más remedio que amarrarlas y bien amarradas con cordeles cinturones o lo que encontraron a mano al brigada eso de que le trajeran a la compañía cuatro mujeres desde la cárcel al principio no le había hecho ninguna gracia él era un hombre por lo visto ya entrado en años casado y con dos hijas mayorcitas en fin

que la cosa no le gustó pero como no tuvo coraje para desobedecer lo que en realidad era una orden superior aunque no viniera escrita en ningún papel pues al final y poco a poco se fue animando y acabó siendo de los más bestias me contaba Manolo que cuando entró en el cuarto de guardia para echarse a dormir se encontró con un espectáculo de horror a las muchachas las habían atado una al camastro otra a una mesa otra encima de unos cajones de madera y otra en el suelo a las patas de la mesa y el catre algunos de los tíos se habían quitado los pantalones y otros se habían desabrochado la bragueta y cada vez decía Manolo que alguno quería metérsela a alguna de las chicas tenía que masturbarse antes y luego en el momento de la verdad no había vez que no se le arrugara o se corriera antes de penetrar pero todos actuaban como si nada de eso estuviera ocurriendo todos hacían la comedia de que las estaban poseyendo a su antojo aunque claro eso no había quien se lo creyera así que al ratito se levantaban y se quedaban sin saber qué hacer ni qué decir ni hacia qué lado mirar por temor de encontrarse acaso con la expresión de burla de los otros y todo decía Manolo era porque las mujeres no paraban de insultarles les llamaban de todo y ellos por lo visto empezaron a ponerse nerviosos y a sentirse heridos en su amor propio en estas el teniente se subió los pantalones sacó de la guerrera una cajetilla de cigarrillos y encendió uno y se puso a quemarle los pezones a una de las chicas y entonces el sargento me contaba Manolo con una emoción que hacía que se le saltaran las lágrimas sacó guata de su mechero empapada en gasolina se la

metió en el coño a otra y dio fuego pero no prendía así que se fue al armarito del botiquín que había colgado de la pared sacó un frasco de alcohol le echó un chorro a la chica en la entrepierna y bueno ¿para qué seguir? imagínatelo Manolo me decía que de pronto sintió unas arcadas que no podía contenerse y vomitó allí mismo el rancho que había tomado dos horas antes y que entre arcada y arcada veía cómo algunos tíos se habían puesto a masturbarse unos a otros y dos de ellos en un rincón del cuarto se estaban dando por el culo mientras los demás como enloquecidos se dedicaban a hacerles a las mujeres las barbaridades más espantosas Manolo salió corriendo del cuarto de guardia vomitó una vez más en el patio de armas y se fue derecho a ver al coronel no le querían dejar pasar claro pero él tuvo arrestos para enfrentarse con los centinelas y se puso a dar voces que se oían en todo el cuarto hasta que el coronel salió de su despacho hecho una furia pero Manolo no se achantó y allí mismo relató todo lo que acababa de presenciar el coronel que era de Falange y que había estado toda la guerra con los italianos de oficial de enlace le gritaba que se callara cállese usted cállese usted me contaba Manolo que vociferaba pero no tuvo más remedio que darse por enterado oficialmente del asunto a Manolo le impusieron diez meses de arresto en el calabozo figúrate él que estaba a punto de licenciarse y el coronel aunque de mala gana se limitó a ordenar que las cuatro mujeres fueran devueltas inmediatamente a la cárcel y así lo hicieron parece que a las cuatro desgraciadas las fusilaron al amanecer de aquel mismo día o del siguiente esto no

es seguro pero desde luego las fusilaron y Paco bueno lo de Paco se las trae se lo contaron todo con pelos y señales lo hizo un amigo suyo otro músico uno que tocaba el trombón y que se había enterado por el propio Manolo Sanz cuando se lo dijeron Paco se volvió como loco vamos que no regía y se pasó varios días y varias noches vagando por las calles de Madrid sin comer y sin dormir hablando solo en voz alta la gente se apartaba de él al cruzársele creyendo que estaba borracho y no lo estaba pero al final sí que se emborrachó entró en un bar y luego en otro y en otro y agarró una trompa descomunal empezó a insultar a Franco a voz en grito delante de todo el mundo figúrate la gente amedrentada y sin saber qué hacer con él hasta que el dueño de uno de los bares se hartó y le echó a la calle por cierto que el tabernero luego tuvo un lío muy serio con la policía porque se había limitado a echar a Paco del local pero no le había denunciado le pusieron tal multa que tuvo que traspasar el negocio para poder pagarla yo lo último que supe de Paco es que en la comisaría le pegaron un palizón pues como era de esperar le echaron el guante enseguida que por poco le matan de la comisaría le trasladaron al hospital donde se pasó cinco meses cuando le dieron de alta ya no podía tocar el clarinete porque le habían tenido que amputar medio dedo índice de la mano izquierda y otro medio del meñique y le faltaban varios dientes y en los labios tenía un chirlo tan ancho lo mismo que en las cejas que daba miedo mirarle a la cara parecía uno de esos monstruos de las películas de terror le habían roto también dos costillas y se había quedado lelo vamos

tonto perdido ya ni se acordaba de quién era ni de cómo se llamaba ni de su mujer ni de la guerra ni de nada y como los chiquillos al verle por la calle le perseguían y le tiraban piedras y le gritaban ahí va el Frankenstein ahí va el Frankenstein pues se quedó con ese mote y él mismo decía que se llamaba así se hizo limpiabotas y lo poco que ganaba se lo gastaba en aguardiente imagínate tú él que jamás había probado el alcohol creo que tuvo una época como si dijéramos de esplendor y hasta llegó a hacerse un poco célebre por la zona de la glorieta de Bilbao y alrededores porque mientras limpiaba los zapatos a la gente se pasaba todo el rato mascullando cosas sin ton ni son y cantando y haciendo aspavientos como un payaso lo cual al parecer divertía a la clientela dímelo todo no te guardes nada ni un detalle por lo que más quieras necesito saberlo todo Consuelo paloma mía yo lo último que supe de él es que acabó de limpiabotas callejero pero ilegal vamos de los de sin chapa que no están autorizados a trabajar desde luego en los cafés no le dejaban entrar porque con la pinta que tenía no resultaba presentable daba miedo mirarle a la cara un fox-trot sí aquel fox-trot tan bonito y tan triste que estuvo de moda en el año treinta y cuatro o el treinta y cinco ¿cómo se titulaba? no me acuerdo bueno es lo mismo pues a quien le gustaba mucho era a Consuelo una chica que se casó con Paco el que tocaba el clarinete en la banda del Quinto Regimiento pobre chica me contaron que ¿cuál Paco dices? ah aquél que tocaba el qué tiempos eso digo yo qué tiempos tan terribles pero qué dignidad atravesaba el aire nuestro aire el que tú y yo y todos nosotros respirábamos

como un pájaro de esos que vuelan alto muy alto no te calles nada dime lo que me tengas que decir hasta el último detalle como si no fuera uno libre de no ser libre ¿comprendes? en los cafés no le dejaban entrar fa natural he dicho fa natural el camión que les llevaba al tajo mira el Frankenstein paloma mía de fregarles los suelos a las señoras necesito saberlo todo la mujer de Paco ¿de cuál Paco dice usted? yo lo último que supe en aguardiente él que nunca paloma mía Consuelillo ahí viene el Frankenstein se casó con una chica comunista se llamaba Conchita o Amparo o Consuelo creo que Sánchez de apellido esto no consigo recordarlo con exactitud era una chica tirando a rubia delgaducha con unos ojos muy grandes y muy aquel fox-trot no paraban de tocarlo allá por el año treinta y cuatro o treinta y cinco por la radio como aquel que dice no tocaban otra cosa de la mañana a la noche ya lo creo muy de moda hizo furor verdadero furor aquel fox-trot ¿cómo se llamaba? tan bonito y tan triste.

A la mañana siguiente, y pese al aire frío que había entrado por las abiertas ventanas del salón durante las últimas horas de la madrugada, Soledad notó que la casa continuaba impregnada de un fuerte olor a flores podridas. Se asomó al salón y vio que las bombillas de los candelabros estaban apagadas. Se habrán fundido, pensó. Miró hacia el Cristo Crucificado y le pareció que tenía cara de estar riéndose a carcajadas. Miró a don Julio en el ataúd y le dio asco su cara verdosa, borrosa. El sillón de cuero negro se ofrecía frío y lóbrego como un templo

vacío. Se sentó en él y comenzó a hundirse lentamente con un tenue soplido de fondo. Se levantó y salió a uno de los balcones. La calle estaba desierta y gris. De pronto, sin saber por qué, se puso a recordar una tarde de domingo en que un chico la había llevado al cine Chueca a ver King Kong en programa de sesión continua y se habían visto la película tres veces seguidas y ella, Soledad, se había enamorado de King Kong con un amor dulce, profundo y loco, y había llorado cuando los aviones le ametrallaban en lo alto del rascacielos, y había sentido desprecio por aquella rubia idiota de la pantalla que no sabía amar a King Kong, y cuando se terminó la película y se encendieron las luces de la sala el chico que la había invitado al cine, al verla llorar, le había preguntado que por qué lloraba, y en vista de que ella no le contestaba y seguía llorando y llorando en silencio, había hecho una seña al vendedor de patatas fritas, que en aquel momento se acercaba por el pasillo con su cesta de mimbre al brazo, y había comprado una bolsa y, volviéndose hacia Soledad, le había dicho que cogiera, y ella había cogido una patata enorme y se la había llevado a la boca, pero en ese preciso instante un río de lágrimas le había resbalado por las mejillas y había ido a despeñarse contra la patata, inundándola, reblandeciéndola, y ella había tratado de esforzarse por alzar los ojos y mirar al chico y sonreírle y quererle, pero se había dado cuenta de que en realidad no le quería, de que el único ser en el mundo a quien ella quería era a King Kong, y entonces los ojos se le habían llenado otra vez de lágrimas, y el chico, con un gesto torcido, de fastidio y de rabia, pero al mismo

tiempo cogiéndola de la mano y acariciándola entre las suyas, había vuelto a preguntarle que por qué lloraba, y ella, con la patata en la boca y mirándole sin verle, a media voz y como para sí, le había contestado: lloro por King Kong.

* * *



Títulos publicados

Migraciones

La mancha de la raza

Carta a un niño rumano
Marco Aime, 2014. 72 pág.
ISBN: 978-84-939633-6-1

Paremos los vuelos. Las deportaciones de inmigrantes y el boicot a Air Europa

Campaña Estatal por el Cierre de los CIE,
2014. 112 pág.
ISBN: 978-84-939633-5-4.

Quién invade a quién.

Del colonialismo al II Plan África
Eduardo Romero, 2011. 132 pág.
ISBN: 978-84-939633-0-9.

Un deseo apasionado de trabajo más barato y servicial. Migraciones, fronteras y capitalismo

Eduardo Romero, 2010. 144 pág.
ISBN: 978-84-614-0884-9.

A la vuelta de la esquina. Relatos de racismo y represión

Eduardo Romero, 2008. 123 pág.
ISBN: 978-84-612-7617-2.

Rodaré maldiciendo.

Poemas y arte callejero
Silvia Cuevas-Morales, 2008. 37 pág.
ISBN: 978-84-612-4533-8.

¿Quién invade a quién? El plan África y la inmigración

Eduardo Romero, 2007 (2ª ed.). 68 pág.
ISBN: 978-84-611-4544-7.

Los árboles de la muerte. Crónica de un inmigrante sin papeles

Marco Valle, 2004 (2ª ed.). 95 pág.
ISBN: 978-84-607-9379-3.

Memoria

Mi guerra de España

Mika Etchebéhère, 2014. 512 pág.
ISBN: 978-84-939633-4-7

Nos matan y no es noticia.

Parapolítica de estado en Colombia
Ricardo Ferrer Espinosa y Nelson Restrepo, 2010. 192 pág.
ISBN: 978-84-614-0084-3.

Incendiarlos de ídolos.

Un viaje por la revolución de Asturias
Mathieu Corman, 2009. 170 pág.
ISBN: 978-84-613-0725-8.

Formación

Crisis y deuda externa. Las políticas del Fondo Monetario Internacional

Miguel Moro, 2005. 242 pág.
ISBN: 978-84-609-5602-0.

Contra la Unión Europea. Una crítica de la Constitución [agotado].

VV. AA., 2005. 48 pág.
ISBN: 978-84-609-4170-5.

Ecología

El oro de Salave. Minería, especulación y resistencias

(*CD documental El Oro de Salave, Jose Alberto Álvarez*) VV. AA., 2013.
208 pág. ISBN: 978-84-939633-7.

Ecología sobre la mesa. Recetas para las cuatro estaciones

María Arce, Íñigo González, Eva Martínez y Marina Tarancón, 2012 (2ª ed.). 184 pág.
ISBN: 978-84-939633-1-6.

Catalina y los bosques de hormigón

Ana Laura Barros y David Acera, 2007 (2ª ed.). 53 pág.
ISBN: 978-84-611-8953-3.

Oviedo detrás de la fachada

(*fotografía / texto-plano de Oviedo*).
María Arce, 2007.
ISBN: 978-84-611-6895-8.
Miguel Moro, 2007. 182 pág.
ISBN: 978-84-611-6896-5.

Más agua, ¿para qué? El Plan Hidrológico Nacional, el embalse de Caliao y la nueva cultura del agua

Beatriz González y Eduardo Menéndez, 2006. 119 pág.
ISBN: 84-611-0896-5.

Nos comen. Contra el desmantelamiento del mundo rural en Asturias

VV. AA., 2005. 195 pág.
ISBN: 84-609-7722-6.

Feminismo

La Madeja (nº 0). Aborto.

Publicación periódica feminista.
VV. AA., 2010. 64 pág.
ISSN: 2171-9160.

La Madeja (nº 1). Migraciones.

Publicación periódica feminista.
VV. AA., 2010. 64 pág.
ISSN: 2171-9160.

La Madeja (nº 2). Cuerpos.

Publicación periódica feminista.
VV. AA., 2011. 56 pág.
ISSN: 2171-9160.

La Madeja (nº 3). Paisajes.

Publicación periódica feminista.
VV. AA., 2012. 56 pág.
ISSN: 2171-9160.

La Madeja (nº 4). Amores.

Publicación periódica feminista.
VV. AA., 2013. 64 pág.
ISSN: 2171-9160.

La Madeja (nº 5). Transgresiones.

Publicación periódica feminista.
VV. AA., 2014. 64 pág.
ISSN: 2171-9160.

Cuentos

Cosas que sucedieron (o no)

Miguel Ángel García Argüez, José María Gómez Valero, David Eloy Rodríguez y Amelia Celaya, 2013. 48 pág.
ISBN: 978-84-939633-3-0.

Este loco mundo. 17 cuentos

Miguel Ángel García Argüez, José María Gómez Valero, David Eloy Rodríguez y Amelia Celaya, 2010. 72 pág.
ISBN: 978-84-614-0083-6.

Narrativa

65% agua

Isabel Alba, 2014. 168 pág.
ISBN: 978-84-939633-8-5.

Fuera de colección

De la poesía

T. S. Norio, 2012
(coedición con Libros de la Herida).
496 páginas.
ISBN: 978-84-939633-2-3.

